
UN ESCOCÉS
PARA
NAVIDAD
MARCOS A.C.

UN ESCOCÉS PARA NAVIDAD



MARCOS A.C.

Primera edición.

Un escocés para Navidad

©Marcos A.C.

©noviembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



A Alejandra le había dado por cantar. Lo hacía a pleno pulmón y a ritmo de El Arrebato. Exactamente eligió *Gente Luminosa*, esa canción que es como un himno al buen rollo.

Me encantaba escucharla así de contenta. Ni siquiera en sus peores momentos, en los de enfrentarse a la decisión más difícil de su vida, la vi decaer.

Al poco de terminar la canción, y como no paraba quieta, ya había improvisado una versión flamenca del pitido del monitor.

—*Pi—pi—pi—pi…* —entonaba—. *Ese es el ritmo de mi nuevo corazón, cariño. El que late dentro de mi pecho de mujer* —me confesó mientras se lo miraba más alegre que unas castañuelas.

—Ese es el ritmo de que, en vez de darte el alta, te van a dar una patada en el culo porque tienes revolucionado a todo el hospital —le contesté mientras le recogía el pelo con una goma.

El espejo del armario reflejaba su cara recién maquillada: labios rojos, pestañas de infarto y esa sonrisa que, sinceramente, podría haber encendido una planta entera del citado hospital. Costaba creer que hacía no tanto me dirigía a ella como Alejandro porque era mi "hermano pequeño". Ahora, cuando la miraba, solo veía a mi hermana. A la mujer más feliz que había conocido. Y de la que me sentía tremendamente orgullosa.

—¿Tú sabías, Valeria, que enciendo pasiones hasta en bata? —me preguntó, posando como si estuviera en una pasarela de París.

—No te voy a discutir eso, no se me ocurriría. Encenderás lo que quieras. Eres pura chispa, mi niña.

Se echó a reír, tan alto que una enfermera pasó por la puerta y asomó la cabeza.

—¿Todo bien por aquí?

—Todo estupendo —respondió ella—. Estoy practicando para mi reaparición en sociedad.

—*Madre mía,* la sociedad no tiene ni idea de lo que se le viene encima —murmuré, y la enfermera sonrió antes de cerrar la puerta.

El sol se colaba por la ventana y llenaba la habitación de una luz suave, como si hasta el invierno sevillano quisiera felicitarla. Yo seguía peinándola despacio, apartando mechones dorados que se negaban a quedarse quietos. Me emocionaba verla así: completa, segura, dueña de sí misma.

—Ya estás, mi niña —le dije en voz baja—. Preciosa, luces preciosa.

—Te lo compro —respondió con una tranquilidad que me ensanchó la sonrisa—. Bueno, ahora solo queda decidir qué modelito me pongo para dejarlos a todos a baba caída.

—Pero si de aquí vamos directas a casa, nena.

—¿Y qué? Nunca se sabe con quién se puede encontrar una. ¿Y si me cruzo con un médico buenorro que resulta ser el amor de mi vida?

Las dos rompimos a reír, y por un momento olvidé todo lo que había costado llegar hasta allí: los malos ratos, las citas con los especialistas, las lágrimas y los silencios que rompían el alma. Todo se reducía a eso: dos hermanas riéndose en una habitación en la que Alejandra cobró vida, felices y celebrando.

Mi hermana se giró hacia mí y me cogió la mano.

—Gracias por no soltarme nunca, Valeria.

—Tú sabes que no te libras de mí ni con una orden judicial.

Se quedó callada un segundo, con esa mirada suya llena de chispa y orgullo.

—Pues prepárate —dijo—. Que si la vida empieza de nuevo, esta vez pienso vivirla con más arte que el emoji de la flamenca.

Había llegado el momento de abandonar el hospital. Esa ocasión no fue la única en la que estuvimos allí. El proceso de transformación de Alejandra no había sido precisamente fácil. Ni mucho menos lo fue. El tratamiento hormonal, las intervenciones quirúrgicas, la necesidad de apoyo psicológico… Nadie dijo que se tratase de un proceso sencillo de transitar, aunque sí totalmente satisfactorio.

Desde el principio supe que, pasara lo que pasara, estaría a su lado. Cuando Alejandra, entonces todavía Alejandro, me contó entre lágrimas que no se reconocía al mirarse al espejo, siendo todavía poco más que una adolescente, no sentí miedo ni desconcierto. Sentí alivio. Porque por fin estaba expresando en voz alta lo que llevaba años gritándose por dentro.

Yo tenía cuatro años más que ella, lo justo para hacerme la mayor y sentirme responsable, pero no lo bastante para entender de leyes o protocolos médicos. Solo entendía de amor, y para mí eso era más que suficiente. Si mi hermana necesitaba convertirse en quien era, lo único que debía hacer era acompañarla sin condiciones.

Recuerdo las primeras veces que salió a la calle con ropa que la hacía sonreír. La gente la miraba, pero ella caminaba como si le hubiera crecido una capa invisible de fortaleza Y yo, siempre a su lado, me juré que nadie la haría sentir menos. Ni un comentario, ni una mirada, ni una sombra de duda.

El día que empezó la hormonación, me temblaban más las manos a mí que a ella. Pero cuando la vi sonreír frente al espejo, con los ojos llenos de esa luz nueva, entendí que la felicidad puede llegar a doler de pura emoción.

Nunca me cuestioné si estaba “haciendo lo correcto”. No existía lo correcto o lo incorrecto, solo lo verdadero. Y lo verdadero era que Alejandra estaba viva, completa, entera. Que por fin su voz, su cuerpo y su corazón iban en la misma dirección.

Por eso, cuando recibió el alta definitiva, no pensaba en todo lo que cambió, sino en todo lo que ganó. Y también en lo que gané yo: una hermana luminosa, valiente y libre.

Un rato después, cuando nos sentamos en él, mi coche olía a perfume femenino y a libertad recién estrenada. Alejandra había bajado la ventanilla aunque fuera diciembre, porque decía que necesitaba que el aire se llevara “el pasado”. Yo le pedí que la subiera antes de que se nos congelaran hasta las pestañas, pero era inútil discutir con ella cuando activaba el modo celebración.

—¿Tú te das cuenta, Valeria, de que estamos viviendo como dentro de una serie? —me preguntó mientras se colocaba las gafas de sol, a pesar de que el cielo estaba nublado—. Yo, recién renacida; tú, protagonista secundaria pero glamurosa… solo falta la banda sonora.

—Te veo venir, quieres que cantemos. Pues venga, cantamos lo que quieras aunque nos tomen por locas.

—Por locas y felices, querrás decir —me corrigió, y se echó a reír con esa voz más aguda que todavía le sonaba a estreno.

Reí con ella. Tenía razón. Había algo en esa mañana de invierno que olía a comienzo, a segunda oportunidad.

El tráfico de Sevilla avanzaba lento, entre turistas despistados y autobuses que parecían estorbarnos. La ciudad estaba preciosa: balcones con luces tempranas, escaparates con espumillón y ese aire navideño que lo envolvía todo de nostalgia, con las fiestas a punto de dar el pistoletazo de salida. Mientras conducía, sentí calma en el pecho. Hacía años que no me sentía tan en paz.

Al doblar la esquina de nuestra calle, me invadió la calma de volver a casa. Nuestro piso, herencia de mi padre, nos esperaba como siempre: el tercero de

una casa señorial con balcones de hierro forjado. Desde allí se veía la Giralda, tan cerca que parecía saludarnos cada mañana.

Se trataba de un piso amplio, lleno de luz y techos altos. Mi rincón favorito era el salón, con las contraventanas abiertas al sol y aquel sofá enorme en el que Alejandra y yo habíamos llorado, reído y visto películas hasta la madrugada cientos de veces.

Mi padre lo había comprado cuando se casó con mi madre. Era mi herencia. Cuando falleció, yo tenía tres años y apenas recordaba su voz, pero sí la calidez de su abrazo. Duncan se llamaba, y era de origen escocés. Mamá, en cambio, siempre se encargó de recordarme su "traición". Decía que él había destrozado su vida, que se había marchado con otra, y que de ahí le venía el mal carácter que llevaba arrastrando desde entonces.

Durante años me creí aquella versión. Hasta que fui creciendo y empecé a notar que en casa el rencor se servía para desayunar. La pérdida no la volvió más fuerte, la volvió más cruel.

Al tiempo de divorciarse, ella se quedó de nuevo embarazada de Alejandra. Ni mi hermana ni yo sabíamos quién era su padre, pues su identidad constituyó uno de los muchos secretos que nuestra madre se llevaría con ella a la tumba.

Alejandra y yo aprendimos a querernos a pesar de ella, y en esa complicidad encontramos refugio. Muchos años después, mamá se marchó a Italia con un nuevo novio y ni siquiera lo lamentamos; respiramos. Desde entonces vivíamos juntas. Aprendimos a cuidarnos y a construir nuestro pequeño universo lejos de sus tormentas.

Al aparcar frente al portal, ella me miró con una sonrisa amplia.

—Hogar, dulce hogar. Bueno, dulce si me haces café, porque si no, esto será una tragedia.

Por mucho que yo fuese la heredera del piso, mi hermana lo consideraba igual su hogar. El único hogar que había conocido.

—Te prepararé café, pero suelta esas bolsas, que estás recién operada y no puedes cargar.

—Operada, sí. Inútil, jamás.

Se encaminó hacia el ascensor con paso decidido, el sonido de sus botas resonaba contra las baldosas del portal. Y mientras la seguía, sentí que estábamos exactamente donde debíamos estar.

Nada más abrir la puerta, nos envolvió ese olor inconfundible a casa cerrada, mezclado con jazmín seco y madera. Bastó con abrir las contraventanas para que el aire fresco de Sevilla barriera el silencio acumulado. Aquella primera ráfaga trajo consigo la promesa de empezar de nuevo, y también el leve tintineo de las campanas de la catedral.

El edificio era señorial, con molduras, columnas y una escalera de mármol que crujía como si llevara siglos contándonos su historia. Pero nuestro piso era otra cosa: moderno, luminoso y con el sello de ambas.

Tenía tres dormitorios, un pasillo largo y un salón inmenso que funcionaba como centro neurálgico. Los techos altos, las paredes en tonos arena y el suelo de madera restaurado mantenían un equilibrio perfecto entre lo clásico y lo contemporáneo. Las ventanas daban a la calle y dejaban entrar una luz dorada de las que dan vida.

—Dios, qué gusto. Mi reino por esta vista —dijo Alejandra apoyándose en la barandilla.

El salón era también nuestra oficina. Ambas trabajábamos como redactoras de contenido digital y pasábamos medio día frente al ordenador, escribiendo artículos para marcas muy conocidas. Habíamos colocado dos escritorios enfrentados junto al ventanal, rodeados de plantas que Alejandra cuidaba con mimo y yo intentaba no matar por accidente. Entre el verde de las hojas y los *post—its* de colores, el lugar tenía aire de jungla creativa.

La terraza era nuestro pequeño milagro urbano. Un espacio abierto donde el sol de la tarde acariciaba las baldosas. Teníamos una mesa de madera clara, dos sillas de ratán, una guirnalda de luces, un toldo claro y macetas de geranios de lo más coloridas. Allí desayunábamos los fines de semana o

improvisábamos cenas con vino, mantas y risas, mientras el aire templado olía a azahar.

Los dormitorios seguían la misma armonía: tonos neutros, tejidos de lino y una sensación constante de calma. El mío estaba lleno de libros y cuadros minimalistas; el de Alejandra, en cambio, era un festival de espejos, perfumes y cojines de colores. El tercero lo usábamos como vestidor, aunque Manolito lo había reclamado como territorio de siestas, y solía vigilar el salón con su aire de pequeño emperador sevillano.

¿Que quién era Manolito? Manolito era, sin discusión, el verdadero amo de la casa. Un chihuahua diminuto, de pelo color miel y andar coreografiado, que se movía por el piso como si fuera el dueño de un cortijo. Tenía la extraña habilidad de parecer majestuoso incluso dentro de su abrigo rojo de invierno, que Alejandra insistía en ponerle "porque un caballero no sale a la calle en camiseta".

Su carácter era un espectáculo. Dramático, ruidoso y con un sentido de la importancia propio de una estrella de cine, ladraba cada vez que oía pasos en el portal, convencido de que nos defendía con dotes de verdadero guerrero.

Alejandra lo bautizó así porque era "tan delicioso como los *Manolitos Baker*", y la comparación no podía ser más acertada: pequeño, dulce cuando le apetecía y totalmente adictivo. Lo adoptó en un arrebato de ternura, pero pronto descubrimos que aquel perro no necesitaba cariño, sino público.

Pese a su tamaño ridículo, caminaba con la dignidad de quien cree que la Giralda se construyó solo para mirarlo. Y aunque a veces me sacaba de quicio con su ego desmedido, no podía imaginar la casa sin su presencia. Era el corazón diminuto y escandaloso de nuestro hogar… Un hogar que era nuestro refugio, nuestra victoria silenciosa. Un espacio donde la historia familiar se reescribía con cada risa, con cada planta nueva y con cada rayo solar que entraba por la ventana, inundándolo todo de luz.

Capítulo 2



Esa noche, la cocina olía a sopa caliente mientras oía villancicos lejanos. Yo estaba allí, cantando bajito a la par que le daba el último toque a la cena. Alejandra se había metido en la ducha y en la casa reinaba una paz tan extraña como encantadora. Una paz que estaba a punto de convertirse en guerra.

—Si esto no sabe a gloria, que me quiten el título de chef —murmuré, probando la sopa y diciéndomelo todo yo sola.

El calor del hogar, el olor a jazmín del balcón y la tranquilidad de una noche normal. Demasiado normal, quizás.

El timbre sonó justo cuando estaba sirviendo la cena. Un sonido seco, insistente, de esos que no anuncian buenas noticias. Me limpié las manos en el delantal y me dirigí hacia la puerta, intrigada.

Al abrir, el mundo se me encogió un poco.

—No me lo creo…

Irina (porque no me sale dirigirme a ella de otro modo) estaba allí, en carne y hueso, envuelta en un abrigo largo y en una bufanda de cachemira que gritaba “lujo italiano” por los cuatro costados. Llevaba el mismo perfume caro de siempre, el que olía a flores y a distancia.

Mi madre era la elegancia hecha persona. Para eso se quería a sí misma más que a nadie en el mundo. Llevaba el cabello castaño oscuro

perfectamente alisado, enmarcando un rostro de rasgos finos y mirada tan penetrante que parecía juzgar incluso al aire. Mostraba una belleza serena y sofisticada que el tiempo no había mermado, pero también una frialdad que se adivinaba en cada gesto o en la forma precisa con que se quitaba los guantes. Su elegancia imponía más que acercaba, y su voz era de esas que cortaban con la misma precisión con la que seducían. Sin embargo, se adivinaba en ella un cansancio que intentaba disimular bajo el perfume caro y la compostura, pero seguía siendo la misma mujer reservada, orgullosa y de carácter tan complicado que a veces rozaba la crueldad.

—¿Qué pasa? ¿Que una madre no puede venir a ver a sus hijos sin que la miren como a un bicho raro? —me preguntó, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Claro que puedes —atiné a responder—, pero… no avisaste.

—Ay, Valeria, siempre tan práctica. ¿Desde cuándo hace falta cita previa para venir a mi propia casa?

—No es tu casa —le recordé—. Mi padre me la dejó a mí.

Ella arqueó una ceja.

—Qué susceptible estás. ¿Puedo pasar o vas a dejarme en el rellano como a una vendedora de enciclopedias?

Suspiré y di un paso atrás.

—Pasa.

Irina cruzó el umbral con esa elegancia que usaba como escudo. Miró alrededor con aire crítico, como si esperara encontrar algo que echarnos en cara.

—Veo que la habéis decorado a vuestro estilo… minimalista. —Su tono goteaba ironía.

—Le llamamos “hogareño”, pero minimalista también vale —contesté.

—¿Y Alejandro? —me preguntó y me estremecí.

—En la ducha. Ha tenido un día largo —murmuré.

Ella no sabía nada sobre el proceso por el que había pasado mi hermana. Cuando se planteó la posibilidad de hacerlo, puso el grito en el cielo y nunca más le contamos nada. Como ni siquiera nos seguíamos en las redes, jamás vio ninguna imagen de cómo fue evolucionando su aspecto.

Irina dejó el bolso sobre la mesa del salón y se acomodó en la cocina, como si nunca se hubiera ido. Y entonces soltó la bomba.

—He venido a pasar las Navidades con vosotros, con mis hijos.

Me quedé quieta, bizca.

—¿Cómo?

—No pongas esa cara. Pensé que te alegrarías.

—Bueno, tanto como alegrarme… Es algo que no esperaba —le solté.

—Sí, claro. Nunca os esperáis nada de mí. Ni una llamada, ni una visita, ni una postal. Pero tampoco vosotros habéis hecho mucho por acercaros, ¿no? —me preguntó, cruzando las piernas con gesto petulante.

Respiré hondo: Quería contestarle lo que se merecía, pero sin pasarme.

—Llevas dos años sin dar señales de vida. Ni siquiera sabíamos si seguías en Italia. Solo lo intuíamos.

—He estado ocupada. La vida sigue, hija mía. No voy a pedir perdón por tener una.

—No te pido eso. Solo un poco de… coherencia.

—Coherencia —repitió, probando la palabra como si le supiera mal—. No sabía que ahora dabas clases de moral.

Su sonrisa era tan afilada como siempre, pero debajo había algo distinto: una sombra, un cansancio que no recordaba. Aun así, no supe si me daba pena o miedo.

Me limité a servir tres platos y a señalar la mesa.

—Quédate a cenar. Ya que has venido, al menos comerás caliente.

—Eso suena a tregua —respondió, como perdonándome la vida—. Y las treguas, querida, siempre esconden bombas.

No le faltaba razón. Y menuda bomba se venía…

El sonido del agua cesó al fondo del pasillo, y un momento después escuché los pasos de Alejandra acercándose. Llevaba una toalla en el pelo y otra anudada al cuerpo, dejando tras de sí una nube de vapor y perfume.

—¿Con quién hablas, Vale? —me preguntó desde la puerta de la cocina.

Yo apenas tuve tiempo de responder. Irina se había girado hacia ella, paralizada. La observó de arriba abajo, con la expresión de quien acaba de ver un fantasma.

—¿Alejandro? —terminó preguntando, en un hilo de voz que sonó más a reproche que a sorpresa.

El silencio pesó como una losa. Alejandra se quedó quieta, la mirada fija, el gesto a medio camino entre la rabia y la incredulidad.

—Alejandra —aclaré despacio—. Mi hermana se llama Alejandra.

Irina frunció el ceño, con el rostro endurecido por un desconcierto que no tardó en convertirse en furia.

—No me digas tonterías. ¿Qué clase de broma es esta?

—Ninguna —contesté con calma—. Es la vida de mi hermana, su verdad.

Irina se levantó de la silla de golpe.

—¿Su verdad? ¿Llamas verdad a esto? ¿A que se haya convertido en… en un engendro?

La palabra flotó en el aire como una bofetada. Vi cómo a Alejandra se le encendían las mejillas, su pecho subía y bajaba con violencia.

—Ten cuidado con lo que dices —le advertí con ira.

—¡Cuidadito tú, Valeria! —replicó ella, señalándome con un dedo tembloroso—. ¿Cómo habéis podido hacerme esto? ¡A mis espaldas, sin decirme nada!

Se lamentó como si tuviese derecho a todo cuando, en realidad, no lo tenía a nada. Jamás se ocupó de nosotras.

—No te lo dijimos porque nunca quisiste escuchar.

—¿Escuchar? ¡Claro que habría escuchado! ¡Pero no para permitir esta locura! —Irina hablaba alto, la voz se le quebraba, sus ojos brillaban de rabia —. ¡Yo crie un hijo, no una caricatura!

Alejandra apretó los puños, tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

—No vuelvas a hablarme así —le advirtió entre dientes—. No vuelvas a llamarme así.

—¿Y cómo quieres que te llame, Alejandro? —se burló Irina, riendo sin humor—. Porque hija mía, lo que tú eres no tiene nombre.

—Tiene nombre, sí —intervine, avanzando un paso—. Se llama Alejandra. Y es mi hermana. Y es feliz, que es más de lo que se puede decir de ti.

Irina se giró hacia mí, descolocada.

—¿Me hablas así? ¿A mí? ¿A tu madre?

—A la mujer que lleva años haciéndonos daño, sí.

El ambiente se tensó hasta casi romperse. Manolito empezó a ladrar desde el salón, nervioso, como si entendiera la gravedad del momento.

Alejandra dio un paso adelante, respirando hondo, con los ojos humedecidos.

—No te hubiera pedido que me entendieras, mamá. Solo que no me insultaras.

Irina soltó una carcajada amarga.

—¿Insultarte? ¡Si te miro y no sé ni quién eres! ¡No sé qué habéis hecho con mi hijo!

—Tu hijo creció, y por fin se reconoció —le contesté—. Y eso debería hacerte sentir orgullo, no vergüenza.

—Orgullo —repitió ella con desdén—. ¿De tener una hija que da vergüenza ajena? No, gracias.

La tensión explotó en un segundo. Alejandra dio un golpe con el puño contra la pared. El sonido seco resonó en la casa como un trueno.

—¡Basta! —gritó—. ¡No tienes derecho!

Irina retrocedió un paso, sorprendida por la fuerza de aquella voz. Yo aproveché ese silencio para decir lo que llevaba años conteniéndoseme en la garganta.

—Vete.

—¿Cómo? —me preguntó, con una risa incrédula.

—Que te vayas. No vas a venir aquí a destrozar lo que hemos conseguido.

—No serás capaz de echarme.

—Claro que sí —le respondí, abriendo la puerta—. Ya lo he hecho otras veces, aunque fuera solo dentro de mí.

Durante un instante creí ver en sus ojos algo parecido a la tristeza, pero desapareció enseguida. Cogió el bolso con dignidad, se ajustó el abrigo y salió sin mirar atrás.

El silencio que quedó después fue tan grande que hasta el reloj pareció detenerse.

Alejandra seguía de pie, frente a la puerta todavía abierta. Sus hombros temblaban, no sabía si de rabia o de pena. Manolito se había acurrucado junto a sus pies, mirándola como si quisiera protegerla con su minúsculo cuerpo.

—Ya está —le dije en voz baja, acercándome despacio—. Se acabó.

Ella no respondió. Solo respiraba hondo, una y otra vez, como intentando expulsar las palabras que esa malvada madre había dejado flotando en el aire. Cuando por fin me miró, tenía los ojos empañados y la voz rota.

—Yo no soy eso… ¿verdad? —me preguntó, con una tristeza que me atravesó por dentro—. No soy eso que ha dicho.

—Claro que no —contesté sin dudar—. Tú eres un ser de luz, Ale. Lo más bonito que tengo en mi vida. Y eres una mujer hecha y derecha, con más valor del que yo tendré nunca.

Ella sonrió apenas, sin convicción.

—A veces pienso que todo este esfuerzo… que toda esta lucha… no ha servido de nada si al final sigue viéndome como un monstruo.

—Sirvió para ti —le recordé—. Para verte, para reconocerte, para poder mirarte al espejo y quererte. Eso es lo único que importa. Lo demás… que se lo trague con su veneno.

Me senté a su lado en el sofá y le cogí la mano.

—Esto tenía que pasar tarde o temprano. Llevábamos demasiado tiempo lidiando con su frialdad, intentando que cambiara. Y no. Hay cosas que no cambian. Así que sí: hoy le hemos cantado las cuarenta, y bien cantadas.

Alejandra soltó una risa entre lágrimas.

—Tú siempre con tus frases de heroína.

—Heroína nada, solo harta. Pero tranquila, hermanita. A partir de hoy, todo va a ir bien. Ya no tiene poder sobre nosotras.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Y si no puedo olvidarlo?

—No lo olvides —le dije—. Recuérdalo solo para no permitir que vuelva a pasar. Pero no lo revivas. Esa mujer no merece ni un minuto más de nuestras vidas.

Alejandra asintió despacio.

—Gracias por estar siempre ahí, Vale —me comentó como siempre hacía.

—No te dejaría ni aunque me lo ordenara un juez —le respondí, y las dos reímos entre sollozos.

Afuera, las luces de Navidad parpadeaban en los balcones. Dentro, el silencio ya no pesaba: solo sonaba la respiración tranquila de dos hermanas que, por fin, habían cerrado una puerta.

Capítulo 3



Habían pasado unos días desde la marcha de nuestra madre, de esa a la que no me salía dirigirme como tal y, aunque el aire en casa seguía denso, poco a poco volvíamos a respirar.

Irina tenía el extraño "don" de intoxicarlo todo a su paso. Con los años se había vuelto nociva o puede que lo hubiera sido siempre, pero de niña me costaba más identificar esos rasgos en la persona que se supone que tendría que haber sido mi referente en la vida.

La primera noche, cuando se fue, dormimos mal, claro. Alejandra lloró, yo traté de consolarla, y Manolito también estuvo muy pendiente de ella, como lamiéndole las heridas internas. Aun así, al amanecer, el sol se coló por las contraventanas como si nada hubiera pasado, recordándonos que el mundo seguía girando, con o sin Irina en él.

Seguíamos enfadadas, con ese coraje que te deja la gente que se llama "familia" pero nunca lo demuestra, aunque también tranquilas. La calma volvía a nuestra rutina, a nuestro café mañanero, a las risas sin vigilancia.

A veces, entre broma y broma, Alejandra soltaba algún comentario jocoso:

—A ver si nuestra señora madre nos envía un regalo navideño, aunque sea como premio de consolación.

Trataba de serenarme, aunque por dentro todavía notaba la punzada de la herida reciente. No entendía por qué había venido. No por amor, desde luego.

Quizá por fisgonear. O por puro aburrimiento. Pero daba igual. Había vuelto a marcharse, a largarse de nuestras vidas, y eso era lo importante.

Aquella mañana de martes se perfilaba como una cualquiera. Alejandra teletrabajaba en el salón con el portátil lleno de pegatinas de brillo. Manolito dormitaba en su mantita roja, y yo revisaba los correos con un ojo puesto en el reloj y otro en la cafetera. Hasta que sonó el timbre.

Un sonido seco, insistente. No el típico del vecino que se equivoca. Quien quisiera que lo estuviese tocando, sabía bien lo que hacía.

—¿Esperas algo? — me preguntó Alejandra sin levantar la vista de la pantalla.

—Sí, un Satisfyer último modelo, pero no sé si me admitirán el pedido de última hora.

—No tendrás valor de haberlo hecho sin pedir otro para mí.

—No lo tendría, no.

Al abrir la puerta, me encontré a un mensajero con una carpeta y cara de traer algo más serio en ella que el citado aparatito.

—¿Valeria Álvarez? —me preguntó.

—Sí, soy yo.

—Traigo una carta certificada. Desde Escocia.

—¿Desde dónde? —repetí, como si hubiera dicho Marte. La verdad era que no lo esperaba para nada. Me dejó patidifusa.

El hombre sonrió con profesionalidad y arqueó una ceja como dando por sentado que era normal que ese tipo de correo dejase a la gente desconcertada.

—Desde Escocia, señora. Firme aquí.

—No me llame señora, se lo pido por favor que, como se entere mi hermana, tendré pitorreo para rato —le pedí entre dientes, aunque muy intrigada por conocer el contenido de la misteriosa e inesperada carta.

Firmé sin más y cerré la puerta con el sobre en la mano. Pesaba poco, pero el nombre en el remitente me dejó aún más extrañada**:** MacLeod & Sons Solicitors**.**

—¡Ale! —grité desde el pasillo—. Ven a ver esto.

Alejandra apareció descalza, con una coleta a medio hacer y una taza de café en la mano y, aun así, lucía divina; qué arte tenía.

—¿Qué pasa? ¿Nos ha tocado un crucero? Porque no estaría mal, la verdad. ¿Te imaginas? Vacaciones navideñas de isla en isla, por ejemplo.

—Ojalá. Viene de Escocia.

—¿De dónde? —repitió, imitando mi tono.

—De Escocia. De un despacho de abogados.

—Eso suena a herencia o a multa equivocada —sentenció, dejando la taza sobre la mesa—. Si es una multa, la pagas tú; si es una herencia, la compartes conmigo —bromeó.

—Muy generosa por tu parte. —Rasgaba el sobre mientras hablaba—. Ya sabes que mi padre era de allí.

—Lo sé y suerte que tienes de saber quién es tu padre. A Irina no le he sacado jamás quién es el mío. Ni borracha lo ha soltado, la tía.

—Es verdad, mi niña.

Dentro venía una carta perfectamente redactada en inglés, con membrete en relieve. Me senté en el sofá y empecé a leer. Alejandra, impaciente y expectante, se sentó a mi lado para espiar.

—¿Qué dice? —preguntó de inmediato.

—Que… que he heredado una propiedad en Escocia. Tenías razón.

Se me quedó mirando, incrédula.

—¿Cómo que has heredado una propiedad? ¿De quién?

—De la abuela Eleanor, de la madre de mi padre.

—¿De *esa* abuela Eleanor? —puso cara de quien acaba de ver un fantasma —. La que según mamá no quería saber de ti.

Asentí incrédula.

—De esa misma. Esto corrobora que no ha dicho más que mentiras. Cómo no me lo olí antes.

Alejandra soltó un silbido.

—Pues sí. Menuda forma de "no querer saber", dejarte una casa. Ya me gustaría que pasaran así de mí. Qué potra tienes.

—Y encima no es una casa cualquiera —añadí, buscando las palabras exactas en la carta—. Es un *lodge* frente a un lago. En las Highlands, en las Tierras Altas de Escocia.

—¿En las Highlands? —repitió, ya con voz de película—. ¿Me estás diciendo que somos propietarias de un casoplón escocés en las Tierras Altas? Bueno, que lo eres tú…

—Ya, pero que en la práctica es igual, chiquitina. Lo sabes.

—Sí, sí, claro. Qué sentido tendría para ti recibir una herencia si no pudieras compartirla con tu adorada hermana.

—Ninguno —le contesté todavía boquiabierta.

—No me digas que no te imaginas la escena: nosotras llegando con dos impresionantes plumíferos de temporada, Manolito con bufanda… ¿Cuándo nos vamos a verla?

—Ale, céntrate. —Intentaba leer entre líneas, pero su entusiasmo era contagioso—. Aunque sí, aquí dice que si quiero formalizar los papeles debo viajar hasta allí.

—Pues ya está. Nos vamos a Escocia.

—No, no, espera. No es tan sencillo.

—Claro que sí. Es tan sencillo como hacer las maletas y meter a Manolito en su glamuroso trasportín.

Me pasé la mano por el pelo, abrumada. La abuela Eleanor. Apenas recordaba una fotografía suya, una mujer de mirada dulce y moño gris, en una repisa que mamá tiró a la basura cuando yo tenía pocos años. Desde entonces no supe más de ella. Irina decía que, tras la muerte de papá, la abuela se desentendió de todo. Que la culpa era de Duncan, que la había decepcionado. Que nos borró de su vida.

Durante años lo creí. Pero aquella carta lo desmentía todo.

—¿Y si la abuela nunca me olvidó? ¿Y si fue Irina quien lo inventó todo? —pregunté en voz baja, volviendo al tema.

Alejandra se encogió de hombros.

—¿Y si no ha soltado una verdad en su puñetera vida? —bromeó, intentando quitarle hierro—. Valeria, da igual lo que haya pasado. Si esa mujer te ha dejado una casa, es por algo. Y, sinceramente, estoy deseando conocer tu lado escocés.

—No tengo lado escocés.

—Claro que sí. Lo llevas en el ADN. Mírate: te pones un tartán y conquistas las Highlands con esos ojos verdes que te ha dado Dios a medias con ese guapísimo Highlander que era tu padre, a quien también le debemos este piso. Y con un pelo que, muy muy sevillano, como que no es.

Creo que no me he descrito en ningún momento e igual es hora de que lo haga. Mi cabello es cobrizo, largo y ligeramente ondulado, con vida propia

bajo la humedad. Mis ojos son grandes y expresivos, verdes como los de mi padre. Estatura media y figura estilizada.

Manolito, que hasta ese momento había estado dormido en el sofá, se levantó con gesto solemne y se plantó frente al sobre, olfateándolo como si fuera una amenaza.

—Ya está, lo ha decidido el oráculo —dijo Alejandra—. Si Manolito lo aprueba, se viaja.

—No lo aprueba, lo está marcando con la nariz.

—Pues eso, bendición chihuahuesca.

Nos echamos a reír, aunque por dentro yo sentía un nudo en la garganta. ¿Una casa? ¿Una herencia? ¿Una abuela que creía perdida y que se acordó de mí antes de marcharse de este mundo? ¿Por qué no me buscaría antes? No me había movido de Sevilla…

La carta incluía una segunda hoja con un número de teléfono y una dirección en las Highlands. Me quedé mirándola un rato, pensando en todo lo que podría significar.

Alejandra se inclinó hacia mí, apoyando el codo en la mesa.

—Vale, yo lo tengo clarísimo. Esa mujer quería que fueras. Y yo te haré el regalo de acompañarte.

—Sabes que igualmente no me hubiese ido sin ti — le contesté, casi sin pensar.

—Eso está mejor. —Le dio una palmada al respaldo del sofá—. Además, tengo que ver si allí nacen escoceses atractivos con faldas de los árboles.

—*Kilt.*

—Lo que sea. Tengo que catar uno.

—Ale, que estás recién operada.

—Pues por eso. Alguien tendrá que beneficiarse de todo esto conmigo ¿no? ¿O es que este escultural cuerpo no lo merece?

De nuevo volvía el humor a ella. Y aunque hacía poco que le dieron el alta, ya estaba lista para viajar. Y no solo lista, sino entusiasmada, algo que viene genial para la curación del cuerpo y del alma.

El resto del día fue un torbellino de planes imposibles. Alejandra ya estaba buscando vuelos, comparando precios y preguntando si Manolito podría viajar en cabina.

—Si hace falta le hago un pasaporte perruno con foto y todo —comentó muy seria, mientras el perrito la miraba indignado por probarle una bufanda de lana. Ale a veces no controlaba su fuerza (que esa seguía siendo masculina) y el chiquitín acabó con la lengua fuera, medio asfixiado.

Yo apenas la oía. Seguía mirando el sobre. Algo en el corazón me decía que aquella carta era más que un documento. Era una llamada.

Por la noche, cuando se fue a dormir y el piso quedó en silencio, saqué del cajón una foto vieja: papá y mía, en un parque, él con una bufanda escocesa y esa sonrisa tranquila que parecía protegerlo todo.

Pensé en cómo Irina había manipulado aquella historia durante años, en cómo se las ingenió para empañar su reputación. Si él se fue con otra, sería porque con ella era imposible vivir. Pero no me tragaba que también a mí me hubiese abandonado antes de morir tan joven, tan lleno de vida. Y pensaba en cómo, a pesar de la maldad de mi madre, yo había salido distinta: capaz de amar sin condiciones, de no huir del pasado.

—Voy a ir, papá —susurré, mirando la foto—. Pero esta vez, voy a descubrir la verdad por mí misma —le prometí.

A la mañana siguiente, Alejandra ya tenía hecha una lista de "imprescindibles" para el viaje: desde paraguas de cuadros hasta adaptadores de enchufe.

—Y si nos da por adoptar un unicornio, que conste que lo pedí yo primero —anunció con solemnidad, por eso de ser el "animal" nacional de Escocia.

Manolito ladró, como ofendido por la idea.

—Tranquilo, tú seguirás siendo el heredero —le dije, rascándole la cabeza.

Él suspiró teatralmente y se acurrucó junto a mis pies, como si aprobara el plan a regañadientes.

Mientras Alejandra hablaba por teléfono con la agencia de viajes, me quedé mirando la ventana. El cielo de Sevilla se teñía de tonos rosados.

No tenía ni idea de lo que me esperaba al otro lado del mapa, pero sentía que aquel viaje era inevitable. Que, de algún modo, mi historia, la historia de mi familia paterna, llevaba años esperándome en ese lugar llamado Highlands.

—Valeria —dijo Alejandra, sacándome de mis pensamientos—. ¿Y si esta herencia no es solo una casa? ¿Y si es el principio de algo mucho más grande?

Sonreí.

—Pues espero que ese "algo" venga con chimenea, porque tengo entendido que allí hace un frío que pela.

—Entre tanto escocés, se me ocurren otras muchas formas de quitarme el frío…

—Alejandra…

—¿Qué? Una no vive dos veces.

Nos abrazamos, y Manolito ladró como si quisiera participar en el brindis imaginario que hicimos.

No podía separarme de esa carta. No porque creyera en supersticiones, sino porque tenía la sensación de que el destino me estaba tocando a la puerta. Y yo pensaba abrirle.

Capítulo 4



El día antes de viajar a Escocia, mi móvil vibró justo cuando metía los guantes en la maleta. Miré la pantalla y se me heló la sangre por motivos que nada tenían que ver con el clima: Irina.

—¿Qué quieres ahora? —murmuré.

Alejandra, que andaba por el pasillo probándose un gorro de lana con dos pompones, me miró.

—Valeria —dijo Irina con esa voz de terciopelo que usaba para envolver cuchillos—. Llamaba para… hablar.

—Hablamos hace pocos días. Te recuerdo que saliste por mi puerta después de llamar *engendro* a tu hija.

Silencio. Pude imaginarla apretando los labios, como si masticara la palabra hasta que ya no supiera a nada.

—No he llamado para discutir. He llamado porque… —titubeó—, porque necesito que me dejéis quedarme en el piso.

Me encogí.

—¿Cómo dices?

—Solo una temporada. Estoy… estoy en una situación un tanto complicada.

—¿Complicada? —pregunté, incrédula.

—He roto con mi pareja —soltó por fin, en un suspiro que olía a derrota—. Y no tengo a dónde ir.

Alejandra dio un paso, señalándome el móvil con los ojos como platos.

—O sea —dije despacio—, que no venías a Sevilla para pasar con nosotras unas Navidades idílicas. Venías porque tu novio te dejó.

—No seas cruel.

—Cruel fuiste tú el otro día. Con Alejandra. Con tus palabras. Con todo.

—No mezcles las cosas —chistó—. Necesito un lugar donde pasar las Navidades. Y soy vuestra madre.

Alejandra me hizo un gesto cortando el aire con la mano: *no, no y no*.

—Serás nuestra madre —contesté—, pero el piso es mío. Y no pienso meter a Alejandra bajo el mismo techo de alguien que la llama monstruo.

—No te lo tomes así. Estaba… exaltada.

—Siempre estás exaltada cuando te conviene. Mira, mañana viajamos. No estaremos en casa. Se siente. Tienes que buscarte la vida. Se te da bien estar lejos de nosotras, no te costará.

—¿Viajar? ¿A dónde? —preguntó, desconfiada.

—A Escocia. A resolver un asunto familiar.

—¿Un asunto familiar de qué? —La palabra sonó a sospecha—. ¿Y crees que puedes abandonarme así?

—Por favor. Llevas años pasando de nosotras. Y ahora llamas para pedir cama y desayuno como si esto fuera un hotel. No. Va a ser que no.

—¡Valeria! —Su voz subió de tono—. ¡No serás capaz de dejarme en la calle!

—Sí lo seré. No vengas. No llames. Y, si te preocupa dónde dormir, búscate la vida como nos la buscamos nosotras cuando te largaste.

Colgué antes de que contestara. Me quedé un instante mirando el móvil, con el corazón retumbando en la garganta.

Alejandra me abrazó por detrás, con los pompones del gorro chocando contra mis mejillas.

—Muy bien, Vale. —Me besó la sien—. Si vuelve a llamar, la pasas con recepción.

—¿Recepción?

—Sí, yo misma, pero con acento escocés. "Lo siento, señora, el hotel *Hijas con más arte que el emoji de la flamenca* está completo por reformas", le diré.

Reí. Me temblaban las manos, pero reí.

A partir de ahí, nos pusimos manos a la obra. Alejandra sacó tres maletas grandes "por si las moscas", y empezó a hacer acopio de cosas.

—La maleta roja para ropa de día —dijo, teatral—. La azul para pijamas y prendas glamurosas por si nos invitan a un baile en un castillo…

—¿Un baile en un castillo?

—Tú déjate llevar. Y la negra para productos de belleza: secador turbo, plancha, rizador, serum anti—frizz, mascarilla capilar, mascarilla facial…

Manolito nos contemplaba desde el sofá, envuelto en su mantita, con mirada de auditor fiscal.

—Tú también tienes maleta —le informó Alejandra—. Una mini con tu abrigo rojo, tu arnés oficial *"Mr. International"* y tu cepillo de dientes.

—Para esos dientes pequeñajos que tanto enseña…

—Sí, para sus colmillos de influencer. Y además… —sacó una bolsa—. ¡Tachán! Transportín chic, edición *"jet set navideño"*.

El transportín era negro con topitos dorados y una etiqueta que decía *Señor Manolito*. El perro, que era un señor por supuesto, lo olisqueó y levantó la barbilla.

—Le gusta —diagnosticó Ale.

Revisé *online* las condiciones de vuelo para mascotas sin meterme en demasiados detalles: Manolito podía venir en cabina por tamaño y peso, en su transportín, bajo el asiento. Menos mal, porque para Ale, el hecho de que viajase en la bodega, habría supuesto una tragedia.

—Vale, confirmadísimo: ya está todo listo—anuncié.

—Que Manolito vaya atándose el cinturón —respondió Alejandra—. Y que no se pida ventanilla, que esa es mía.

Capaces eran de pelearse las dos por ella.

Pasamos la tarde empacando capas de ropa, chocolatinas "de primeros auxilios" y los portátiles para terminar allí el trabajo que teníamos pendiente.

—Que conste —dije— que nuestra idea es firmar papeles y volver a Sevilla antes de Navidad.

—Firmar, brindar, sacar fotos en el lago, flirtear con algún escocés, tirárnoslo y volver. El plan perfecto —cerró Ale, alzando el pulgar.

A medianoche, cuando todo estuvo listo, brindamos con un par de copas.

—Por Irina lejos —dijo Alejandra.

—Por nosotras cerca —dije yo.

—Y por Manolito, que es el hombrecito de mi vida.

Manolito ladró.

—Mira, él también me adora —rio Ale.

Al día siguiente, el aeropuerto era un belén sin pastores: maletas, villancicos por megafonía, niños con cuernos de reno y adultos con jerséis feos de Navidad.

—Sevilla, estás ideal —susurré al ver las luces del hall de salidas.

—A ver si Escocia te gana —replicó Ale, empujando un carrito que parecía el Titanic del *duty free*.

En facturación, la agente nos sonrió con eficiencia y alegría.

—¿Destino?

—Glasgow—contesté.

—Equipaje… ¿cuántas maletas?

Alejandra colocó una, dos, tres, a cual más grande. La agente alzó una ceja.

—¿Se quedan un mes?

—Pocos días —dijo Ale con orgullo—, pero somos chicas previsivas.

—Ya veo. ¿Mascotas?

—Sí. —Le mostré a Manolito en su transportín chic.

La agente se inclinó, y Manolito le regaló su mejor cara de "soy guay".

—Qué guapo. —Selló el documento—. Puede viajar en cabina bajo el asiento.

—Lo sabía —dijo Ale—. Es un viajero internacional.

En el control de seguridad, el show comenzó. Alejandra iba en botas con adornos metálicos que pitaban a cada paso, y el guardia le pidió que se las quitara.

—Si quiere se las cambio por sus zapatos —propuso, impertinente.

—Señora, por favor.

—Señora no —le aclaró—. Señorita.

Mientras tanto, yo pasé la bandeja con el portátil, la bolsa de líquidos milimetrados y el abrigo. Manolito, por su parte, decidió que la alfombra del arco detector era territorio enemigo y se quedó clavado dentro del transportín.

—Vamos, que no pasa nada —le pedí.

—¿Necesita ayuda? —preguntó el guardia.

—Ayuda no —aclaró Ale—. Una alfombra roja. Él solo está acostumbrado a galas y demás.

El guardia contuvo la risa. Manolito se relajó al fin, muy digno, y vagamente ofendido.

Ya en *duty free*, Alejandra quiso probar todos los perfumes, todas las cremas y, si la dejaban, todas las galletas del mundo.

—Para aclimatarme al acento —dijo, echándose colonia con olor a aires marinos.

—Hueles a Navidad *premium* —me reí.

—Tú ponte esta —me acercó otra—. “Invierno en el lago”, qué nombre tan chic. Y tan propio para la ocasión.

—Si me la pongo, invocamos una ventisca y allí el tiempo ya es lo suficientemente impredecible.

En la puerta de embarque, una pareja discutía por una tableta de turrón que no cabía en la mochila, un señor se empeñaba en llevar una planta de pascua como si fuera un bebé, y un coro improvisado entonó “Noche de paz” en versión *trap*. La monda.

—Hermana —dijo Ale con solemnidad—, estamos como en una película.

—Esperemos que no sea *Pesadilla antes de Navidad.*

Al subir al avión, una azafata muy simpática acarició el transportín.

—¿Cómo se llama?

—Señor Manolito —respondió Ale con seguridad.

—Qué elegante. ¿Es tranquilo?

—Muchísimo —mentí a velocidades supersónicas.

—Perfecto. Tendrá que permanecer bajo el asiento en todo momento.

—Por supuesto —mintió Ale a velocidades aún mayores, tramando sacarlo en cuanto no la viesen.

Nos sentamos. Alejandra en ventanilla, yo en pasillo, Manolito en su palacio con puntitos dorados.

Delante se sentó un niño con orejas de reno que, nada más colocarse el cinturón, le habló al asiento:

—Hola, asiento.

—Esto va a ser largo —susurré.

—Shhh, confía en mí —dijo Ale, abriendo una bolsa de gominolas—. Llevamos soborno infantil.

Despegamos. Sevilla se quedó pequeña bajo ambas, y yo sentí esa mezcla de vértigo y emoción que siempre me daban los comienzos. Alejandra pegó la

frente al cristal, feliz.

A los veinte minutos, el niño de delante se dio la vuelta. Ella ya había escondido a Manolito bajo su chaqueta y el pequeño cotilla estuvo a punto de dar la voz de alarma.

—¿Eso es un perro?

—No, cielo —dije—. Es un peluche con latido.

—Se mueve.

—Es muy tecnológico.

—¿Puedo verlo?

—Está dormido —intervino Ale, con sonrisa de presentadora—. Si se despierta, igual hace *guau* y desestabiliza el avión. O sea, que nos vamos todos a hacer puñetas.

El niño se giró, temeroso y mudo.

La azafata se acercó con el carrito. Mi hermana escondió a Manolito.

—¿Algo de beber?

—Agua para mí —pedí.

—Yo quiero… —Ale dudó—, ¿tienen *ginger ale*?

—Sí.

—Pues tráeme dos. Y una bolsa de frutos secos. Y… ¿ese chocolate navideño con tan buena pinta es de muestra o de verdad?

—De verdad.

—Entonces otros dos —sonrió.

Manolito olió el chocolate, emitió un suspiro y se recolocó con gesto de santo mártir de la aviación.

—Ni lo intentes —le advertí—. El chocolate es tóxico para ti y sagrado para mí.

La primera turbulencia llegó como llega una suegra de sorpresa: sin avisar y con mala uva.

El avión tembló, la gente emitió un "oh" colectivo y Alejandra me agarró la mano.

—Ay, Virgen de la Macarena —murmuró.

El niño de delante gritó "¡montaña rusa!", lo cual, sinceramente, agradecí: es mejor la euforia que el pánico.

—Señores pasajeros —dijo el piloto—, acabamos de pasar una zona de inestabilidad. Todo está bajo control.

—Pues explícaselo a Manolito —susurré. El perro había puesto los ojos en blanco.

—Tranquilo, príncipe —le dijo Ale, inclinándose—. Si te portas bien, cuando aterricemos te compro una faldita escocesa.

—*Kilt* —corregí, por pura cuestión cultural. Y ya sería lo que faltase.

—Pues es lo que hay.

La vecina de asiento del otro lado del pasillo, una señora con jersey de renos y moño gris, nos ofreció caramelos.

—Para los nervios —sonrió—. Y para el perro tengo una poesía.

—¿Una poesía? —parpadeé incrédula. Yo veía a Manolito más como rapero que como poeta.

—Sí —dijo solemne—. A los animales se les habla en octosílabos.

—Hágalo, por favor —pidió Ale, emocionada.

La señora se inclinó hacia el transportín y recitó:

—*«Manolito de Sevilla,*
con una gracia que brilla …”

Y de ahí en adelante, un montón de versos más. Nos quedamos sin habla.

—Gracias —atiné a decir—. Creo que le ha gustado.

El perro bostezó. Interpreté el bostezo como aplauso interno, pero igual no le hizo ni pizca de gracia.

Minutos después, Alejandra quiso ir al baño y lo hizo como elefante por cacharrería debido a las turbulencias: pasó el codo por una gorra, volcó una almohada, chocó con el carrito de la azafata y pidió perdón en tres idiomas y en unos cuantos más inventados.

—Soy elegante hasta cuando tropiezo —anunció al volver.

—Eres elegante siempre —asentí—, pero no vuelvas a levantarte hasta que la cosa esté más tranquila, por favor, que vas a provocar un conflicto internacional.

Reímos. La señora de los renos también. El niño de los cuernos le asomó un dibujo a Manolito: un perro volando sobre un lago.

—Es él —me explicó, serio—. Va a ver la nieve.

—Y se va a portar bien —añadí, como quien firma un pacto de paz.

Anunciaron el aterrizaje con otra turbulencia. El avión bajó en zigzag, el pasaje volvió a corear “oh” y el piloto prometió suavidad con una voz que sonó a locutor de radio romántica.

Tocamos tierra con un bote y un aplauso espontáneo. Alejandra aplaudió con energía, Manolito hizo un *guau* muy breve, yo juraría que sincronizado, y

la señora de los renos terminó su intervención con otro pareado que no alcanzamos a oír entre la algarabía general.

Al salir del avión, el aire frío nos golpeó como una bofetada buena. Tenía ese olor limpio de los sitios donde el invierno es verdadero invierno.

—Vale —dijo Ale, ajustándose el gorro de pompones—. Nieve: aquí estamos las Álvarez.

Yo respiré hondo. Habíamos llegado. Solo nos hospedaríamos en el hotel una o dos noches porque teníamos casa esperándonos, o eso decía la carta: un *lodge* frente a un lago, un lugar con historia y puertas que, quizá, llevaban años queriendo abrirse.

Mientras caminábamos, el móvil vibró. Un mensaje nuevo, de número largo, con prefijo británico.

—¿Quién es? —preguntó Alejandra cuando colgué.

—Del despacho —respondí, leyendo—. *MacLeod & Sons*. Nos citaban para el día siguiente, a primera hora.

—Perfecto —dijo—. Firmas, nos tiramos a un Highlander y nos volvemos a Sevilla en unos días, a comer pestiños.

—Tú y tus planes—sonreí, creyéndomelo a medias.

En el control de pasaportes, un agente miró el transportín.

—¿Nombre del pasajero canino?

—Señor Manolito —contestó Ale, seria.

—Muy bien, señor Manolito —dijo el agente, sellando—. Bienvenido al Reino Unido.

—Ahora sí —susurré—. Ya no hay vuelta atrás.

Recogimos las maletas (que, por suerte, no se habían reproducido por el camino) y salimos a la zona de llegadas. Los cristales empañados, la gente con gorros, anuncios de mercadillos navideños, un gaitero tocando algo que sonaba a *Villancico invernal remix*.

Alejandra se agarró a mi brazo.

—Valeria.

—¿Qué?

—Estoy feliz. Y también un poco emocionada.

—Yo igual —admití.

Manolito, desde el transportín, emitió un resoplido digno.

Y así, tirando de las tres maletas y de valentía recién estrenada, cruzamos las puertas automáticas. Afuera nos esperaba un taxi, el aire frío, y una ciudad que nos sonrió con los dientes blancos de la nieve. No sabíamos nada de cláusulas, ni de condiciones, ni de Highlanders. Solo sabíamos que íbamos hacia algo que parecía nuestro.

—Venga —dijo Alejandra—. Al hotel.

Subimos al taxi. El conductor, un señor pelirrojo con gorra de lana, nos miró por el espejo y dijo algo que no entendí pero que sonó amable.

—*To the* Highlands, *please* —le pedí.

—*Aye* —respondió, con una sonrisa.

El coche arrancó. Apoyé la frente en el cristal frío y cerré los ojos un segundo. Pensé en papá, en la abuela, en Irina. En cómo todo nos había traído hasta allí.

—Vamos —me dije—. A empezar.

Y empezamos. Con risas, con miedo, con dos maletas de más, con un chihuahua de ego infinito y con las Highlands por delante.

Capítulo 5



Llegamos al hotel de Glasgow pasadas las diez de la noche, con las maletas a cuestas y Manolito oliendo cada rincón como si buscara el fantasma de algún escocés del pasado. El vestíbulo era cálido, lleno de luces doradas y olor a canela procedente de la cafetería. En el centro, un árbol de Navidad enorme con lazos burdeos y bolas de cristal nos daba la bienvenida como si estuviéramos en una película de sobremesa.

—Vale, lo confirmo —dijo Alejandra—: aquí huele a que nos darán una cálida bienvenida.

—Y se siente la calefacción—añadí, frotándome las manos.

Ciertamente, era un lugar muy confortable.

La recepcionista, una chica pelirroja con hospitalaria sonrisa, nos indicó el ascensor. Subimos al cuarto piso con Manolito medio dormido en su transportín y Alejandra tarareando *Let it snow* con acento de Broadway.

La habitación era preciosa: moqueta color caramelo, dos camas grandes, cortinas pesadas y una ventana que daba a la ciudad envuelta en luces. Alejandra se tiró de espaldas en la cama más cercana.

—Si alguien me busca, que me encuentre tumbada, que no me pienso mover hasta mañana por la tarde.

—Tenemos que madrugar mañana, Ale —le recordé.

—Pues pienso ponerme en modo “apagado o fuera de cobertura”.

Manolito ya había decidido que su cama sería la almohada central entre las dos. Se acurrucó con un suspiro y cerró los ojos como un CEO agotado de dirigir una empresa. Ni cenar quiso, y eso que no solía perdonar la comida y, encima, tenía que ser comida canina *gourmet*, que era de lo más sibarita.

Tras una ligera cena que pedimos para tomarla en la habitación, me tumbé al fin, con el cuerpo entumecido y la cabeza a punto de estallar de tantos pensamientos. El viaje, la carta, Escocia… todo. Cerré los ojos y me dormí entre el murmullo de la calefacción y los ronquidos de nuestro chihuahua sevillano. Que de haber podido hablar seguro que lo negaba, pero roncar, roncaba.

A la mañana siguiente, el olor a café recién hecho procedente de la cafetería me devolvió a la vida. Alejandra ya estaba en pie, maquillada y con bufanda, como si fuera a presentar las noticias.

—¿Sabes qué tienen de desayuno? —dijo con los ojos brillantes—. *Beans*. ¡Judías! Con tomate. ¡A las ocho de la mañana!

—Costumbres bárbaras —repuse—, pero allá vamos.

En el comedor del hotel, un camarero con pajarita nos sirvió un desayuno escocés completo. Alejandra probó todo: salchichas, huevos, pan frito, *haggis*… Y sí, cayeron hasta las judías con tomate.

—No entiendo cómo esta gente sigue viva —comentó con la boca llena.

—Y lo dices tú, que estás rebañando el plato.

Al salir, el cielo estaba gris perla y el aire, helado. Pedimos un taxi hacia Fort Augustus, donde nos esperaban los abogados de la herencia. Había un tremendo trecho y nos saldría por un pico, pero pactamos el precio con la centralita. El coche arrancó entre calles empedradas y pronto empezamos a dejar atrás la ciudad.

El paisaje se volvió una postal: colinas nevadas, bosques cubiertos de escarcha y lagos como espejos de plata. La carretera serpenteaba entre montañas envueltas en bruma, y el sol, tímido, intentaba abrirse paso entre la niebla.

—Parece un cuento —susurré.

—Has venido a reencontrarte con tus raíces, Vale. Disfrútalo. Abre la ventanilla y respira aire escocés —me sugirió, abriendo la suya.

—Si no quieres que cojamos una pulmonía, estate quieta —le sugerí yo, porque el frío calaba los huesos.

Manolito, desde su mantita, miraba por la ventanilla con aire de aristócrata exiliado.

Tras un par de horas de viaje, el taxi se detuvo frente a un edificio señorial con letras doradas en la puerta: MacLeod & Sons Solicitors.

—Pues aquí es —dije, tragando saliva.

Alejandra se ajustó el abrigo y guiñó un ojo.

—Vamos a heredar, hermanita.

El interior del despacho era como un museo: madera oscura, chimenea encendida y olor a té recién hecho. Una secretaria de cabello blanco nos condujo hasta una sala con ventanales desde los que se veía el lago, inmenso y plateado.

Y entonces lo vi.

De pie, junto a una estantería llena de libros encuadernados en cuero, estaba **él**.

Logan MacLeod.

Alto, de complexión fuerte, vistiendo traje oscuro impecable y con aire de elegancia despreocupada. Su cabello era oscuro y algo rebelde, con mechones que caían justo lo suficiente para parecer que no le importaban. Ojos azul grisáceo, tan fríos como el lago tras él. Llevaba barba de tres días y su voz grave vibró en el aire cuando habló:

—Señorita Álvarez. Bienvenida a Escocia.

A mi lado, Alejandra me dio un codazo disimulado.

—Madre mía. Si los abogados escoceses son así, yo me declaro culpable de lo que sea —murmuró por lo bajini.

Logan nos miró, sin la menor sonrisa en su atractivo rostro.

—Soy Logan MacLeod, el albacea del testamento de su abuela, Eleanor Fraser. Mi abuelo fue amigo íntimo suyo.

—Encantada —logré decir, intentando no sonar impresionada ni molesta por su tono tan… distante, pues me miró como si fuese un insecto.

—Siéntense, por favor —me pidió, con tanta corrección como distancia puso entre ambos.

Nos ofreció té con la educación de quien ha dado ese mismo discurso cien veces. Sus gestos eran exactos, su postura recta, su mirada nada condescendiente. Lo guapo que era solo empeoraba su actitud: el paquete completo del Highlander imposible.

Abrió una carpeta y comenzó a leer:

—La señora Eleanor Fraser dispuso en su testamento que la propiedad conocida como *Highlands Lodge*, ubicada en las afueras de Fort Augustus, pase a formar parte del caudal hereditario de su nieta Valeria Álvarez, con una condición.

Por cierto, que como ya habréis observado, mi primer apellido era el de mi madre, de ahí que no tuviese nada de escocés. Irina lo decidió así para

Alejandra y para mí.

—Ya verás, seguro que hay que casarse con un Highlander buenorro o reproducirse con él. Eso último, yo lo tendría más difícil —sonrió por lo bajini.

—Shhh —le susurré.

Logan continuó, sin levantar la vista del papel:

—La condición establece que la señorita Álvarez deberá permanecer en el *lodge* durante todas las Navidades, desde el día de su llegada hasta Año Nuevo. Solo entonces se formalizará la herencia.

Me quedé muda.

—¿Pasar las Navidades allí? ¿Sin poder moverme?

—Exactamente —asintió Logan—. Es una cláusula vinculante. Su abuela consideraba importante preservar ciertas tradiciones familiares —me explicó con frialdad.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces la propiedad pasaría a un fondo de conservación local.

Alejandra alzó una ceja.

—Pues nada, hermana. Nos sacrificaremos en nombre de las tradiciones.

Logan la miró con paciencia profesional, pero en sus ojos vi un destello de diversión apenas contenido, como si se alegrase de que eso me fastidiara.

—La señora Fraser fue una mujer de principios —añadió—. Quería que su nieta conociera las Highlands como ella las conoció —añadió con retintín.

—Pues espero que las Highlands me resulten más cercanas que usted —me salió sin pensar.

Él levantó la mirada por primera vez.

—¿Perdón?

—Nada, que… gracias por la información. No se preocupe por leer la letra pequeña, que ya puedo hacerlo yo.

Manolito, que llevaba un rato inquieto en el bolso de mi hermana, eligió ese momento para saltar al suelo y corretear por la alfombra. Se plantó frente al escritorio y empezó a ladrar al reloj de pie como si fuese una amenaza nuclear.

Alejandra se atragantó con el té que nos habían servido.

—Le cae mal —bromeó —. El reloj —aclaró con el mismo retintín que usaba él.

Logan suspiró.

—¿Eso es un… perro?

—Es el heredero moral —dijo Alejandra con solemnidad.

—Ah. —Se limitó a asentir, conteniéndose.

Lo más grande fue que, como si se estuviese vengando por su comentario, Manolito fue hasta una alfombra mullida, de esas que parecen más valiosas que un coche de segunda mano. La olfateó con solemnidad, giró una vez sobre sí mismo y, sin previo aviso, levantó la patita.

El chorro fue breve pero contundente, una especie de declaración diplomática en pleno despacho de Logan.

Durante dos segundos nadie respiró. Logan lo observó con una mezcla de horror y desconcierto, como si acabara de presenciar un acto terrorista

por parte del minúsculo chihuahua.

—¿Acaba de…? —empezó a decir, sin poder completar la frase.

Alejandra se llevó una mano a la boca, debatiéndose entre disculparse o morirse de risa. Yo, paralizada, sentí cómo me temblaban los labios intentando no estallar.

Manolito, muy digno, bajó la patita, dio dos pasos elegantes y lo miró directamente a los ojos, como diciendo *por borde*. Luego, se dirigió a la puerta con el trotecito altivo de quien sabe que ha cumplido su deber moral.

—Lo siento muchísimo —atiné a decir, aunque mi voz sonaba más divertida que arrepentida.

Logan, aún petrificado, solo murmuró algo sobre la madre de nuestra querida mascota en el más elegante de los tonos.

Capítulo 6



Dado nuestro frío encuentro, me extrañó que un rato después, tras firmar los documentos iniciales, Logan se ofreció a llevarnos al *lodge.*

—La propiedad está a media hora en coche. El camino puede ser complicado con esta nieve —carraspeó.

—Qué amable —dije yo, sabiendo que lo hacía más por condescendencia hacia mi fallecida abuela que por cortesía hacia nosotras. Parecía tenernos inquina y, en particular, a mí.

Su coche era un todoterreno oscuro, tan ordenado y pulcro como él. Y en el maletero, una cabeza peluda y gris se levantó al oírnos.

—¿Eso es… un caballo? —preguntó Alejandra.

—Fergus —respondió Logan—. Mi *Scottish Deerhound*.

—Encantador. —Alejandra se giró hacia mí y susurró algo que me hizo reír— El primo escocés de Manolito.

No tardó en estallar el caos.

En cuanto el coche arrancó, Manolito asomó la nariz del bolso y, al ver a Fergus, soltó un ladrido digno de película de guerra. Fergus, tamaño sofá de tres plazas, retrocedió asustado en el maletero y hundió el hocico entre las patas.

—¡Pero mira quién es el valiente! —se burló Alejandra. Y no era para menos. Menudo tanto que acababa de marcarse nuestro chiquitín.

—¿Podrían mantenerlo… tranquilo? —pidió Logan con voz tensa.

—Lo intentaremos —respondí—, pero no prometo nada.

El trayecto transcurrió entre paisajes de ensueño y momentos de comedia inesperados. Afuera, la nieve caía en copos grandes sobre los pinos; adentro, Fergus bufaba, Manolito ladraba, y Logan fruncía el ceño cada vez más.

—Es adorable —dijo Alejandra.

—¿Quién? —preguntó él, sin apartar la vista del camino.

—Nuestro perro, por supuesto —le aclaró.

—Primera noticia de que eso lo sea —soltó él con desdén.

Alejandra le guiñó un ojo.

—Pues no es por nada, pero los huevos los tiene más grandes que el otro.

Yo tuve que disimular una carcajada.

A pesar de su seriedad y de lo borde que resultaba, había algo magnético en él. Su voz grave, su manera de pronunciar mi nombre con ese acento que convertía las palabras en promesas no dichas. Guapísimo. Petulante. Un problema escocés con piernas.

Cuando el coche se detuvo, el paisaje me dejó sin habla. Frente a nosotras, un *lodge* de piedra y madera, con ventanales amplios, chimenea y tejado cubierto de nieve. A su alrededor, el lago se extendía inmenso, quieto, como un mar en calma.

Logan bajó del coche, abrió la verja y dijo con la calma de quien está a punto de revelar un secreto:

—Bienvenida al *Highlands Lodge*, señorita Álvarez.

Sus ojos gris azulados brillaron bajo la luz del lago.

Yo tragué saliva porque el momento imponía.

—Gracias —murmuré.

Alejandra dio una vuelta entera sobre sí misma.

—Vale, oficialmente… esto es la bomba.

Manolito ladró, Fergus se escondió detrás de Logan, y por un segundo me pareció que hasta la abuela Eleanor nos estaba observando desde algún lugar del más allá, satisfecha.

En aquel instante, mientras cruzábamos el umbral del *lodge*, tuve la sensación de que algo empezaba. No solo se trataba de una herencia, sino de una historia. Y aunque Logan siguiera mirándome como si fuera una turista entrometida, supe que aquel lugar y yo teníamos muchas cosas que decirnos.

El chirrido de la puerta resonó en la entrada como un suspiro antiguo. Logan la sostuvo con un gesto distraído, tan elegante como altivo, mientras el aire helado se colaba por el umbral.

Yo di un paso hacia dentro y sentí que el suelo crujía bajo mis botas, como si el tiempo, como si mi historia familiar, nos diera la bienvenida.

El *Highlands Lodge* era sencillamente… de película.

Los techos altísimos, las vigas de madera oscura y el suelo de tablones encerados se combinaban con alfombras gruesas que parecían guardar secretos. Las paredes, revestidas de piedra y madera, desprendían ese olor inconfundible a chimenea y hogar que no se puede comprar, solo se hereda.

Frente a la entrada, una gran escalera de roble ascendía en curva hacia la planta superior, con barandillas talladas y un ventanal al fondo que dejaba entrar la luz del lago. Un verdadero espectáculo.

—Por favor —dijo Logan, con voz grave—, acomódense.

Y lo dijo con tal tono que “acomodarse” sonó a orden judicial. Qué hombre ese.

A la derecha se abría un salón inmenso, presidido por una chimenea encendida en la que el fuego chispeaba alegremente. Sobre ella, un retrato al óleo de una mujer de mirada fuerte: Eleanor Fraser, mi abuela. Sentí un nudo en la garganta. Era bella y reflejaba serenidad.

—Di orden de que la chimenea estuviese encendida a nuestra llegada —aclaró.

—Todo un detalle —Alejandra lo desafió con la mirada.

El resto del salón era un sueño nórdico: sofás de cuero envejecido, mantas de lana, cojines de tartán y una estantería repleta de libros. En una esquina, un piano de cola cubierto de polvo y, sobre él, un jarrón con ramas secas de brezo.

—Esto parece un catálogo de Navidad —susurró Alejandra, pasándose la mano por la alfombra como si no creyera su suavidad.

—Un catálogo de lujo —repliqué.

Más allá del salón se encontraba el comedor: una mesa de madera maciza con doce sillas, lámparas de hierro forjado y ventanas que daban al lago. La cocina, al fondo, mezclaba lo antiguo y lo moderno: un enorme fuego de leña junto a electrodomésticos de acero, ollas de cobre colgando y un aroma a madera limpia que olía a hogar.

Subimos un tramo de escalera. Los dormitorios, amplios, con camas altas, colchas gruesas y cortinas que bailarían al compás del viento cuando abriéramos las ventanas. Todo respiraba tradición, silencio y memoria.

Manolito inspeccionó el lugar con su paso solemne, olisqueó el fuego, hizo una especie de reverencia al retrato de Eleanor y se sentó, satisfecho.

—Le gusta —dijo Alejandra.

Y yo también lo sentí así: el *Highlands Lodge* nos había aceptado.

Cuando Logan se despidió y nos quedamos solas, el silencio de la casa se abrió como un telón. Afuera la nieve comenzaba a caer en hebras suaves, casi elegantes, y dentro olía a madera antigua, cera y a ese polvo limpio que no molesta, como si los años se hubieran quedado dormidos en los rodapiés. Mi hermana colocó el abrigo sobre el respaldo de un sillón con la solemnidad de quien cuelga una capa de reina y chasqueó la lengua.

—Aquí se escuchan hasta los pensamientos —dijo, y el eco le respondió con un murmullo—. ¿Nosotras haciendo ruido? Imposible. Vamos a explorar.

Nos dividimos por instinto. Ella tomó el pasillo de las habitaciones del lado este, yo el salón central y la biblioteca, atraída por las vitrinas de cristal que guardaban reliquias familiares. Manolito, como siempre, decidió que su misión era supervisarnos a nosotras. Avanzaba a trompicones, un metro de soberbia y dos palmos de altura, y olisqueaba cada pata de mueble como si evaluara cuál sería su valor en una subasta.

La biblioteca ocupaba una esquina de la casa, con dos ventanales que daban al lago. La luz del mediodía se reflejaba contra los cristales en un tono dorado, y el agua reflejaba el cielo como una lámina opaca.

Me acerqué a las estanterías: lomos gastados, tomos encuadernados en piel, títulos en inglés y en gaélico que pronuncié con la boca cerrada para no hacer el ridículo ante mí misma. Me refiero al gaélico pues, por suerte, Ale y yo hablábamos inglés fluido. Había un escritorio de nogal junto a la ventana, con una lámpara de pantalla verde. La encendí. La luz tibia hizo brillar las motas de polvo suspendidas y, por un instante, sentí que mi abuela respiraba ahí, en silencio, esperándome desde antes de que yo supiera que me tenía en mente en su herencia.

Abrí los cajones como quien levanta un velo. Encontré papeles apilados, un pañuelo doblado con flores bordadas, dos lapiceros sin punta. En el tercero encontré una caja de lata con un dibujo navideño. Tenía una abolladura en la tapa. La abrí con cuidado, casi pidiendo permiso en voz baja.

Dentro había cartas. Muchas. Un mazo atado con una cinta azul deshilachada. Parecían llamarme. Tomé una al azar. No llevaba sello ni matasellos, tampoco dirección. Solo un “Para mi niña” en una letra firme pero temblorosa al final del trazo. Sentí el latido en las palmas de mis manos, así

que me senté. Manolito emitió un suspiro teatral y se tumbó a mis pies, como si adivinara que aquello iba para largo. Y que sería intenso.

Leí:

Mi niña, hoy ha nevado en las Highlands. No sé si te gustará la nieve, quizá sí, porque me gustaba de pequeña y dicen que algunas cosas se heredan solo por compartir sangre, sin necesidad de momentos vividos. No sé cómo reaccionas cuando te pones nerviosa. Me gustaría preguntarte por tus cosas pequeñas, las más íntimas de cada persona. Aquí el lago parece un espejo que renuncia a mirarse y tu abuelo, mi difunto marido, habría dicho que es tozudez escocesa. Si algún día vienes, si algún día tengo la dicha de compartir contigo esta casa, me gustaría enseñarte a encender la chimenea sin prisas. Te extraño de una manera rara, como se extraña lo que todavía no se conoce bien. Eleanor.

No lo entendí. O lo entendí demasiado y por eso me ardió bajo las costillas. Eleanor solo me visitó en vida de mi padre. La vi pocas veces, a ella no la recordaba. Mi madre siempre había enterrado esa parte de la familia bajo un silencio meticuloso, como si se tratara de un armario del que no se puede sacar nada porque, al intentar hacerlo, se te cae todo encima. ¿Por qué mi abuela escribía cartas que no envió? ¿Por qué hablaba de mí como si me hubiera estado esperando? Pasé a la siguiente.

Mi niña, hoy el lago se ha puesto gris y me ha recordado a los ojos de tu padre cuando se enfadaba y fingía que no estaba triste. Si te parecías a él de bebé, supongo que llorabas con los puños cerrados Extraño tanto a mi querido hijo Duncan…. He cocinado sopa y he puesto dos cubiertos por costumbre y luego he quitado uno. Si estuvieras aquí, te enseñaría a preparar la masa de las galletas de mantequilla, y seguro que nos reiríamos mucho mientras cocinamos.

Duncan. Mi padre. Me latió el nombre como una puerta cerrándose y abriéndose a la vez. De repente quise ver fotos, como si las imágenes pudieran ordenar el caos en el que se convirtió mi cabeza. Volví a guardar las cartas con cuidado, aunque me quedé con una, la de la sopa, como si pudiera calentarme las manos con la memoria de esa abuela a la que apenas conocí, y salí de la biblioteca con paso rápido.

En el pasillo principal descubrí una pared de retratos. Me acerqué con la respiración en suspenso. Ahí estaba mi abuela: joven, con un abrigo claro y una sonrisa no del todo fácil. Tenía la barbilla alzada como la mía cuando finjo que no me afecta nada, que voy sobrada. Y ahí estaba él: mi padre, en varias fotos, a veces solo, a veces con ella. A veces con su padre, mi abuelo Duncan, pues también se llamaba así. Murió muy joven, igual que su hijo. En una, adolescente, mi padre aparecía con jersey de punto grueso y el pelo revuelto; en otra, de joven adulto, apoyado en una barandilla con el lago detrás. Sereno. Los ojos del mismo color que los míos. Apoyé la mano en el marco. Noté la madera fría. No se me ocurrió nada ingenioso. Solo sentí una mezcla extraña de ternura y enfado, como si me hubieran dado una historia a medias y me pidieran que la contara entera. Y no podía, sencillamente porque no la conocía.

—Vale —escuché la voz de Alejandra desde la escalera—, vas a echar humo de tanto pensar. Ven conmigo.

Bajé siguiendo el perfume de algo que no era la casa sino mi hermana: ese olor a champú cítrico que siempre dejaba estela. Nos acomodamos en la cocina y le conté lo de las cartas. Sus ojos se humedecieron.

—No tenemos casi nada —dijo, abriendo y cerrando cajones con la rapidez de un presentador de concursos—. Hay té y una lata de sopa que no pienso abrir porque debe ser radiactiva. Tenemos que bajar al pueblo sí o sí. Ha dejado de nevar.

Bajamos. El camino era corto, una lengua de nieve compactada que conducía a un puñado de casas con tejados empinados. El pueblecito parecía de calendario navideño, decorado con coronas en las puertas.

La tienda de comestibles estaba a la derecha de la plaza. Una campanita anunció nuestra entrada. Una mujer mayor con jersey rojo nos sonrió con la tranquilidad de quien ya lo vio todo en la vida.

—Buenas tardes —dijo Alejandra en perfecto inglés, pero con ese acento andaluz suyo que convierte cada saludo en un acontecimiento—. Necesitamos de todo. Pero absolutamente de todo.

Compramos pan, huevos, verduras, mantequilla, queso, pasta y vino. Y mucho más. Ella insistió en llevar también varias porciones de una deliciosa tarta de limón que nos estaba llamando. La mujer nos preguntó si éramos "las del *lodge*". Asentí, sin saber muy bien qué adjetivo nos caía encima con esa etiqueta. La mujer añadió, como si hablara del tiempo:

—Su abuela hacía un estofado que curaba cualquier mal.

No supe qué responder. Alejandra me tocó el codo, un gesto pequeño, y pagamos.

Regresamos con las bolsas cortándonos los dedos, las mejillas rojas y esa energía rara que enlaza cansancio y excitación cuando una vida nueva se avecina. La desprovista cocina se volvió un espectáculo. Alejandra se ató un delantal que encontró en un cajón (un delantal con cardos bordados) y me dio órdenes con una solemnidad que me sacaba la sonrisa.

—Tú picas la cebolla. Yo me ocupo del sofrito. Manolito supervisa la logística.

El chihuahua se tomó su papel muy en serio. Hizo dos inspecciones completas del perímetro y luego se acurrucó en una esquina tibia, donde la calefacción casi le hace ronronear como a un gatito satisfecho.

Las primeras lágrimas a consecuencia de la cebolla fueron las mías, pero más bien me sirvieron de excusa; aún tenía la carta que hablaba de la sopa metida en el bolsillo trasero del vaquero. Me la había llevado como si pudiera escaparse. Y me imaginaba a mi abuela, preparando aquella sopa en esa misma cocina mientras la melancolía se adueñaba de ella por la imposibilidad de compartirla con su familia.

Almorzamos pasta con una salsa decente, pan con mantequilla y el vino que abrimos por impulso. Reímos. Eso también. Alejandra imitó a Logan y su mirada de desprecio, sacando mis carcajadas.

—¿Y si disfrutamos de esta experiencia como el mejor regalo de Navidad? —me preguntó ella de pronto, con naturalidad, como quien propone ver una serie más antes de dormir.

—Así lo haremos —respondí, y sonó a pacto de infancia.

Y así pasamos la tarde, plácidamente en el salón, hasta que llegó la noche y cenamos. Tras lo cual, lavamos los platos y apagamos las luces.

En la biblioteca, antes de dormir, volví a la caja de cartas. Devolví la que llevaba encima y tomé otra, al azar. La guardé sin leer. Quise tener algo para la mañana siguiente, una razón concreta para levantarme.

Subí a la habitación que elegí como mía: cama alta de hierro, colcha de lana y una lámpara que formaba sombras circulares en el papel pintado. Antes de cerrar los ojos, pensé en mi padre mirando el lago desde aquella barandilla. Pensé en mi madre y en su silencio como una puerta que alguien cierra porque hace corriente. Pensé en mi abuela, esa gran desconocida para mí. Y pensé en Logan y en su manera de tensar el aire con solo entrar. Luego dormí, arropada por el crujido de la casa.

Capítulo 7



Desperté temprano. La claridad escocesa no pide permiso. La ventana estaba empañada por dentro; dibujé un círculo con el dedo y me encontré con la visión del lago espeso, todavía, como una idea a medio pensar. Me vestí con un jersey grueso, vaqueros y calcetines de lana. Para mis costumbres sevillanas, aquello era disfraz de *cupcake* polar.

Bajé a la cocina y comencé a preparar café. Alejandra dormía aún, con ese talento suyo para dormir como una marmota ignorando cuanto la rodea.

No habían pasado cinco minutos cuando escuché un motor apagarse fuera. Luego, unos pasos sobre la nieve, firmes, y el sonido de la aldaba. Manolito se puso en modo alarma antiaérea. Ladró como si una banda de ladrones estuviera a punto de asaltarnos.

Y entonces lo vi a través de la ventana. Logan estaba ahí, con un gorro de lana oscuro, una chaqueta impermeable y las mejillas heladas. Sostenía una carpeta. A sus pies, Fergus, quién si no.

Me atusé el pelo y corrí a abrir la puerta.

—Buenos días —dijo él, con sequedad—. Vengo a comprobar el sistema de calefacción. Ha bajado la presión en esta zona.

—Qué casualidad —contesté, y soné más afilada de lo que pretendía en un primer momento.

Él no hizo ademán de molestarse. Su enorme perro me miró y luego miró a Manolito. Ahí empezó la comedia. Manolito, con el valor de los que no conocen su tamaño, se lanzó al frente como un torero. Solo le faltó sacar el capote.

El otro, una vez más, dio un paso atrás con una dignidad herida y se escondió parcialmente detrás de la pierna de su dueño. Logan parpadeó, sorprendido. Yo intenté no reírme. Fracasé.

—¿Suele comportarse siempre así? —preguntó molesto, señalando el remolino con patitas que era Manolito.

—Sí —dije—. Suele todo. Es su hobby.

Fergus emitió un gemido que en un perro de ese tamaño suena como un contrabajo deprimido. Logan se agachó, le rascó la cabeza y luego me miró con desconfianza.

—¿Puedo pasar? —me preguntó porque aún no le había dado permiso.

—Claro. Adelante. Pero que sepas que aquí manda Manolito —recalqué para fastidiarlo un poco —. La próxima vez le pides permiso a él.

—Por encima de mi cadáver —farfulló por lo bajini.

Entraron. El aire se llenó de ese olor a nieve derritiéndose que viene con los abrigos mojados. Lo guie a la sala de calderas, en un cuarto junto a la entrada, al lado de un perchero que había conocido tiempos mejores. Logan dejó su carpeta sobre la mesa y se puso manos a la obra como si, a pesar de ser abogado, fuese también un manitas de esos que valen para todo.

—La casa es antigua —dijo, sin mirarme—. Los radiadores necesitan una revisión.

—Ayer no tuvimos problemas —le aseguré.

—Por si acaso. Hay que ser prevenido.

Así que también lo era. No pude evitar sonreír. Logan hablaba en serio y eso resultaba gracioso. Me quedé de pie, con los brazos cruzados, observándolo. No porque fuese guapísimo, que lo era, sino porque había algo en su postura, esa atención concentrada, que provocaba una calma absurda en medio de la brusquedad que mostraba.

Fergus, mientras tanto, había decidido explorar la casa desde el centro de la cocina, donde podía vigilar a Manolito con el rabillo del ojo. Manolito le ladraba en *do* mayor desde una silla, como creyendo que la altura lo situaba en una torre defensiva. Alejandra apareció entonces, con el pelo recogido en un moño y un pijama que decía *"Queen of Everything"*.

—Oh —dijo, frotándose un ojo—. El Highlander.

—Buenos días —respondió Logan sin entrar al trapo, quien ya había terminado con su revisión y parecía marcharse.

—¿Un café antes de marcharte? —le ofrecí con la necesidad de retenerlo un poco. Ayer encontré unas cartas y…

—¿Cartas?

—De mi abuela. No las mandó. Era para… bueno, para mí. Para su nieta. Me he encontrado a mí misma a través de ellas.

—¿Y qué dicen?

—Que le gustaba la nieve. Que hacía sopa. Que echaba de menos a alguien que no conoció bien. Vaya, que me echaba mucho de menos.

Asintió una vez, como si repasara una lista interna de cosas que ya sabía.

—Eleanor era una mujer muy especial —acertó a decir como si aquellas pocas palabras le dolieran.

—Me hubiera gustado conocerla.

Logan apretó los labios, no supe si por acuerdo o por prudencia. Lo vi dudar, como si luchara con la posibilidad de decir algo más personal. Al final

cambió de tema con una torpeza honesta que, sin querer, me llamó la atención.

—He traído unos formularios pendientes de firmar. Ya sabes, para poder poner este lugar a tu nombre y demás.

—Perfecto —respondí con ironía—. Me encantan ese tipo de trámites de buena mañana.

No dijo nada al respecto, pero su mirada olía a reproche.

Aceptó el café. Nos sentamos en la mesa de la cocina. Logan sostuvo la taza como con incomodidad mientras me extendía los formularios para que los firmase. Fergus se instaló a sus pies, un gigante plegado. Manolito, desde su silla, lo observaba con aire de hacerle pagar aduana.

—Esta casa… —dije, y me escuché lenta—. Ayer pensé que estaba dormida. Hoy creo que se ha despertado.

—Las casas responden así —contestó Logan—. Eleanor solía decir que las paredes memorizan las risas. También memorizan los silencios. Y las ausencias, por supuesto —añadió en un tono que no lo convertía en un chorrito de alegría precisamente.

—Pues habrá que reír entonces —dijo Alejandra, devolviendo su taza al plato con estilo.

Logan miró los formularios firmados, después la cocina, después a mí. De sus labios no salía ni una sonrisa clandestina. Aquella mañana nos habíamos empezado a tutear, no sé en qué momento. Quizás fui yo, quizás fue él.

—Si necesitáis leña, puedo… —dudó—. Puedo traeros un par de troncos secos del cobertizo. Los de la entrada aún están verdes.

Sentía como si no le cayéramos bien, pero se encontrase con el deber moral de atendernos. Probablemente por respeto a mi abuela.

—Gracias —respondí, y esa palabra se me quedó un poco grande en la boca porque quería decir más cosas.

Se levantó. Fergus se levantó con él, como acojonado. En la puerta, Logan se detuvo un segundo y me miró antes de traer la leña.

—La lámpara verde de la biblioteca—dijo, y su tono cambió—. A Eleanor le gustaba trabajar ahí al atardecer. Decía que la luz le hacía compañía.

Asentí. Me aferré, sin querer, a ese detalle. Era pequeño, pero tenía el tamaño exacto de mis preguntas, las que le hubiera ido haciendo.

—Volveré mañana para revisar la bomba del agua —añadió una vez metió los troncos.

No dijo más. Cruzó el umbral y desapareció en la luz blanca.

Cerré la puerta. La cocina recuperó su temperatura habitual y el leve rumor de la calefacción. Miré a Alejandra. Ella me miró a mí, con una ceja alzada y una sonrisa que no sabía tomarse nada demasiado en serio.

—Te gusta, el Highlander te gusta —me soltó en el más desenfadado de los tonos.

—¿Qué dices? Si es un estirado. ¿Has visto cómo nos mira?

—Sí. Y, sobre todo, he visto cómo lo miras tú. Como si te lo hubiese traído Papá Noel.

—¿Estás tonta? Tu última operación fue ya hace muchos días. No entiendo que sigas bajo los efectos de la anestesia, Ale —protesté.

—Que te compre quien no te conozca, que yo te conozco demasiado bien.

Para que me dejase en paz, saqué la carta que había guardado la noche anterior sin abrir. Rompí el sobre con cuidado. Alejandra se acercó a mi hombro. Manolito, al borde de la silla, inclinó la cabeza como si supiera leer. Solo le faltaba eso.

Mi niña, hoy he puesto la mesa para dos por costumbre, una vez más. Me preparo para el invierno y para lo que no llega. Si un día vienes, no te preocupes si no entiendes todo lo que pasó. Las casas explican con paciencia

lo que las personas complican con prisa. Prende la lámpara verde por la tarde; hace compañía.

Por favor, qué coincidencia… La lámpara verde de nuevo.

En ese momento, la lámpara estaba apagada, pero la imaginé encendida, derramando esa luz tenue sobre la mesa. Alejandra me pasó un mechón de pelo detrás de la oreja con una ternura infinita.

—Hoy por la tarde —dije—. La encendemos por ella.

—Y por nosotras —añadió mi hermana.

Fuera, el lago se había vuelto un espejo más claro. La casa, despierta, parecía escuchar y, a la par, susurrar. Y yo, en medio de mi propia sorpresa, comprendí que a veces la memoria llega en sobres sin sello, pero llega igual.

Abrí el armario de las ollas. El metal sonó a pasado. Mientras Alejandra sacaba las zanahorias y laurel, y Manolito inspeccionaba la cocina, pensé en mi padre sonriendo desde la barandilla. Y también pensé en Logan. Anoté mentalmente, como quien apunta una receta: *No entender es un comienzo. Encender la lámpara. Aprender la receta de la sopa de la abuela. Reírse un poco más fuerte de lo necesario*.

La casa, respondiendo, crujió de acuerdo. Y la mañana, esa mañana que olía a nieve limpia y a café recién hecho, pareció revelarme que el invierno no siempre era un lugar donde perderse; a veces era, simplemente, el sitio exacto donde empezar.

Capítulo 8



El día anterior transcurrió plácido, sin sobresaltos, con una nevada copiosa cayendo lentamente y llenando de blanca armonía ese espectáculo visual que se divisaba desde los ventanales. Con esa idea me dormí.

Me desperté con esa luz gris que solo tienen las mañanas después de una nevada espectacular, como si el cielo hubiera madrugado y estuviera de mal humor.

No me sorprendía porque allí los cambios de clima eran constantes. Tan pronto nevaba copiosamente como salía el sol.

Me incorporé despacio, con el cuerpo todavía caliente bajo la manta gruesa. Habíamos dormido profundamente. O mejor dicho, yo había dormido profundamente. Alejandra más bien parecía hibernar, y Manolito llevaba diez horas del tirón sin abrir un ojo porque ser un chihuahua tan dramático como él requería cargar pilas.

Me vestí a trompicones, con un jersey de lana colorido, y bajé las escaleras con la sensación de que la casa me observaba desde cada rincón. Había algo en el *Highlands Lodge* que no sabía explicar: era como si cada habitación esperara a que yo cruzara la puerta para empezar a hablar, a contarme cosas sobre mi familia.

Alejandra seguía como un tronco, así que me hice un café y me senté junto a la ventana. El lago brillaba como una lámina de metal, inmenso, frío, casi inmóvil. Y, aun así, encontraba una incomparable belleza allí: un silencio precioso junto a un paisaje que parecía intocable.

Tomé la taza entre las manos y respiré hondo, tratando de poner en orden lo que sentía. Una parte de mí se emocionaba con este descubrimiento improvisado, y otra parte temblaba como si todo fuese un castillo de naipes a punto de desmoronarse.

A media mañana, Alejandra despertó en plan influencer, se plantó uno de sus moños perfectos y anunció que quería bajar al pueblo sí o sí, porque necesitaba relacionarse con la gente. Era muy social, siempre lo fue. Y a mí no me apetecía salir.

—Vale, pero no tardes —le dije—. Está nublado. No me gusta cómo se ve el cielo.

—Ay, hija, no seas agorera. Esto es Escocia. Aquí el cielo solo tiene dos modos: gris y muy gris. Si te parece, me quedo metida en casa como una monja de clausura.

Tenía razón, pero algo en ese viento que empezaba a soplar me inquietaba. Aun así, la dejé irse. Qué otra cosa podía hacer. Por mucho que se tratase de mi hermana menor, ya tenía 24 años y no podía meterla en una jaula. En cuanto a Manolito, ese pequeño granuja se cerró en banda a pisar la calle cuando comprobó el viento gélido que procedía del exterior.

Cuando mi hermana cerró la puerta, la casa quedó en silencio. Un silencio indescriptible. Un silencio que invitaba a indagar en él con cuidado.

Fue entonces cuando decidí seguir explorando.

La biblioteca me llamó como los días anteriores. Entré y la luz tenue me envolvió como si me hubiera estado esperando desde la última vez. El escritorio seguía tal cual lo dejé: la lámpara verde apagada, las motas suspendidas en el aire, la caja de latón con las cartas dentro, aquella cinta azul deshilachada…

Me acerqué a las estanterías y me puse de puntillas para alcanzar un álbum grande y polvoriento que estaba colocado en la parte más alta, escondido, como si alguien no quisiera que lo miraran. Lo abrí con el corazón acelerado.

Fotos. Muchas. De paisajes, de reuniones familiares, de inviernos pasados. Eleanor aparecía siempre con ese gesto suyo entre serio y cálido, como si fuera una mujer acostumbrada a soportar más de lo que nadie debía soportar.

Y allí encontré más fotos de mi padre, al que ella debía adorar. Era él, pero también era yo. Mis mismos ojos. La misma forma de inclinar la cabeza. Y luego… Luego sí que fui yo de verdad. Encontré fotos de mi más tierna infancia, incluso en una ella me sostenía en brazos, en nuestra casa de Sevilla. Lástima que no recordase algunos de los pocos momentos que pasé con mi abuela.

Sentí que se me encogía algo dentro.

Me quedé un rato mirando la foto, en silencio, cuando escuché el primer crujido fuerte de la casa. Luego otro. Y otro. Como si las vigas tuvieran algo importante que decir, pero hablaran en un idioma que yo no terminaba de entender. Y no se trataba del gaélico.

A los pocos minutos, el cielo empezó a oscurecerse.

Miré por la ventana. El cielo había cambiado: ahora estaba tejido de nubes negras, densas, arrastrándose como si se tratase de humo. El viento golpeó los cristales. Y, antes de que pudiera reaccionar, las luces del techo (que dada la oscuridad reinante aquella mañana estaban encendidas) parpadearon. Una vez. Dos. Tres.

Y se apagaron.

La casa quedó en penumbra. No total, pero casi. Un silencio eléctrico llenó cada rincón.

Manolito, que estaba tumbado en la alfombra de la biblioteca, levantó la cabeza con rapidez, como si estuviera oliendo a pollo asado, que era su comida favorita.

—No te preocupes —le dije—. Solo es una tormenta.

Pero él no parecía convencido. Y, sinceramente, yo tampoco.

De repente escuché algo. Un coche. Un motor. Pasos en la nieve.

Me asomé al pasillo a tiempo de oír los golpes en la puerta.

Manolito ladró como si fuese el jefe de seguridad del Palacio de Buckingham

Me acerqué y abrí. Y allí estaba él. Logan.

Con el gorro oscuro, las mejillas heladas y esa expresión suya a medio camino entre “estoy aquí porque debo” y “me arrepiento de cada paso que doy”. A sus pies, Fergus, más mojado que elegante, temblaba como un flan, Daba pena verlo. El pobre, era una calamidad con patas, por mucho que su dueño tratase de disimularlo.

—Buenos días, casi tardes —dijo él, con un tono que me hacía dudar que para él lo fueran—. La tormenta viene fuerte. Ha saltado la tensión en toda esta zona. Vengo a revisar la instalación.

Yo, flipando, asentí. Menudo manitas estaba hecho el picapleitos, valía para todo. Menos para sonreír.

—Pasa.

—Solo será un momento.

Ni una sonrisa. Ni un gesto amable. Ni una pizca de humanidad. Este hombre era la personificación del hielo del lago.

Entró con paso firme. Manolito se plantó a su lado y le ladró como si le estuviera exigiendo que se identificara.

Fergus retrocedió, asustado por el énfasis del chiquitín, que parecía que se los iba a comer por los pies, a ambos.

Logan suspiró.

—¿Otra vez?

—Es que le impones —repliqué, con guasa.

—Soy abogado, no un monstruo.

—No sé yo —susurré divertida.

No contestó, pero lo vi tensar la mandíbula, lo cual me dio un pequeño y dulce triunfo.

Lo acompañé hasta la sala donde estaba el cuadro eléctrico. Logan abrió la caja con movimientos expertos, casi bruscos. Fergus se tumbó a sus pies, observándolo con ojos trágicos. Tampoco era muy alegre para decir. Manolito, desde una distancia prudente, emitía gruñidos de desconfianza, como deseando que se largaran.

—Esto se ha sobrecargado por la humedad —explicó él, seco—. No es raro en casas antiguas.

—Pues para ser "no raro", estás poniendo una cara de preocupación que acojona.

—No tienes idea de cómo se puede torcer el clima aquí. Es mejor tenerlo todo preparado por si las moscas. Te lo dejaré listo.

—Eso en Sevilla no nos pasa.

—Lo que ocurre es que esto no es Sevilla, no sé si te has dado cuenta.

—Qué va, no había caído. Soy tonta yo ahora.

Me miró como si en realidad no le extrañase que lo fuese. Y eso me jorobó.

Borde. Insolente. Y jodidamente guapo. Logan era una desgracia emocional.

Mientras revisaba cables y fusibles, aproveché para preguntarle:

—Creo que conociste bien a mi abuela.

—Mi abuelo la conocía mejor —corrigió, aferrándose al control con sus palabras.

—Pero tú también la trataste, ¿no?

—No lo suficiente. Y no es un tema relevante ahora mismo—cortó.

Una puerta. Otra cerrada. Y otra más. Y cada vez de forma más seca.

—Encontré más cartas —insistí.

Él dejó de tocar el panel eléctrico durante medio segundo. Medio. Parecía que la conversación le fastidiaba.

—Ya veo.

—Hablan de cosas cotidianas. De mi padre. Y de mí. Y del lago. Y de… —Tragué saliva—. De cosas que no entiendo.

—No me apetece hablar de esto contigo.

Lo dijo como quien sabe demasiado y no quiere decir nada. Me hirvió algo en el pecho.

—¿Y eso por qué?

—Porque no.

—Para ser abogado, tendrías que argumentar algo mejor —le sugerí.

—Para eso tendría que desear hacerlo. Y no es el caso. No.

Así, con un monosílabo. Sin pestañear.

Pensé que me iba a enfadar, pero lo que sentí fue otra cosa. Algo parecido a intriga. O a desafío. O a una mezcla explosiva de ambas que me corroía por dentro.

De repente, un golpe de viento agitó la casa. La ventana vibró. El fuego de la chimenea se tambaleó. La luz volvió a encenderse. Y se volvió a apagar.

Logan cerró el cuadro eléctrico y me miró con una impaciencia mezclada con incomodidad.

—Ya está arreglado, pero igual se vuelve a estropear. La tormenta va a empeorar. Tenéis que mantener la chimenea encendida. Y no os alejéis del fuego. No salgáis de la casa. ¿Dónde está tu hermana?

—En el pueblo.

—No debiste dejarla salir.

—¿Le has visto pinta de hacerme caso?

—Pues debiste imponerte, ¿no eres la mayor?

—Qué bonito ha sonado. ¿Acaso me estás llamando vieja?

—No, solo insensata. Debiste impedirlo —insistió.

—¿Me estás dando órdenes?

—Estoy diciendo lo que es lógico.

—Se me ocurre por dónde podrías meterte tu lógica.

—Eres una grosera, Valeria.

—Y tú un pedante y yo me callo, así que te sugiero que hagas lo mismo —le solté.

—No he venido aquí a discutir contigo —se defendió.

—En realidad no sé ni por qué has venido. Pero ya sabes dónde está la puerta.

No voy a negar que me agradó su presencia cuando lo vi acercarse a la casa, pero su actitud pretenciosa me estaba tocando las narices.

En lugar de coger el pescante, se acercó a la chimenea del salón para avivarla. Vi cómo se arrodillaba, cómo acomodaba la leña, cómo sus manos fuertes manipulaban el hierro del atizador. No quería mirarlo, pero lo miré igual. Joder, cómo me irritaba y cómo me ponía a la vez.

La luz del fuego le iluminaba la cara. Y aunque era evidente que no pretendía impresionar a nadie, la escena tenía un magnetismo que no supe describir.

—Esta casa… —murmuré, más para mí que para él—. A veces siento que respira —le dije por suavizar y cambiar de tema.

—Este lugar tiene memoria —contestó sin mirarme—. Pero eso no significa que te deba explicaciones.

Iba a responderle, pero no tuve tiempo.

Logan debía andar por los 38 años más o menos. Le calculaba diez más que yo. Y no poseía el don de la palabra, al menos no conmigo. Y eso que se sabía expresar muy bien, pero la incomodidad se le notaba a la legua cuando estaba cerca de mí, ¿qué demonios le había hecho yo para eso?

Se levantó, sacudió las manos y se cerró el abrigo.

—He terminado —me anunció.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—Me gustaría que me contases lo que sepas de mi abuela.

—No tengo nada que contarte —protestó.

Se dirigió a la puerta. Yo fui detrás, con el fuego del enojo subiéndome por la garganta.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

—Y tú te repites mucho —se defendió.

—Y borde.

—Y tú poco original a la hora de insultar.

Fergus salió corriendo hacia fuera. Manolito lo siguió dos pasos, pero luego decidió que pasaba de helarse las patitas y volvió a meterse en casa con la dignidad de un príncipe heredero.

Logan se colocó el gorro y me lanzó una mirada breve Una mirada que no decía frío. Decía *conflicto*.

—Ten cuidado con la tormenta —dijo al final, casi sin querer.

—Y tú ten cuidado con cómo hablas.

—Buena suerte con eso.

Y se marchó. Sin despedirse. Sin suavizar ni una sola arista.

¿A santo de qué se preocupaba por nosotras para comportarse con tanta malaje, como decimos en Sevilla?

El viento se llevó su figura hacia su coche, y yo cerré la puerta con fuerza, como si así pudiera cerrarle la boca también.

Volví a la biblioteca. Volvíamos a tener luz, por suerte. Encendí la lámpara verde y me senté. Manolito se acurrucó a mi lado, temblando un poco.

Saqué la caja de cartas. Elegí una al azar. La abrí.

Y leí:

Mi niña, si algún día vuelves a esta casa, no te asustes si sientes que el pasado sigue aquí. No todos los silencios son fríos. Algunos guardan respuestas.

Dejé caer la carta sobre la mesa. No sabía si hablaba de mí. O de mi padre. O de mi madre. O de Logan.

Pero sabía una cosa: esa casa quería contarme una historia. Y yo estaba lista para escucharla.

Capítulo 9



Alejandra llegó al rato, con las mejillas rojas, el pelo algo despeinado por el viento y una sonrisa que era claramente de “me ha pasado algo jugoso”. Manolito la recibió como si volviera de una guerra, dando saltitos a su alrededor, orgulloso de su regreso.

—¡Vale! —gritó desde la puerta—. ¡Nena, baja ahora mismo que tengo cosas que contarte!

—Dios mío, ¿qué has hecho ahora? —respondí desde la cocina, limpiándome las manos en un paño porque estaba abajo.

—Ven. —Se sentó en un taburete con aire teatral—. Y siéntate. No quiero que te dé un síncope y me culpes. Estoy demasiado excitada para sentirme culpable.

Eso ya prometía caos.

Le serví una taza de té caliente y me crucé de brazos.

—Habla. Y esto para que entres en calor.

—Por esa parte no te preocupes, que ya vengo bastante calentita. He conocido a un Highlander. Y me refiero a uno guay, no como ese sieso de Logan.

Hice una pausa dramática a propósito.

—¿Cuánto has tardado en enamorarte? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

—No seas tonta —respondió, ofendida pero feliz—. Estaba en la librería—cafetería esa que vimos desde el taxi. *Highland Tales Café*. Preciosa. Huele a madera, café y galletas de mantequilla. Y… Vale, Vale… el dueño es… es que es…

—¿Es qué? —la apuré.

—Es un portento con piernas —declaró, poniendo los ojos en blanco—. Llamado *Callum Fraser*.

—¿Fraser? —pregunté, sorprendida—. ¿Como la abuela?

—Sí, pero tranquila, me he enterado de que aquí Fraser lo usa medio pueblo. No deben ser parientes ni nada.

Suspiré de alivio. Con tantos secretos rondando ya, no necesitaba otro árbol genealógico enredado.

—¿Y qué más? —pregunté, apoyada en la mesa.

—Pues… verás… hablamos. Solo un poco. Ya sabes, yo en modo "soy la caña sevillana y vengo para hacerte flipar".

—O sea, tu modo normal —corregí.

—Exacto. Y él… bueno, es muy tranquilo. Muy dulce. Muy… —buscó una palabra— reservado, pero no borde como tu Highlander amargado —recalcó.

—¿Perdona? Logan no es mi nada.

—Tu Highlander amargado —repitió—. Ese hombre no sonríe ni harto de whisky. Hay que ser desgraciado.

No pude evitar reír. Porque era verdad. Logan era una mezcla exacta entre glacial, irritante y peligroso para mi paz mental.

Alejandra continuó:

—El caso es que Callum me ha dicho que mañana empiezan a montar un mercadillo navideño en el pueblo. Que es pequeñito pero ideal, lleno de puestos artesanales. Y que podríamos ir.

—¿Las dos? —pregunté, alzando una ceja.

—Bueno… —se mordió el labio— él me ha dicho *"podríais"*. Yo he decidido que el plural eras tú. Ya sabes, escudo humano para que no se engría.

Ahí sí que me reí.

—¿De verdad crees que no se te nota?

—No me des la turra —me pidió ella, encantada consigo misma.

—Vale, vamos mañana —acepté.

—Me alegra que no tenga que torturarte para ello, porque estaría dispuesta a hacerlo. Callum es el mayor hallazgo en tíos buenos escoceses que se ha hecho en este lugar desde… En la puta vida, vaya.

—Ale, no hables mal.

—Y tú déjame, que estoy como loca y me salen tacos, ¿qué hay de malo en ello?

—Que tú eres mucho más elegante que eso, hermanita.

—Y también más natural. Me salen y me salen… Es como mi encanto innato, que no lo puedo esconder…

Alejandra dio una palmada triunfal, como si acabara de ganar un concurso de talentos.

—Pero escucha —añadió, acercándose a mí con esa sonrisa que siempre anunciaba lío—. He estado pensando… ¿Por qué no decoramos *ya* esta casa?

Está pidiendo Navidad a gritos. Llevamos aquí dos días y parece todavía una mansión fantasma con chimenea incluida.

Miré alrededor. El *lodge*, aunque cálido, tenía ese aire solemne que pedía luces, color y vida. Tenía razón.

—Pues sí… —admití—. ¿Sabes qué? Me apetece.

Alejandra abrió los brazos como si recibiera una ovación del público.

—¡Bieeen! Además, no sabes lo que he encontrado.

—¿El amor? —bromeé.

—También. Pero no. —Se inclinó para coger una bolsa de papel—. Espera.

Sacó una guirnalda de estrella de pino natural, decorada con cintas rojas y pequeñas campanillas doradas.

—Callum las hace. A mano. Pondrá un puesto en el mercadillo. ¿No es adorable?

—Es adorable y un poco sospechoso —contesté—. Ningún hombre que hace guirnaldas tan cucas puede ser luego peligroso, en el sentido que tú quieres.

—No, qué va. A ver si te crees que es un moñas. Será de esos peligros que te matan de gusto —replicó ella, sacando otra guirnalda.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar reír. Esa era Alejandra: un huracán dulce y descarado.

—Bueno —dije—, vamos a ver qué hay por la casa también. Seguro que Eleanor guardaba adornos navideños por algún lado.

No lo sabía con certeza, pero lo sentía. Esta casa estaba llena de recuerdos esperando ser encontrados.

Fuimos hasta un cuarto pequeño que habíamos visto el día anterior, una especie de trastero organizado. Bueno… organizado al estilo escocés antiguo: cajas apiladas, latas de metal, libros viejos y un baúl de madera enorme con el apellido *Fraser* tallado. Una verdadera reliquia.

—Ese baúl… —susurró Alejandra—. Tiene pinta de contener tesoros de abuela.

—O arañas mutantes —respondí, porque necesitaba romper la solemnidad del momento.

Ella me dio un empujón para acercarme más a mi propia historia familiar.

Lo abrimos juntas.

Un olor a madera vieja y años en silencio nos envolvió. Y dentro encontramos: adornos navideños antiguos: bolas de cristal pintado, un ángel de madera con alas gastadas, pequeñas coronas de brezo, cintas de tartán rojo y un conjunto de velas aromáticas con etiquetas descoloridas y formas navideñas.

Alejandra sacó el ángel con cuidado.

—¿Tú crees que esto lo ponía tu abuela cada año?

—Puede ser —respondí con un nudo suave en el pecho—. Debe ser suyo.

El ángel tenía las alas talladas a mano. No perfectas, pero hermosas. Y en la parte inferior, una inicial grabada: **E. F.**

Eleanor Fraser.

Sentí que algo dentro de mí se tensaba. Como si ese objeto hubiera estado esperando justo este instante.

Alejandra lo notó.

—Vale —dijo bajito—. Si te duele, lo dejamos para más adelante.

—No —negué—. Me da nostalgia. Pero nostalgia buena. Y creo que ella querría que lo pusiéramos.

Mi hermana sonrió y me apretó cariñosamente el brazo.

—Entonces lo ponemos.

Sacamos todo el contenido del baúl y lo extendimos sobre la alfombra del salón. El fuego de la chimenea crepitaba y la luz anaranjada bailaba sobre las paredes de piedra.

Esa tarde decoraríamos la casa.

Pasamos horas colocando adornos en ella. Alejandra ponía música navideña desde su móvil, a volumen alto, y Manolito supervisaba cada objeto como si fuese el mismísimo ayudante canino de Papá Noel.

Colgamos las guirnaldas modernas de Callum en el salón y las antiguas de Eleanor en el pasillo, creando un contraste precioso. Alejandra insistió en que mezcláramos estilos.

—Porque así está reflejado todo —explicaba—. Tu abuela. Nosotras. Y el Highlander que me hará tener sueños húmedos esta noche.

Reí tanto que casi me atraganto con una galleta.

Mientras colgaba una de las bolas antiguas en la ventana, noté una cosa:

la casa parecía brillar. Como si algo se despertara entre sus paredes.

Como si Eleanor nos diera permiso.

—¿Lo notas? —le pregunté a Alejandra.

—¿El qué?

—La casa. Siento como… no sé… como si hubiese estado esperando esto.

Ella asintió despacio, y por un segundo, ambas nos quedamos en silencio.

Una calma rara, dulce, suave. Una calma que sabía a recuerdo.

Y allí, en esa quietud, me pareció escuchar la voz de mi abuela, no en palabras, sino en algo más profundo: en el crujido de la madera,

en la luz tenue de la lámpara verde y en el olor a pino.

Algo en esta casa quería contarme su historia.

Pero aún no estaba lista. Y yo tampoco.

Cuando terminamos, el *lodge* estaba transformado: luces cálidas, guirnaldas, cintas tartán, velas encendidas…

Alejandra dio una vuelta sobre sí misma.

—Si esto no ablanda al Highlander amargado, nada lo hará.

—Ni falta que hace —respondí, aunque mi tono no convenció a nadie, ni a mí.

Alejandra me lanzó una mirada cómplice.

—Mañana vamos al mercadillo, ¿no?

—Sí.

—Y ve activando el modo hermana mayor amable, que Callum nos va a invitar a chocolate caliente.

Me mordí la sonrisa porque era probable. Menuda era ella.

Alejandra, emocionada, se acercó al árbol improvisado que habíamos montado y colocó el ángel de Eleanor en la rama más alta.

—Ahí está —dijo—. Donde tiene que estar.

La luz del fuego lo iluminó justo entonces. Y por un instante, fue como si la casa respirara. Y yo respiré con ella.

Capítulo 10



Esa noche la tormenta volvió con fuerza, golpeando los cristales y haciendo crujir el *Highlands Lodge* de un modo que estremecía. Alejandra y yo nos refugiamos frente a la chimenea, con mantas y té, mientras Manolito dormía sobre mi barriga en modo estufa portátil.

—Esto parece una peli de miedo cutre —observó.

—No nombres el miedo, que aquí cruje todo —protesté.

—¿Estás cagada? Pero boba, si estamos aquí las dos juntas. Y tenemos al mejor perro guardián de las Highlands —comentó y Manolito pareció entenderlo perfectamente, pues hasta se le hinchó el pecho de orgullo.

Las luces parpadearon justo entonces, como respondiendo. La lámpara verde de la biblioteca se mantenía encendida, proyectando un halo raro que hacía que el retrato de Eleanor pareciera mirarnos desde la pared.

—No me mires así, abuela —murmuré.

La casa guardaba un silencio distinto, más denso. Manolito ladró hacia el pasillo y me recorrió un escalofrío.

—Como se me aparezca la abuela, me desmayo —susurré.

—Mejor que se aparezca la abuela que no Irina —replicó Ale, sarcástica.

La chimenea chasqueó fuerte y la luz de la biblioteca titubeó, como respondiendo a algo que no sabíamos nombrar. Hablamos de las cartas de Eleanor, de los silencios que "guardan respuestas", y ambas admitimos sentir su presencia, suave pero constante.

Acabamos acurrucadas en el sofá, con el fuego iluminando el ángel del árbol. Y, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidas juntas, mientras la casa parecía vigilarnos en silencio.

Amanecimos las tres criaturas prácticamente en la misma posición, con ligeros cambios: yo con dolor de cuello, Alejandra con el pelo convertido en una maraña y Manolito medio enterrado en la manta, como si hubiera sobrevivido a una tormenta tropical con tornado incluido.

La luz que entraba por la ventana era más clara. Había dejado de nevar, al menos por el momento. El lago se veía gris, pero tranquilo.

—Qué plan —murmuró Alejandra, llevándose una mano al pelo—. Si me ve así Callum, me devuelve a Sevilla sin darme una oportunidad de demostrarle cuánto de loco lo voy a volver.

—No creo que tenga valor—respondí desperezándome.

—Por supuesto que no. Todavía no ha nacido el Highlander que me rechace —añadió con seguridad.

Se desperezó también, se levantó del sofá y anunció, con voz solemne:

—Hoy es día de mercadillo, Vale. Prepárate.

Desayunamos algo rápido: café, tostadas, unas galletas que ella había comprado el día anterior y que le parecían "un pelín sosas", pero que mojadas en café ganaban puntos. Manolito, por su parte, se comió sus croquetas de alta gama mientras nos miraba como si sospechara que le ocultábamos jamón serrano.

Me puse unos vaqueros, jersey grueso y abrigo. Bufanda, gorro, guantes. Todo el kit antihipotermia. Alejandra salió del cuarto perfecta: vaqueros ajustados, abrigo negro, bufanda de cuadros escoceses y pintalabios rojo.

—¿No es un poco excesivo para un mercadillo de pueblo? —le pregunté.

—No existe el exceso cuando una puede encontrarse con el escocés de su vida entre puestos navideños —dictaminó—. Y tú saca a pasear tu mejor sonrisa, por favor, que vamos en representación del *lodge.*

—Voy perfecta —protesté, mirándome en el espejo del pasillo. Parecía un muñeco Michelin sevillano, pero calentito.

Recorrimos el camino hacia el pueblo. La nieve, aunque parcialmente removida, continuaba formando una especie de alfombra blanca que crujía bajo nuestras botas. El aire estaba helado pero limpio, de ese frío que despeja ideas. A lo lejos, se veían las casas con tejados inclinados y humo saliendo de las chimeneas.

—Mira qué postal —comentó Alejandra—. Lo voy a subir a las redes.

—Tu público fiel no está preparado para verte tan lejos de tus tiendas de ropa preferidas —bromeé.

—¿Me estás llamando superficial? Y solo porque, de vez en cuando, me compre un trapito.

—Querrás decir un día sí y otro no. Y no un trapito…

—Ok, una docena de ellos. Porque yo lo valgo.

—Eso, en plan anuncio de champú…

Ella soltó una carcajada.

El mercadillo se levantaba en la pequeña plaza del pueblo, alrededor de una fuente que ahora estaba medio cubierta de hielo. Había puestos de madera decorados con luces, ramas de pino y lazos rojos. El aire olía a canela, chocolate caliente y algo más tostado, quizá castañas. Se escuchaban risas, algún villancico de fondo y el murmullo constante de gente hablando.

Era pequeño, sí. Pero una cucada total. Daban ganas de perderte en él.

—Estoy metida en una peli navideña —susurré.

—Te falta un Highlander como el mío. Del sieso te olvidas —contestó Alejandra.

La miré de reojo.

—No. No me líes a mí.

—Yo solo te informo de lo que necesitas —se defendió.

Nos acercamos a los puestos. Había velas artesanales con etiquetas escritas a mano, adornos de madera tallada, guirnaldas, elfos ideales, bufandas de tartán de todos los colores, galletas caseras con azúcar glas y pasteles que alejaban mucho la idea de la "operación bikini".

Una mujer mayor, con cara amable y jersey de lana grueso, nos ofreció probar un trozo de tarta de manzana.

—Son las nietas de Eleanor —anunció, como si estuviera presentando a unas celebridades.

Me cortó la respiración medio segundo.

—De… ¿mi abuela? —pregunté.

—Claro —respondió ella, como si fuese lo más natural—. Ya me habían dicho que estabais aquí. Tenía unas manos maravillosas para los guisos. Y para los adornos. Siempre decía que la Navidad era una excusa para encender la casa por dentro. Te he reconocido enseguida. Llevas el aire Fraser en la cara.

Noté ese tirón ya familiar en el pecho. Alejandra me miró un segundo, apretando los labios para no emocionarse.

—Estamos intentando continuar lo que ella hacía —dije al final—. Decorar, al menos.

—Hacéis bien —respondió la mujer, dándonos otro trocito de tarta—. Esa casa necesita risas jóvenes. Lleva demasiado tiempo en silencio.

Otra pista. Otro eco.

Como si el pueblo entero supiera más sobre mi abuela que yo.

—¿Mucho tiempo? Pero ella no hace tanto que murió, ¿verdad?

—Cierto, pero cuando falleció ya hacía años que no vivía allí —contestó con los ojos empañados.

Enseguida llegaron clientes y no pudo seguir hablando. Su revelación me trastocó. Entonces, ¿dónde vivió mi abuela sus últimos años?

Seguimos avanzando por la plaza, comprando alguna cosa pequeña: una vela de vainilla para la biblioteca, una figurita tallada de un ciervo para poner cerca de la chimenea, unas galletas de mantequilla cuya receta parecía un secreto de Estado…

Alejandra, inquieta, iba girando la cabeza de un lado a otro.

—¿Buscas a tu Highlander? —le pregunté.

—No sé de qué me hablas —repuso, haciéndose la digna—. Estoy interesada únicamente en la cultura local y en el comercio de proximidad —añadió haciéndose la interesante antes de echarse a reír.

Lo dijo justo antes de verlo.

El puesto de Callum estaba justo al final de la plaza, cerca de la calle que llevaba a la librería. Tenía una mesa de madera llena de coronas de pino, pequeñas guirnaldas, adornos hechos con ramas y lazos de tela. Él estaba de pie detrás del mostrador, con un abrigo oscuro, bufanda gris y las manos algo enrojecidas por el frío.

Era guapo y de sonrisa confiable. Con el pelo oscuro y un poco largo, cayéndole sobre la frente con ese desorden perfecto que no habría logrado de haberlo pretendido. Ojos marrones, hombros anchos, barba de varios días y

ese aire especial que parece venir de convivir demasiado tiempo entre idílicas montañas. Un Highlander de manual.

Cuando nos vio, sonrió. No un gesto exagerado, sino una sonrisa tranquila, auténtica, que le suavizaba todo el rostro.

—Has venido —le dijo a Alejandra, con un inglés que se entendía sin esfuerzo.

—Te dije que sí —respondió ella, como si no hubiera estado hablando de él todo el rato desde que se despertó.

—Y has traído compañía.

—Mi hermana —me presentó—. Valeria.

—Encantado —dijo él, mirándome a los ojos—. Callum.

Me dio la mano. Tenía la piel fría, pero el gesto fue cálido.

—Me han hablado muy bien de tu café —comenté.

—Espero que haya sido ella —respondió, inclinando un poco la cabeza hacia Alejandra—. Si no, tengo un admirador secreto que desconozco.

Alejandra sonrió de un modo que yo reconocía muy bien: en plan “estoy loca por tirármelo”.

Callum nos enseñó algunas de las coronas que hacía a mano.

—Estas son para las puertas. Y estas otras para colgar cerca de las ventanas. A vuestra abuela les gustaban.

Otra referencia.

Otro hilo más.

—¿La conociste? ¿Eres familia de ella? —pregunté, intentando sonar casual.

—No, solo compartimos apellido de casualidad. La conocí de vista y de trato cordial, pero hacía años que no se dejaba caer por aquí —admitió—. Yo era pequeño cuando ella estaba más activa en el pueblo. Pero todo el mundo la respetaba mucho. —Hizo una pequeña pausa—. Y quería mucho este lugar.

Sentí que las palabras "quería mucho este lugar" se me quedaban pegadas a la piel.

Compramos algunos adornos y él se empeñó en regalarnos un par.

Nos despedimos de Callum con la promesa de pasar en otro momento que él estuviera por la librería a tomar un café.

—Es guapo —admití cuando ya nos habíamos alejado un poco.

—¿Guapo? Es absolutamente follable —me soltó a lo bruto.

—Voy a hacer como que no te escucho. Y habla bonito de la abuela. Eso suma más —añadí. No sabía que la conociera.

—Sorpresa. Eso ya te ha ganado a ti —me pinchó.

—Sin duda.

Dimos un rodeo para regresar al inicio de la plaza, cargadas con una bolsa de adornos y con las manos heladas. Yo ya estaba pensando seriamente en un chocolate caliente de vuelta a casa.

Fue entonces cuando lo vimos.

Logan estaba junto a su todoterreno, aparcado cerca de la salida del pueblo. Llevaba un abrigo oscuro, gorro de lana y parecía acabar de hacer unas compras, igual que nosotras. Tenía los brazos cruzados y hablaba distraídamente con un hombre mayor.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, tardó exactamente un segundo y medio en fruncir el ceño.

Maravilloso. Ya estábamos en modo "me molestas por existir".

Alejandra, lejos de intimidarse, saludó con la mano.

—Mira, tu amigo el de la sonrisa helada. Debe tener así hasta el pito —murmuró—. A ver qué nos suelta hoy.

Nos acercamos. No porque yo quisiera, sino porque el camino de regreso pasaba por allí. Eso me repetí a mí misma, al menos.

—Señorita Álvarez —dijo Logan, a modo de saludo. Ni hola ni nada.

—Logan —respondí, con el mismo entusiasmo que si estuviera saludando a un inspector de Hacienda.

Sus ojos se deslizaron hacia las bolsas que llevábamos.

—Veo que habéis aprovechado el mercadillo.

—¿Te molesta también? —preguntó Alejandra, ladeando la cabeza—. ¿O necesitamos tu permiso para decorar el *lodge*? ¿Hay alguna cláusula que se te haya escapado? ¿Algo que no leyeras? No lo creo, debes creerte demasiado perfecto para pifiarla —le espetó ella.

Un músculo le tembló en la mandíbula. Siempre era buena señal. Significaba que Alejandra hacía bien su trabajo en la categoría "sacarlo de quicio".

—Mientras respetéis lo que ya hay, sois libres de… —buscó la palabra, casi con dolor—…adornar.

—Qué detalle —respondí.

El viento volvió a soplar con fuerza. Empezaba a nevar otra vez.

—Os llevo de vuelta —dijo Logan al fin—. No es buena idea que subáis andando si esto empeora.

—Podemos volver solas —respondí, cruzando los brazos, haciéndome la indignada.

—No te estoy pidiendo permiso —replicó—. Te estoy diciendo que es peligroso.

—Le encanta su tono paternalista —murmuró Alejandra, más para mí que para él.

—Subid al coche —insistió, con esa seriedad que rozaba la obstinación.

Algo de razón tenía en que el cariz estaba empeorando.

Por una vez, decidí no discutir. No porque me pareciera bien su forma de hablarnos, sino porque el cielo comenzaba a parecer Mordor y yo no estaba por la labor de quedarme atrapada en el pueblo.

Alejandra y yo nos miramos, nos encogimos de hombros y aceptamos.

Dentro del coche, el aire estaba frío al principio. Fergus nos miró desde el maletero con cara de "otra vez esta gente" y luego se acurrucó, resignado. Logan arrancó sin articular palabra.

El camino de regreso se hizo en un silencio raro. No incómodo del todo, pero tampoco fácil. Alejandra miraba por la ventanilla, embobada con la nieve supuestamente. Pero la conocía muy bien: pensaba en Callum. Yo miraba el perfil de Logan de reojo, sin querer y queriendo, a la vez.

Había algo en su forma de sujetar el volante, de fijar la vista en la carretera, que transmitía control… y tensión. Como si siempre estuviera preparado para un golpe.

—El pueblo recuerda mucho a Eleanor —dije al final, porque el silencio me estaba taladrando por dentro—. Todo el mundo habla de ella con respeto, eso me agrada mucho.

Él tardó unos segundos en contestar. Pero lo hizo sin rodeos.

—Es lo que se merece.

—¿Y por qué tengo la sensación de que tú crees que yo no? —me atreví.

Logan apretó los labios. Vi cómo se le marcaba la línea de la mandíbula.

—No es el momento para hablar de eso —me respondió.

—Nunca es el momento para hablar de nada contigo —repliqué.

—Quizá porque hay cosas que es mejor no remover —añadió con sorna.

Algo en su tono me dejó helada. No porque sonara amenazante, sino porque sonó… dolido.

Alejandra intervino para templar, curiosamente.

—Pues ya que no quieres hablar, pon al menos algo de música.

Él soltó una especie de resoplido, pero cedió.

El resto del trayecto lo hicimos con Alejandra cantando por Freddie Mercury, ya que puso música de Queen.

Cuando llegamos al camino del *lodge*, el cielo estaba ya de un gris casi violeta.

—Gracias por traernos—dije escuetamente al bajar.

—No me las des…

Y con eso, se despidió, dejando tras de sí una estela de nieve levantada y un montón de preguntas sin respuesta flotando en el aire helado.

Alejandra se giró hacia mí.

—Yo digo que el día que ese sieso se ría, deja loco hasta al lago.

—Al lago —respondí— y a mí.

—A ti ya un poco loca te tiene. Y mira que, teniendo en cuenta que parece que lleva un palo metido en el culo, que te guste me resulta un misterio digno de *Cuarto Milenio*.

—Y dale… Que no me gusta.

—Qué va, ni a mí Callum tampoco.

Entramos en la casa con las bolsas. El ángel de Eleanor nos esperaba en el árbol, silencioso, atento.

Y entonces tuve la certeza absoluta de que no estábamos solas en aquel *lodge.*

Ni por la tormenta. Ni por el viento. Ni por la memoria.

Capítulo 11



Cuando me desperté aquella mañana, el cielo estaba del color del aluminio mojado. Nevaba otra vez, con suavidad, como si alguien allí arriba estuviera sacudiendo un mantel blanco sobre las Highlands.

Alejandra me dio los buenos días feliz, porque había quedado de nuevo con Callum. Les dio fuerte desde el principio. Su sonrisa la delataba. Al poco comenzó a arreglarse. A cada rato cambiaba de pendientes, de bufanda, de abrigo… y Manolito le seguía detrás como si fuera su asistente personal.

—¿Voy muy exagerada? —preguntó girando sobre sí misma, mientras el abrigo rojo se abría como la capa de Caperucita.

—Un poquito —afirmé.

—Perfecto. —Y se puso unos pendientes aún más grandes.

Lo vería en el mercadillo del pueblo. Según ella, “puro ambiente navideño y literario”. Según yo, una excusa clarísima para ver a Callum. Y me parecía muy bien. Alejandra merecía un poco de magia. O de lío con un Highlander. Lo que surgiera.

—Vuelvo en unas horas —dijo al fin, abrochándose el abrigo.

—Pásalo bien, nena.

—Y tú… Y si aparece por aquí el sieso, no dejes que te traumatice.

—¿A santo de qué va a aparecer? Y no lo llames así.

—Está bien, entonces lo llamaré malaje —me contestó, refiriéndose a ese otro término con el que, ciertamente, hubiesen bautizado a Logan en nuestra Sevilla.

Se fue con un Manolito en modo sirena de ambulancia, ladrando a todo lo que se moviera, incluida la puerta. Lo llevaba en el bolso, su minúsculo tamaño se prestaba a transportarlo con toda comodidad. Pero entonces, cuando salió, entró con rapidez porque el chihuahua comenzó a hacer gestos desesperados con la cara. Estaba muerto de frío.

—Lo voy a dejar o me montará una escena, ¿te importa?

—No, claro que no. Me hará algo de compañía.

No contaba con que Manolito tenía sus propios planes que consistían en dormitar tranquilamente delante de la chimenea.

El *lodge* quedó en silencio. Ese silencio grande de las casas viejas, donde se oye incluso tu respiración. Me preparé un té y me senté frente a la ventana, viendo cómo la nieve caía tranquila, ajena al mundo.

Y, por alguna intuición rara, supe que ese día no iba a ser normal.

No pasaron ni veinte minutos cuando escuché que alguien llamaba a la puerta. No un golpecito suave: dos toques firmes, profesionales, de persona seria. O sea: Logan. Alejandra tenía razón.

El corazón se me aceleró de un modo muy bobo. Abrí la puerta. Ahí estaba él, con nieve en las pestañas y ese abrigo oscuro que le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida. O sea, como todo lo que se ponía. Qué rabia daba lo bien que le quedaba la ropa.

—Buenos días, Valeria.

—Hola —contesté, intentando que mi voz sonara normal.

Entró y se sacudió la nieve del abrigo. Llevaba esa expresión de “estoy aquí por obligación y nada me afecta”, pero ya no resultaba tan hermética como al principio. Algo en sus ojos parecía… más curioso. O más confundido. No sabría precisarlo.

—Venía porque aún quedan algunos flecos sobre el testamento que conviene finiquitar —dijo, dejando una carpeta sobre la mesa. Aquellos trámites prometían ser muy largos.

—Ni que fuese un mantoncillo de flamenca —se me escapó.

—De los que os ponéis para la feria —murmuró él.

—¿Conoces nuestras tradiciones? —le pregunté asombrada.

—¿Podemos ultimar ya el papeleo? —me contestó con cierta impertinencia.

Nos sentamos en la mesa grande del comedor. El olor a madera y a chimenea llenaba la estancia. Él abrió la carpeta, yo acerqué mi taza y, justo cuando iba a decirle algo, sonó mi móvil. “Irina” iluminó la pantalla.

Y me encogí por dentro. Ese nombre era sinónimo de problemas. Siempre lo fue y lo seguiría siendo.

—Tengo que cogerlo —dije, tragando saliva —. Es mi madre.

Me levanté y me separé apenas dos pasos… pero él podía oírlo todo. Seguro que sí.

—¿Qué quieres? —le pregunté con brusquedad.

—¿Dónde estás? —soltó Irina podía ser tan entrometida. Su voz sonaba igual de fría que siempre.

—Te dije que estaría en Escocia. Y también recuerdo haberte dicho que no nos llamaras más.

—Pues eso es precisamente lo que no entiendo. ¿Qué haces todavía allí? ¿Has heredado ya?

Cerré los ojos. No era momento. Ni lugar. Ni nada.

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Y por qué no? —respondió con ese tono cargado de veneno elegante—. Me he informado. Tengo mis derechos. Se llama derecho de alimentos y no existen solo en favor de los hijos. También de los padres. Tu hermano y tú me debéis asistir porque estoy en un estado de necesidad.

—Querrás decir mi hermana —carraspeé de lo más incómoda.

—Lo que os dé la gana. Pero aflojadme pasta o iré a los Tribunales.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Has viajado hasta España para desplumarnos después de que llevas años sin ocuparte de nosotras? No me lo puedo creer.

—Tú heredaste el piso de tu padre, para ti es muy fácil hablar.

—Y tú un usufructo que se tradujo en dinero y que tiraste en lujos en tres días.

Sentí un nudo en el estómago. Era lo que me faltaba por escuchar.

—Irina, desde que estoy aquí, no te imaginas la cantidad de cosas que estoy descubriendo. Te aseguro que lo último que te interesa es remover la mierda en la que convertiste nuestro pasado familiar porque, de otro modo, te estallará en toda la cara.

—¿Y yo qué culpa tengo de que Eleanor fuese incapaz de comportarse como una abuela normal? Si tanto te quería, ¿dónde estuvo los últimos veinte años? ¿Eh? Te abandonó como lo hizo tu padre antes de morir. Tú deberías aprender de mí: yo siempre estuve ahí. Pagando. Manteniendo. Haciendo de madre y de padre. Y ahora tú me lo pagas con indiferencia.

—No es indiferencia —murmuré.

—Es desagradecimiento. Y egoísmo. Pero supongo que es lo que puedo esperar de ti.

—¿De verdad tratas de chantajearme emocionalmente? Mi abuela me adoraba. Ahora lo sé.

—Y un cuerno te adoraba esa vieja. Lo dicho…

Me temblaba la mano. Tenía a Logan detrás, escuchándolo todo. Quería desaparecer. Seguro.

Irina siguió. Estaba claro que no iba a darse por vencida.

—Si no vas a enviarme dinero, dímelo directamente. No me hagas perder más tiempo. Ya tomaré las acciones que considere necesarias.

—Ya estás tardando —logré decir, con la garganta cerrada.

—Qué decepción. —Y colgó.

Me quedé quieta, mirando la pantalla como si fuera una herida abierta. Cuando volví a mirar a Logan, él tenía la mandíbula apretada. Muy apretada. Como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo que no encajaba en las piezas del puzle que se montó en su cabeza respecto a mí.

—¿Estás bien? —preguntó, pero su voz sonó más profunda que de costumbre.

Tragué saliva.

—Mi madre… es así. Siempre ha sido así. —Me senté, sin mirarlo al principio—. A ver, no quiero aburrirte con un drama familiar, pero… supongo que ya lo has oído todo.

Él no dijo nada. Asintió apenas.

—Ella siempre habló fatal de mi padre —continué—. Le echó la culpa de todo, incluso de cosas que no tenían sentido, solo porque conoció a alguien mejor que ella. Eso no era difícil. Y de mi abuela echó pestes por la boca

igual. Durante años me dijo que Eleanor era una mujer fría, egoísta, que nunca quiso saber nada de mí. Pero las cartas que encontré aquí señalan lo contrario.

Lo miré por fin. Me estaba costando. Así que cogí carrerilla y continué hablando.

—Las cartas cuentan otra historia. Una completamente distinta. Una en la que mi abuela me quería. En la que me echaba de menos. Y… no sé. Creo que nunca la dejaban llegar a mí. Ni a mí llegar a ella. Siento que toda mi vida ha sido una mentira.

Logan apoyó las manos sobre la mesa. Se veía tenso. Esa tensión suya que parecía contener más cosas de las que decía. Muchas más.

—No sabía… —empezó, pero se detuvo.

Había un gesto nuevo en su cara. Como si algo dentro de él se hubiera desplazado un milímetro.

—¿Quieres quedarte a almorzar? —pregunté de pronto. Ni sé por qué. Quizá porque en ese momento necesitaba el consuelo de alguien. Aunque él fuese la persona menos indicada para dármelo.

—No debería…

—No entiendo el porqué, pero estás aquí. Y te agradecería que te quedases.

Me miró unos segundos. Luego asintió.

—Me quedo.

Mientras preparaba algo rápido que consistió en una crema de verduras con pan tostado y queso, Logan se apoyó en la encimera con la típica postura suya de no saber si quedarse o salir corriendo. Ese hombre tenía un doctorado en contener la tensión.

Sabiendo que iba a quedarse, fue al coche a por Fergus, el cual entró tembloroso por encontrarse allí con Manolito y respiró tranquilo al verlo

dormido.

Fergus se tumbó también al calor de la chimenea. Pero, como si hubiese intuido su presencia, Manolito abrió un ojo y lo vio. Y en ese preciso instante decidió que era el momento perfecto para recordarle que era un gigante miedoso. Se subió a una silla, ladró como si estuviera viendo un dragón, y Fergus dio un salto tan exagerado que se golpeó con el saliente de la chimenea. Logan tuvo que agarrarlo de la pechera.

—¿Qué demonios le pasa al pequeño? ¿Es que no sabe comportarse?

—Superioridad moral —dije—. Él cree que es tu perro quien invade su espacio —le solté con gracia.

Logan resopló, casi divertido. Casi.

Comimos despacio. O mejor dicho: yo comí. Él picoteó, mirando cada tanto por la ventana, a mis manos, a los papeles del testamento… como si algo no le cuadrara. Y se veía que era el tipo de picapleitos que entraba en modo "me estoy rayando" y le costaba salir.

Cuando acabamos, me serví un licor escocés que habíamos comprado en el mercadillo. Solo un par de dedos. Él no quiso probarlo porque tenía que conducir. Yo sentía que lo necesitaba, pero estaba más fuerte de lo que esperaba. O quizás me sentó mal. El caso es que me subió rápido.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le pregunté, dejando el vaso en la mesa con más fuerza de la necesaria. Estaba achispada, "claramente", como en la famosa canción de Shakira.

—Depende.

—¿Por qué me odias? Necesito que me lo expliques —añadí. Había ido al grano.

Él parpadeó.

—No te odio —carraspeó.

—Sí. —Me señalé a mí misma con el dedo, ya más desinhibida—. Haces esa cosa tuya de "no me interesas pero te miro de reojo como si fueras radiactiva".

—No es así —se defendió.

—Tengo razón. Y eres borde. Muy borde. Mira que yo puedo tolerar la seriedad, pero lo tuyo es… superior. Como nivel experto.

—Valeria… Me voy a marchar.

—No, en serio. Dímelo. ¿Por qué te caigo tan mal? No huyas.

—No pretendía huir. Solo marcharme —precisó.

—Pues habla, no seas cobarde.

Se quedó tan callado que pensé que iba a levantarse e irse, sin más. Ataqué su orgullo y eso no debió gustarle. Pero no. Se quedó ahí, con esos ojos azul grisáceo que parecían siempre contener un secreto.

—No es tan sencillo —dijo al fin.

Y nada más.

Ni una palabra más.

Me apoyé en la silla, decepcionada.

—Genial. Pues nada. Me alegro de haber preguntado. Ahora todo me queda mucho más claro.

Me levanté para recoger, pero el *lodge* se me movió un poco bajo los pies. Logan se levantó enseguida y me prestó ayuda.

—Creo que deberías descansar.

—Y yo creo que tú deberías aprender a hablar las cosas.

—No voy a discutir contigo en este estado.

—¿Estado? Solo he bebido un poquito. —Y señalé con los dedos un espacio mínimo.

Él apretó la mandíbula.

—Voy a irme.

No sé si quería que se fuera. O si quería que se quedara y fuese sincero. O si quería que dejara de mirarme como si yo fuera un problema sin resolver.

—Haz lo que quieras, cobarde —murmuré, dándome la vuelta. Lo ataqué de nuevo y debió sentarle como una patada en el trasero.

Lo escuché ponerse el abrigo. Abrir la puerta. Cerrar.

Y entonces el silencio se pegó a las paredes del *lodge.*

Creo que me tumbé en el sofá "un minuto".

El "minuto" duró hora y media.

Me desperté con la puerta abriéndose y un torbellino rojo entrando.

—¡VALERIAAAAAAAAAA! —gritó Alejandra, con las mejillas rojas por el frío y los ojos brillantes.

—¿Qué demonios…?

—ME HA BESADO.

—¿Quién? —pregunté, aunque no hacía falta. Pero estaba adormilada.

—Callum, cariño. CALLUM. —Se dejó caer a mi lado—. Y no un beso así normalito. No, no. Me ha besado como si estuviera protagonizando una peli romántica.

Me reí, medio dormida.

—Me alegro. Mucho.

Ella entonces me miró con más atención.

—¿Has estado bebiendo? —me preguntó alzando una ceja.

—Un poquito.

—¿Un poquito de cuánto?

—Dos dedos o así.

—¿De qué?

—Del licor ese que compramos.

Alejandra rodó los ojos.

—Cuéntamelo todo, porque a ti te pasa algo.

—Se ha quedado a comer. Logan vino y se quedó.

—¿Cómo?

—Irina me llamó, discutimos… Quiere sacarnos pasta, se ha informado. Y por lo visto es cierto que le debemos prestar ayuda si está en una situación precaria, se lo pregunté a Logan.

—No jodas…

—Sí, pero también me ha contado que no nos meterán en la cárcel ni nada de eso si no se la prestamos —continué diciendo—. Vaya, que lo único que podría hacer es demandarnos ahora y, en todo caso, desheredarnos el día de mañana.

—Irina no va a dejar ni los mocos, así que…

—Asunto zanjado, pero aproveché para preguntarle a él por qué me odia.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada —susurré—. Nada. Ni una palabra.

Alejandra apretó los labios.

—Ese tío es idiota.

—Sí.

—Ya se lo dije también.

—Bien hecho. Y entonces, ¿por qué te sigue gustando?

—No me des la chapa, que no es así.

—Valeria, mírame.

La miré.

—Pasa de él. No te merece. No te trata bien.

Un silencio, y luego le confesé:

—Pero creo que… no sé. Creo que hoy lo he dejado pensando.

—Pues que piense. Ya está bien de que seas tú la que se rompa la cabeza. Él también tiene cerebro, ¿no? Que lo use de una puñetera vez.

Me hizo reír. Mucho. Y lo necesitaba.

—Te voy a hacer una infusión. Y no me lo discutas.

—No discuto.

—Manolito, vigílala. Que no se duerma, que tengo muchas cosas que contarle.

El chihuahua ladró una vez, como si fuera su misión vital.

Alejandra preparó una infusión para ambas. Y yo me senté con una manta en los hombros sintiendo que, pese al desastre emocional, no estaba sola.

—Toma, Vale, tarde de hermanas.

—Tarde de hermanas —repetí, sonriendo.

Y mientras ella me contaba con detalle cómo había sido el beso con Callum, yo pensé en Logan, en su silencio tenso, en su mirada que ya no era tan fría… y en cómo algo había cambiado ese día.

Aunque él todavía no supiera explicarlo.

Capítulo 12



Amanecí con la cabeza algo más clara que la noche anterior, pero con un nudo en el pecho que no sabía cómo deshacer. No se trataba de resaca física; era resaca emocional. De esas que te hacen revivir cada frase, cada silencio incómodo, cada mirada que te pareció hostil, cada gesto malinterpretado. Y en mi caso, todo tenía la misma forma: Logan.

Me preparé un café intentando no pensar demasiado, pero claro, ahí estaban las palabras que él no dijo, la tensión en su mandíbula, el gesto con el que me sujetó el brazo cuando pensé que el *lodge* se movía. Y aquel silencio que pesaba más que cualquier respuesta.

Alejandra entró en la cocina con su pelo despeinado y la sonrisa radiante típica de quien ha sido besada por un hombre que le gusta. Lo primero que dijo fue:

—Te he oído suspirar desde mi dormitorio.´

—No estoy suspirando.

—Has suspirado tres veces seguidas. Dos largas y una con sonido. Ese combo significa: *"estoy rayada nivel pro"*.

Volteé los ojos y bebí un sorbo de café.

—Es que ayer… No sé. Fue raro.

—Fue Logan. Y Logan es raro. —Se sirvió café—. ¿Qué parte de eso no entiendes?

—Todas.

—Especifica.

—Que vino, vio la discusión con mamá, se quedó a comer, estuvo callado, le pregunté por qué me odia y no dijo nada. Nada, Ale. ¿Te imaginas? Yo ahí, vulnerable, preguntando y… silencio por su parte.

—Yo pasaría de él como de la mierda, pero aparte ¿sabes qué creo? —preguntó, sentándose frente a mí—. Que ese hombre te mira como si fueras una ecuación complicada. No sabe resolverte, pero no puede dejar de intentarlo.

Me tapé la cara con las manos.

—Estoy fatal.

—No. Estás enamorándote de un sieso. Eso es mucho peor.

Le lancé una servilleta.

—No estoy enamorándome.

—Claro que no. —Se rió—. Por eso no paras de mirar al móvil como si fueras a recibir un mensaje telepático.

Bufé.

—Es que… no sé. No entiendo lo que piensa.

—Porque no habla.

—Ya, pero tampoco se va.

—Exacto. —Se inclinó hacia mí—. Es experto en volverte majara.

Iba a responder, pero entonces mi móvil vibró en la encimera. Alejandra me hizo una señal teatral con las cejas.

Lo cogí.

Logan: *Tenemos que hablar. Pasaré a recogerte en dos horas.*

Sentí cómo se me revolucionaba el estómago. Como si alguien hubiera encendido todas las luces de golpe.

—¿Quién es? —preguntó Ale, aunque sabía perfectamente quién.

—Logan.

—¡Lo hemos invocado! —Se llevó una mano al pecho, cómica—. ¡Dame el móvil!

—No.

—Valeria, enseña —exigió.

Dejé que lo leyese.

—"Pasaré a recogerte". —Repitió el mensaje, imitando su voz profunda—. Mira qué seguridad. Qué tío más subidito.

—Va a pasar a recogerme.

—Ya lo veo.

—En dos horas.

—Y estás loca por ponerte guapa. Ponte una coleta alta, depurada. Le encanta. Y luego le das a entender que vales mucho para él y que se joda.

—¿Cómo sabes lo que le encanta?

—Lo sé yo, cariño. Estoy en modo intuición femenina *on fire.*

Me reí nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Y si viene a decirme que me mantenga lejos de él?

—Pues te habrá tocado el Gordo de Navidad, que por cierto se sortea hoy. Pero no tendremos esa suerte. Viene a recogerte en su tanqueta escocesa para seguir jodiendo.

—Alejandra, por favor…

—Solo digo la verdad, pero tú misma…

—¿Y si…?

—Nada de "y si". Arréglate.

Eso hice.

A las dos horas exactas, lo vi llegar desde la ventana. Su coche negro se detuvo frente a la puerta principal del *lodge*. Él bajó, alto, serio, con el abrigo oscuro y ese aire suyo de que el invierno le caía bien.

Respiré hondo, me coloqué la bufanda y salí.

—Hola —dije.

—Valeria.

Me abrió la puerta del coche. De nuevo ese gesto tan suyo, formal y contenido. Y subimos en silencio. El interior estaba caliente, olía a cuero y a madera, y a algo más sutil que debía de ser su perfume.

Me llamó la atención su forma de conducir: silenciosa, firme, casi militar, como si la nieve se apartara sola para no molestarle.

Se había quitado el abrigo y me fijé en su jersey grueso color carbón que le marcaba los hombros y los antebrazos. Tenía el pelo un poco mojado por la nieve, caído de forma desordenada que, en él, quedaba peligrosamente bien. Y

exhibía ese gesto casi impenetrable, como si guardara algo demasiado grande para contarlo.

Yo me había puesto unos vaqueros oscuros, botas altas y un jersey crema ligeramente ancho que me hacía sentir calentita y… no sé, bonita. La bufanda beige me enmarcaba la cara y me daba un toque más suave, por si él decidía mirarme más de dos segundos. Estaba nerviosa, lo admito. Nerviosa como una idiota.

Cualquiera podría pensar que no era digno de que pensase así, pero algo me decía que no era un mal tipo, que entre nosotros las cosas se aclararían. No soy la típica a la que le gustan los malotes ni las relaciones tóxicas, eso lo tengo claro y también lo tenía entonces. Lo de Logan era distinto, por mucho que dijese Alejandra.

Cuando clavó sus ojos en mí, me tembló todo. Eso fue lo peor: que no hizo nada especial. Solo me miró. Con esa mezcla suya de frialdad y algo más profundo que nunca sabía descifrar. Esa mirada que parecía preguntarse cosas que no decía. Esa mirada que me atraía sin remedio por más que tratase de ocultarlo.

Condujo por un camino rodeado de pinos altos, todos cubiertos de nieve. No habló. Yo tampoco. Cada vez que lo miraba de reojo, él tenía la mandíbula tensa, como si tratase de ordenar pensamientos que se le desbordaban.

Al llegar, supe que era su casa porque aparcó sin pensarlo. Era completamente distinta al *lodge*: más pequeña, con otro tipo de construcción, pero cálida. De madera clara, ventanales enormes con vistas al bosque, una chimenea de piedra al fondo y estanterías llenas de libros viejos. No tenía decoración elegante ni cuadros caros; todo era sencillo, funcional, lleno de recuerdos. Se notaba que alguien había vivido allí mucho tiempo.

Entrar en la casa de Logan fue como entrar en su cabeza, así lo describiría. Ese pensamiento me vino solo, sin pedir permiso, en cuanto crucé el umbral. No se trataba de una casa grande, pero tenía una presencia silenciosa que imponía más que cualquier mansión. Olía a leña, a café reciente y a algo que no supe identificar, quizá el perfume que él usaba y que parecía impregnado en cada fibra de la casa.

Me llamó la atención el orden. Un orden cómodo, no obsesivo; un orden de hombre que ha vivido solo mucho tiempo y que necesita tenerlo todo bajo control. Así lo percibí. En las estanterías había libros viejos y nuevos mezclados sin pretensión estética, simplemente leídos. Muchos sobre historia de Escocia, naturaleza, fotografía…

Había fotos. Eso me sorprendió. Fotos en blanco y negro de un hombre mayor que reconocí como su abuelo; fotos de Logan adolescente con el pelo demasiado largo y una sonrisa de lado a lado que me sorprendió; fotos de paisajes nevados, del lago, de bosques. En ninguna foto aparecían mujeres. Ni padres. Ni familia extensa. Solo él y su abuelo. Y la naturaleza.

La chimenea de piedra estaba encendida, proyectando sombras cálidas sobre las paredes. Había una manta doblada con precisión militar sobre el sofá, y un cuenco metálico junto a la puerta. Sin duda para Fergus.

Era una casa bonita, sí, pero también era un refugio. Un lugar construido a base de pérdidas, silencios y rutinas, por eso habría apostado. Un sitio que hablaba más de Logan que todas sus palabras juntas. Y me di cuenta de que me estaba dejando entrar en un espacio que no debía abrir a cualquiera.

—Es preciosa —dije, entrando.

—Era de mi abuelo. —Colgó el abrigo con un gesto que parecía ensayado después de años.

Me quedé quieta, esperando que siguiera.

—Crecí aquí con él —continuó, acercándose a la chimenea y encendiéndola con un mechero antiguo—. Mis padres me abandonaron cuando yo era muy niño. Se marcharon a Nueva York. Querían ser actores y yo les estorbaba. Mi abuelo me lo dio todo: hogar, disciplina, cariño… Y me enseñó a amar estas tierras.

—Lo siento mucho —murmuré.

Él asintió, sin sentimentalismos.

—Mi abuelo era viudo desde joven. Amó, como de verdad se debe amar, a una sola mujer en toda su vida.

—¿Quién?

—Eleanor.

Sentí un nudo inesperado en la garganta.

—Estuvo enamorado de ella durante décadas. —Logan se apoyó en la mesa—. No se lo confesó hasta que me hice mayor y me independicé. Y cuando por fin se decidió a pedirle matrimonio… ya era tarde.

Tragué saliva.

—Ella empezó a deteriorarse, ¿verdad? Me dijeron que no vivió en el *lodge* en los últimos años.

—Sí. Y él nunca lo superó.

Me acerqué, sintiendo la gravedad de sus palabras.

—Logan… ¿por qué me cuentas esto?

Él me miró directamente. Esos ojos azul grisáceo parecían más vulnerables que nunca.

—Porque necesito que entiendas por qué fui tan duro contigo.

—Te escucho.

—Yo adoraba a Eleanor. Era como una segunda abuela para mí. Cuando te dije que no la conocía tanto te mentí, porque reconocerlo me hacía daño. Y la vi sufrir. Yo no podía entender que no quisieras saber nada de ella, que la hubieses abandonado tras la muerte de su hijo, como si no hubiese sufrido lo suficiente. Al principio eras una niña, pero luego no. Ella no hablaba del tema, no daba explicaciones. Hubiera dado mucho por verte aparecer por la residencia en la que fue internada, pues necesitaba cuidados. Ya no reconocía

casi a nadie, pero estoy seguro de que a ti te hubiese reconocido nada más verte.

Me tembló el estómago.

—Pero yo no sabía nada —susurré.

—Tras escucharte hablar con tu madre lo vi claro. Pero durante mucho tiempo… pensé que la habías abandonado. Y que a última hora venías a por su herencia.

—Nunca. Jamás la habría dejado sola.

—Ahora lo veo claro. Hay algo que no te he entregado todavía. Es un último legado de tu abuela. Debí hacerlo antes. Toma. De un cajón, sacó un sobre amarillento en el que, del puño y letra de Eleanor, se leía un *"Para Valeria".*

Mi niña, si estás leyendo esta carta, deseo, con todo mi corazón cansado, que estés disfrutando de unos días frente al lago y que hayas sentido ese silencio tan particular que envuelve estas montañas. Y también que, por un instante, te hayas sentido parte de él.

Quizás no entiendas por qué quise que pasaras aquí las Navidades… pero este es el lugar donde empezó nuestra historia, y donde quiero que empiece también la tuya. Tus raíces están hechas de nieve, de viento frío, de bosque escocés y de amor. Amor que nunca pude darte en persona. Ojalá hubiese podido.

He imaginado durante años este momento. Te escribí muchas cartas, tantas que perdí la cuenta. Ninguna llegó a tus manos. No por falta de deseo. Sino por protección.

Cuando tu padre, mi Duncan, murió (ese golpe que aún no he aprendido a encajar) intenté buscarte. Intenté pedir un derecho de visita, una mínima forma de seguir siendo tu abuela. Pero Irina me enfrentó.. Recuerdo su mirada dura, su tono frío. Me dijo que si seguía adelante, lo pagarías tú. Que haría tu vida imposible. Y añadió algo que me congeló el alma: "Si la quieres, déjela tranquila".

Y te dejé. No por ella. Por ti.

Cada día que pasé lejos fue un día que soporté con la esperanza de que al menos tú estuvieras a salvo.

Sobre mi hijo… quiero que sepas la verdad. Duncan quiso profundamente a Irina. La cuidó, la defendió y la colocó en el centro de su mundo. Fue su amor más grande… y también su herida más profunda. No fue él quien traicionó ese hogar. Fue ella. Cuando lo descubrió, su corazón se rompió de una forma que ya no supimos recomponer. Creo que, de alguna manera, murió ese mismo día, aunque falleciera realmente un tiempo después. Y aunque Irina siguió adelante con ese hombre, el que más tarde sería el padre de su hijo Alejandro, la vida también la golpeó. Porque se enamoró de él, sí… pero él la dejó. Y nada volvió a ser igual tampoco para ella. Esa mujer pagó porque, además de a mí, también quiso separar a Duncan de ti, a toda costa.

Todo esto lo guardé para ti. Nunca quise que crecieras con rencor, ni con la carga de nuestros errores. Solo quería que un día supieras que siempre te amé, incluso desde la distancia más injusta; la distancia impuesta.

Si ahora estás en el lodge… entonces ya estás más cerca de mí que nunca.

Y yo, dondequiera que esté, te abrazo.

Con todo mi amor,
Eleanor.

No pude contener un río de lágrimas. De verdad no pude.

Él se acercó y me sostuvo de los brazos, firme y delicado a la vez. Ese gesto que, hasta aquel día, no había tenido nunca conmigo. Ese "estoy aquí", sin palabras.

—Valeria —dijo con voz baja—. No puedo cambiar lo que pensé. Pero sí puedo decirte que estaba equivocado.

—Irina me mintió en todo. Esta carta me dice que mi vida ha sido una mentira. Acusó a mi padre de cosas horribles y fue ella quien le falló. Me

contó tantas barbaridades de él y de mi abuela… Verdaderas atrocidades, todas inventadas. Cielos… se lio con el padre de Alejandra, de ese de quien nunca nos habló.

Me acerqué un poco más. No lo decidí conscientemente. Simplemente pasó.

Sus dedos rozaron mi mejilla para limpiarme una lágrima. Y algo se encendió. O quizá ya estaba encendido desde hacía tiempo, esperando a que dejáramos de escondernos detrás de los malentendidos.

—No sabes cuánto lo siento —susurró él.

Le toqué la mano. Ese simple contacto me recorrió entera.

—No me odias —dije, apenas audible.

—No. —Su respuesta fue inmediata—. Nunca fue odio. Te lo prometo.

Y entonces pasó. Muy despacio. Muy inevitablemente.

Él inclinó su frente hacia la mía. Yo inhalé, sintiendo el olor a invierno, a leña, a él. Y cuando mis labios rozaron los suyos por primera vez, sentí algo que no había sentido nunca.

No un beso impulsivo. Ni uno robado. Ni uno tenso.

Un beso lleno de verdad. De dolor compartido. De alivio. De satisfacción. De deseo contenido demasiado tiempo. De promesa.

Sus manos me rodearon la cintura. Las mías se aferraron a su jersey. Y durante unos segundos larguísimos, no existió nada más que ese calor inesperado con el paisaje nevado de fondo.

Cuando nos separamos, seguía con la respiración acelerada y las lágrimas en las pestañas.

—Logan…

—No digas nada —murmuró contra mi frente.

Pero ya era tarde. La historia acababa de cambiar. Para siempre.

Capítulo 13



Cuando por fin nos separamos, el silencio quedó flotando entre nosotros como si también necesitara un momento para recuperarse.

Yo seguía sintiendo los labios tibios, la respiración acelerada, y esa mezcla absurda de nervios y euforia que me recorría el cuerpo. Logan me miraba como si no terminara de creérselo, como si estuviera calculando si volver a besarme o salir corriendo de allí. Yo tampoco tenía muy claro qué quería que hiciera… aunque mi cuerpo parecía haber decidido por mí.

—Valeria… —murmuró, con esa voz grave que logró que me temblara algo por dentro—. No sé muy bien cómo… —Se frotó la nuca, torpe, como si aquella mano fuera independiente de su cerebro.

Estaba nerviosa, muy nerviosa. Me lo notaría. Logan me lo notaría, pero era irremediable. No traté de disimular, sino que reí bajito.

—Pues si no lo sabes tú… —dije, todavía con la emoción a flor de piel—. Creo que ahora mismo ninguno de los dos podría decir nada coherente.

Mi comentario le hizo sonreír, apenas un gesto pequeño, pero suficiente para que yo sintiera un vuelco. Primera sonrisa que le veía y amenazaba con enamorarme.

—Pero si sabes sonreír —me burlé—. Creí que esa asignatura no la habías aprobado, señor abogado.

—Claro que sé, solo que hasta ahora no tenía ningún motivo para hacerlo, listilla.

—Pues espero que, a partir de hoy, lo practiques. Incluso te reto a que algún día te eches unas risas —proseguí.

—Ven aquí, anda…

No me provocó risas, sino unas sensaciones difíciles de describir relacionadas con la idea de que esa batería de besos que sus labios estaban depositando en los míos no debía tener fecha de caducidad.

Cuando terminó, me miró y me propuso algo.

—¿Quieres salir a tomar el aire? Estás temblando.

—No sé si es por el frío o por… —Lo señalé a él, como quien señala una evidencia.

Se rio de verdad. Y entonces pensé que ojalá pudiera grabar en mi memoria ese sonido para siempre.

Caminamos unos minutos por el sendero que rodeaba la casa, aún sin decidir a dónde íbamos exactamente. La nieve seguía cayendo con suavidad, como si quisiera mostrarlo todo más bonito para nosotros. El aire frío me despejaba sin quitarme la sensación de que estaba viviendo algo que iba a cambiar mi existencia, pues me sentía irremediablemente atraída por él.

—Valeria —dijo Logan, de repente, deteniéndose—. ¿Te apetece… almorzar conmigo?

Lo dijo tan serio, tan él, que tuve que contener la risa.

—Creí que me ibas a citar para juicio, picapleitos. ¿Crees que esas cosas se proponen con tanta solemnidad?

—Perdona. ¿Mejor así? —me lo pidió con una sonrisa nada forzada que le hizo parecer aún más atractivo a mis ojos.

—Mucho mejor. ¿En tu casa? —pregunté.

—Sí. —Desvió la mirada hacia ella—. No prometo los mejores resultados, pero estamos a tiempo de cocinar algo decente.

—Ah, o sea, que cocinas fatal.

—Diría que cocino… con dignidad. Escocesa.

—Eso da miedo. Y bastante respeto.

—Entonces, ayúdame y lo haremos a tu manera —sugirió.

Y en ese momento me pareció la idea más bonita del mundo.

La cocina de Logan era amplia, de estilo rústico, con muebles de madera oscura y una ventana enorme que daba directamente al bosque. Todo en ella olía a leña y a algo muy suyo, cálido y familiar. Y allí estaba Fergus… enorme, resignado, con la barbilla apoyada en la encimera como si llevase horas esperando a que alguien le tirase un trozo de lo que fuera. Para mí que era de muy buen comer y al grandullón le daba lo mismo.

—Ni lo sueñes —le dijo Logan cuando vio que se dirigió a la nevera con la intención de tratar de abrirla.

Fergus hizo un sonido parecido a un suspiro dramático.

Yo solté una carcajada y Logan se dejó caer con una sonrisa muy amplia. Poco a poco le iban saliendo.

—Me encanta —dije—. Tiene alma de poeta incomprendido.

—Lo que tiene es un estómago sin fin —refunfuñó su dueño.

—A eso en mi tierra se le llama ser un pozo hondo —le conté.

—Tendrás que contarme muchas cosas sobre esa tierra tuya a la que pareces amar mucho —me comentó.

—Claro, pero ahora vamos a tratar de preparar algo decente de comer, ¿no es eso lo que dijiste?

Abrimos armarios, sacamos ingredientes, y la cocina se convirtió en una coreografía silenciosa, cómplice. Él, que en realidad se defendía bien entre fogones, me explicó cómo preparar *scones salados* y sopa escocesa de pollo y cómo freír una especie de pastel de patata que tenía un nombre que me resultó simpático.

—¿Y esto cómo se llama? —pregunté.

—*"Tattie scone"*.

—Eso no es un nombre. Es un estornudo.

Él soltó una carcajada tan inesperada que se me escapó una sonrisa orgullosa.

—¡Lo he logrado! —grité con tanto ímpetu que Fergus dio un respingo mayor que si Manolito le hubiera hecho una de las suyas.

Mientras cocinábamos, nuestras manos se rozaban a veces, sin querer, o quizá queriendo pero fingiendo que era fortuito. El ambiente se respiraba cálido, casi familiar, como si hubiéramos hecho eso mil veces. Como si preparar un almuerzo juntos fuera lo más natural del mundo y no la sorpresa del día, del mes, del año y hasta del siglo para mí.

Fergus se paseaba entre los dos como un fantasma gigante, esperando el milagro de que a alguno se nos cayera algo.

—No le des ni una miga —me avisó Logan, que luego se le pone la tripa mala.

—¿Y si se la doy sin querer?

—No existe "sin querer" tratándose de Fergus. Es un cobista total.

—En eso no se parece al dueño. No hiciste por caernos bien precisamente. Te teníamos por un borde total.

—Sí, creo que Alejandra me detesta. Y no culpo.

—Si Alejandra no se te ha tirado a la yugular es porque no la he dejado, que si no… Hubieras conocido la rabia sevillana.

—Imagino —sonrió—. A mí ella sí me cae bien.

—Pues bonita manera que has tenido de demostrárselo también.

—Lo siento, ya conoces los motivos. La metí en el saco, por eso de ser de tu hermana. Y lo lamento más porque su vida no ha debido ser fácil.

Era muy elegante. No hizo una referencia expresa al hecho de que se tratase de una chica trans, aunque era evidente que se refería a eso.

—Alejandra siempre ha luchado por lograr su felicidad. Es el ser humano más valiente que conozco. Por cierto, eres perspicaz. Lo digo porque muchas personas ni lo notan.

—Es cierto. Soy muy observador, pero entiendo que pase desapercibido para mucha gente. Es una gran mujer en todos los sentidos.

—Alejandra es mucho más que el género que sentía como suyo desde siempre y que la naturaleza le negó. Alejandra es pura luz.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Que Irina no acepte su cambio ha sido determinante para que la aparte de nuestra vida. La quiero con locura. ¿Te hubiera gustado tener hermanos? O de hecho, ¿tus padres tuvieron más hijos?

—Pues si te digo la verdad, ni siquiera lo sé —me contestó y me dejó boquiabierta.

—Pero, ¿eso cómo puede ser?

—Después de que mi abuelo les reprochara el haberme abandonado, en una conversación telefónica al poco de marcharse a Nueva York, no volvieron a telefonear nunca. Ni a dar más señales de vida.

—O sea que le echaron la cruz a tu abuelo, como decimos en Sevilla. Y de paso a ti.

—Eso debió ser, sí. A estas alturas, no me importa nada.

Cambiamos el tercio tras unas confesiones bastante serias. Al final, entre bromas, caricias disimuladas y Fergus intentando saborear hasta el aire, terminamos el almuerzo. Todo estaba más rico de lo que esperaba, quizá porque lo habíamos preparado juntos o porque Logan, aunque no lo admitiera, sabía cocinar mejor de lo que decía. Él sí que me daba coba a mí.

Continuábamos sentados frente a frente y por un momento me dio la sensación de que aquello no era un almuerzo improvisado, sino el comienzo de algo más serio, más profundo.

—Gracias por esto —dije—. Por… todo lo de hoy.

Él bajó la mirada hacia su plato, visiblemente incómodo.

—Valeria, yo… —Respiró hondo—. He sido injusto contigo. Debí entregarte antes esa carta. Estaba tan ofuscado contigo que me costó cumplir con la última voluntad de Eleanor.

—Sí. —Lo dije sin rencor—. Pero ya sé por qué. Y sé que no fue tu culpa.

—Mi abuelo lo era todo para mí —admitió—. Mi única familia. Cuando murió Eleanor… él no lo llevó bien. Nunca superó la idea de que estuviera sola. La quiso más de lo que llegó a admitir. —Se frotó las manos, nervioso —. Creí que tú habías elegido no estar con ella. Que preferías tu vida al margen de tu abuela. Que no te importó.

Sentí un nudo en la garganta.

—Si hubiera sabido la verdad, Logan… habría venido. Habría venido mil veces.

Él levantó la mirada, directo, vulnerable.

—Lo sé ahora.

El silencio que siguió no pesaba, sino que más bien abrazaba.

Fergus aprovechó para apoyar la cabeza en mi muslo, como si quisiera aportar algo también.

—Tu abuelo debió de ser un gran hombre —dije.

—Lo era. Y… —Tragó saliva—. Estaría contento de verte aquí. Conociendo este lugar. Y… bueno… conmigo.

Quise responder algo inteligente, pero mi boca no estaba en modo inteligente. Estaba en modo sorprendido por esa confesión.

—¿Sabes qué deberías hacer? —pregunté, cambiando el tono despacio—. Venir al *lodge* estas Navidades.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿A… pasar las Navidades?

—Sí. Alejandra y yo vamos a celebrarlo allí igualmente. Y… —Me encogí de hombros—. Creo que te vendría bien no estar solo. Además, así… podríamos… —Me puse colorada—. Bueno, ya me callo.

—Valeria —susurró él, y en su voz había algo parecido a un "sí" que aún no se animaba a salir.

—No deberías quedarte aquí solo —añadí.

Él negó muy despacio.

—No las celebro desde que él murió.

Aquello me atravesó como una daga.

—Entonces ven con nosotras —insistí—. Te prometo que será una Navidad bonita. El *lodge* es precioso. Y Alejandra ha comprado dulces navideños como si esa fuera la misión de su vida.

Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, se formó en su boca.

—Me estás tentando demasiado.

—Es mi talento oculto. Aún no lo conoces.

—Alguno voy conociendo —me respondió sugerente.

Solté una carcajada y él me miró como si aquel sonido le cargara las pilas.

Después del almuerzo recogimos los platos juntos, coordinándonos con gestos, sin necesidad de hablar. Cada vez que pasaba a su lado sentía el eco del beso, el recuerdo de su mano en mi mejilla, el olor suave a madera y a hombre.

Cuando terminé de secar el último vaso, Logan acercó una mano a mi rostro, despacio, como si me pidiera permiso en silencio. Su pulgar rozó mi mejilla con una ternura tan inesperada que me incitó a cerrar los ojos.

—Gracias por invitarme —murmuró—. Y por no apartarte de mí.

—Has estado a punto de conseguirlo —bromeé.

—Y por hacer que este sitio… —Se quedó pensando—. Se sienta un poco menos vacío.

Sentí que se me apretaba el pecho. Nos quedamos allí, mirándonos, los dos torpes en eso de confesar cosas, pero dispuestos a seguir intentándolo.

—Ahora tengo que volver a casa —propuse consultando mi reloj y pensando en mi hermana.

Cogí mi abrigo y él llamó a Fergus, que vino trotando como una montaña con patas. Cuando abrimos la puerta, el aire gélido nos recibió, pero ya no me pareció tan cortante. Quizás porque iba a su lado. Y entonces pensé que ese era mi lugar, al menos en aquellas Navidades. Justo allí. Con él.

En las Highlands.

Capítulo 14



Cuando llegué al *lodge,* todavía sentía el calor del beso de Logan en la boca. Era ridículo, pero caminaba como si estuviera un poco despegada del suelo, como si algo en mí hubiese cambiado de sitio, como si estuviese totalmente descolocada. El aire frío me avivó las mejillas, aunque no fue suficiente para quitarme la sonrisa idiota que llevaba puesta desde que me despedí de él.

Dentro, el calor de la chimenea me envolvió enseguida. También la naturalidad habitual: había un abrigo dejado de caer en el recibidor, un pañuelo fucsia encima del sofá y, por supuesto, Manolito subido en la mesa de centro, vigilando su reino.

—¡Fuera de ahí, artista! —le dije.

Se bajó de un salto escénico, como si me hiciera un favor personal. O como si se fuese a arrancar por soleares. Después vino directo hacia mí moviendo el rabo y ladrando como si quisiera contarme su propia historia. A mí, con todo lo que tenía que contar yo ese día.

—¡Valeria! —escuché desde las escaleras—. ¿Dónde te habías metido?

Alejandra bajó los últimos peldaños como si fuera la protagonista de un videoclip, con su moño alto, pendientes largos, pintalabios rojo, y un jersey navideño con un reno que exhibía ojos tridimensionales. Maravillosa, brillante y totalmente metida en el ambiente navideño.

—¿Y esa cara? —me preguntó, señalándome con el dedo acusador—. ¡A ti te ha pasado algo!

Me eché a reír.

—Tengo que contarte algo.

—¿Algo tipo… "he descubierto que al final te han abonado los 40 euros de la devolución que esperabas de Shein"? ¿O algo tipo "me he liado con el escocés borde"? Porque para mí que es eso.

La miré en silencio. Qué bien me conocía.

Ella abrió los ojos como si hubiera visto al espíritu de la Navidad en persona.

—¿QUÉ? —gritó. Ya lo estás soltando.

—Vamos al salón —dije—. Y siéntate, que es largo.

En cuanto nos sentamos, Manolito decidió que mi regazo era el lugar ideal para no perder detalle de la conversación. Alejandra cruzó las piernas, apoyó las manos en sus rodillas y me miró con un brillo tan intenso que tuve la impresión de que me iba a escanear el alma.

—Vale, empieza —ordenó—. Desde el principio, pero con todos los detalles, ¿eh? Nada de "y entonces pasó esto". Yo quiero emoción.

—Pues prepárate —respiré hondo—. Porque hoy ha pasado de todo.

Le conté que Logan y yo habíamos hablado, que lo había encontrado distinto, más… humano. Y después le hablé de la carta.

La cara de Alejandra cambió por completo. Pasó de "cuéntame el salseo" a "igual necesito ir al baño de lo mala que me estoy poniendo".

—La abuela dice en ella que mi padre nunca le fue infiel a Irina —expliqué—. Que fue al revés. Que Irina tuvo una relación con… bueno… con

tu padre. Pero no después de separarse de papá, sino *antes*. Mucho antes, aunque tardases tiempo en quedarse embarazada de ti.

Alejandra parpadeó varias veces, como si tuviera la necesidad de recalibrar su cerebro.

—¿Qué? —me preguntó casi en un susurro.

—Lo que has escuchado, cariño. Nos lleva mintiendo en todo desde niñas.

—¿Y estás segura de que lo entendiste bien?

—Muy segura —le contesté en un suspiro.

Se llevó las manos a la boca.

—¿O sea que mi padre…? ¿Y ella…?

Asentí, sintiendo otro nudo en la garganta de esos que se me formaban demasiado a menudo desde mi llegada a las Highlands.

Ella bajó la mirada, tragando despacio, como si las palabras pesaran demasiado, como si le costase digerirlas.

—Entonces… —murmuró—, estamos apañadas. Porque ni tú tienes padre, ni yo tengo padre de verdad porque no le he visto el careto en mi vida, y nuestra madre es una payasa… Esto es un circo.

—Uno bastante triste —asentí.

—Sí, pero un circo al fin y al cabo. —Me miró, intentando sonreír—. ¿La abuela no dice nada más de él? ¿Ni un nombre, ni una pista, ni un dato del que tirar, ni un insulto bonito? Lo que sea.

—Nada. Solo insinúa que fue alguien importante para Irina también, pero no da detalles. Ella se debió quedar rayadísima cuando acabaron. Tomó de su propia medicina.

Alejandra resopló.

—Pues vaya regalo que nos ha hecho Eleanor —bufó, aunque sin enfado real—. De verdad, ¿no podía dejar un *pos—it* con el nombre en la nevera? De esos con corazones, yo qué sé.

—Ella tenía sus propios problemas. Perdió un hijo, luego una nieta… Igual tampoco tenía más datos. Irina la mantuvo lejos de la familia, si es que a la nuestra se la puede llamar así —comenté.

—Ya, ya lo sé… —dijo ella, y sus ojos se suavizaron—. Aun así, me gustaría saber quién es ese hombre.

—Puedes leer la carta cuando quieras —añadí, dándosela.

Ella la tomó con cuidado, como si fuera una reliquia.

—Gracias por compartirla, Vale. Podrías haberla guardado para ti.

—Es nuestra historia, la tuya también —respondí—. No solo la mía.

Alejandra me miró con una ternura enorme y se inclinó para apoyarse en mi hombro.

—Te quiero, idiota —murmuró.

—Y yo a ti, idiota pequeña, que para siempre serás mi pequeñaja, aunque seas tan grandota.

Manolito ladró ofendidísimo, como recordándonos que él también exigía atención emocional. Se la dimos antes de que exigiera un psicólogo canino, que era capaz y capataz.

Cuando parecía que ya no podíamos estar más serias, Alejandra ladeó la cabeza.

—Bueno —dijo, volviendo al modo "salseo"—, vamos a la parte que llevo esperando desde que entraste con cara de Valeria iluminada por las luces LED del árbol: ¿qué ha pasado con Logan?

Me mordí el labio. Ella abrió la boca.

—No.

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

Se llevó las dos manos al pecho como si acabara de recibir un Oscar.

—¡SE HAN BESADO! ¡OH DIOS MÍO! ¡SE HAN BESADO! —chilló.

—Alejandra…

—¡Calla! Deja que procese. —Inspiró hondo, de modo teatral—. Vale, ya. Ahora… cuéntame todo.

Le describí cómo había sido: la carta, la emoción, la verdad saliendo a la luz por fin, la tensión que arrastrábamos desde que nos conocimos (aunque ella la percibió en mí de sobra), y ese momento en el que todo encajó de una vez. Cada gesto y cada respiración contenida. Se lo narré todo.

Alejandra aplaudía sin hacer ruido, como una foca elegante.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que te gustaba. Tenías esa cara de tontear con el enemigo, pero en plan romántico. Lo detecté con mi radar.

—No era tan evidente —protesté.

—Por favor. Valeria, yo te conozco. Cada vez que hablabas de él ponías voz de "paso de su culo borde", pero se te veía como protagonizando uno de esos spots de perfume tan sensuales.

Me eché a reír.

—Eso no es verdad —argumenté.

—¿Quieres que imite tu voz? Porque puedo hacerlo. "Es que Logan es muy borde, Ale… pero a mí se me cae el caldillo cuando lo veo".

—¡No hablo así! Y jamás dije semejante barbaridad.

—Pero la pensaste —sentenció.

Le lancé un cojín, pero lo esquivó como si estuviera entrenada para ello, siempre lo hacía. Manolito se metió en medio de la refriega y otro cojín acabó cayendo sobre su minúscula cabeza, lo cual ofendió profundamente su dignidad, pues se cayó de espaldas.

—Ah, y falta algo —añadí.

—¿Más? —preguntó Alejandra—. ¿Qué pasa, que también os habéis casado en secreto? ¿O planeáis hacerlo en Las Vegas?

—Lo he invitado a pasar la Navidad aquí, en el *lodge.*

Alejandra se quedó quieta. Muy quieta. Después se levantó del sofá como quien presencia un milagro.

—¿Que has hecho qué?

—Eso mismo, lo que has oído.

—Valeria, ¿pretendes que me dé un infarto? Ahora que tengo este cuerpazo que Dios y el bisturí me han dado —comentó acariciándose lateralmente las caderas.

—No.

—Pues me lo estás provocando. ¿Navidades? ¿El borde? ¿Aquí? ¿Con nosotras? ¿Conmigo? ¿Con nuestro Manolito?

—Sí —respondí con total concisión.

Ella se quedó pensándolo unos segundos, con expresión calculadora, como si estuviera planificando una operación militar.

—¿Y sabes qué? —me preguntó al final—. Si tú estás feliz, yo también. Por lo que me has contado, por fin ese mequetrefe se ha enterado de que no

eres una bruja, como pensaba. Y supongo que se comportará. Lo acepto.

—¿Sí?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Pero también te digo que no sé si me podré morder la lengua, que le tengo unas cuantas guardadas. Es que me conozco.

—Sé tú misma —dije—. Seguro que se adapta.

—Hecho —respondió con malicia.

—Ale, por favor. Tampoco te pases, tengamos las fiestas en paz.

Ella sonrió.

—No prometo nada, pero lo intentaré para no espantarte al novio.

—¡Que no es mi novio!

—Tú espera, como dice Miércoles Adams..

Dejé los ojos en blanco.

—Alejandra…

—Valeria…

Nos miramos. Y las dos estallamos en carcajadas como niñas pequeñas.

Cuando nos calmamos, Ale se dejó caer de nuevo en el sofá, respirando hondo, asimilando las noticias.

—Tenemos que organizar unas Navidades preciosas —sugirió—. De película. De esas que ves desde fuera y suspiras.

—Me apasiona la idea.

—Tendremos que decorar más. He traído luces del mercadillo.

—Ale, que vas a poner esto que se verá desde la Estación Espacial Internacional.

—Esa es la idea, me gusta que la hayas pillado a la primera.

—Respira.

—Ah, sí. Eso, que de vez en cuando se me olvida.

Respiró exageradamente, como si estuviera haciendo yoga encima de un escenario.

—Valeria —dijo después, en tono suave—. Me alegro mucho de que estés entusiasmada.

—Tú también lo estás —respondí—. Y vamos a pasar las mejores Navidades de nuestra vida.

Ella me agarró la mano.

—Juntas siempre.

Y allí, con la chimenea crepitando, Manolito dormido igual que un calcetín caliente sobre mis piernas, y la nieve cayendo tras los cristales, sentí que la palabra “familia” cobraba todo el sentido cuando se trataba de nosotras.

Capítulo 15



El día 23 amaneció con ese tipo de luz apagada que transmite calma, pero yo tenía los nervios haciendo piruetas. Me desperté tarde, porque la noche anterior Alejandra y yo no habíamos parado de hablar hasta casi las tres de la madrugada, entre risas y confidencias. Eran muchas las emociones a compartir y nos preparamos un cóctel de drama y carcajadas bastante potente.

Cuando bajé a la cocina, mi hermana ya estaba allí, apoyada en la encimera. Llevaba un abrigo verde botella muy femenino, entallado, con una bufanda estampada y unos pendientes de aros dorados que podrían haber interferido con señales de radio. A su lado, Manolito, con un abrigo diminuto verde también, a juego con ella, reforzaba su idea de "armonía cromática".

—Estoy divina, ¿verdad? —preguntó, girando sobre sí misma.

—Sobrecogedora, sublime, rompedora —contesté, sirviéndome café.

—Gracias, porque he quedado otra vez con Callum.

—¿Hoy también? —pregunté, apoyándome en la mesa, sonriendo con maldad.

—"Hoy también", dice. —Puso voz dramática—. Perdona, señora "me he enamorado del escocés más borde de todos". Si tú puedes, yo también.

—Que ya no es borde —resoplé.

—Ya y yo no he elegido estos pendientes porque Callum dijo el otro día "me gustan los colores vivos". No, qué va —se burló.

La miré. Ella me miró. Y las dos nos partimos de risa.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté.

—No lo sé exactamente. —Se colocó mejor la bufanda—. Me ha dicho que dejará a alguien en el puesto del mercadillo para que vayamos a algún sitio. Igual es una cueva secreta en la que me posea con todo su ímpetu escocés.

—Ese chico no sabe con quién se está midiendo. Bueno, ten cuidadito.

—Afirmativo, mamá.

Cogió a Manolito en brazos, que iba orgullosísimo con su abrigo a juego, y se fue hacia la puerta. Le iba dando la charla sobre que le convenía salir y sobre que ese día no lo dejaría en casa.

—Pásalo genial.

—Y tú también —me dijo, volviéndose para hacerme un corazón con las manos.

La vi marcharse por la ventana, grande y decidida, con el chihuahua poniendo cara de terror cuando comprobó las bajas temperaturas. Una vez que desapareció del todo, la casa se quedó en un silencio raro, no desagradable, pero muy palpable. Me puse a ordenar sin necesidad, a recolocar cojines, a revisar la despensa, a mirar el móvil sin tener nada que mirar.

Y entonces, el móvil vibró, como si hubiese sentido mi llamada.

En la pantalla apareció su nombre.

Logan: *¿Estás disponible esta tarde?*

Sentí ese cosquilleo tonto en las manos como en la boca del estómago. No incómodo, todo lo contrario.

Me mordí el labio y respondí, nerviosa.

Valeria: *Depende. ¿Para qué?*

Tardó apenas unos segundos en contestar después de que me hiciera la interesante.

Logan: *Para llevarte a un sitio que te gustará.*

Sonreí sola en la cocina, como una adolescente encaprichada.

Valeria: *Entonces sí. Estoy disponible.*

Logan: *Paso a las cuatro.*

Guardé el móvil, sonreí feliz y me vi reflejada de refilón en la puerta del horno. Tenía el pelo algo revuelto, unas leves ojeras tras la charla nocturna y una expresión que decía claramente "me estoy ilusionando nivel pro".

Unas horas después, tras un almuerzo rápido, subí a ducharme, me sequé el pelo con calma y me puse un jersey blanco de punto suave muy agradable, unos pantalones anchos, mis botas más calentitas y un abrigo cálido. No quería ir demasiado arreglada, pero tampoco como si hubiese salido a tirar la basura.

A las cuatro en punto, llamaron a la puerta. Puntual como un reloj suizo.

Logan estaba allí, con su chaquetón marrón abrochado hasta arriba, el cabello un poco despeinado por el viento y las mejillas rojas por el frío.

—¿Lista? —me preguntó.

—Creo que sí —respondí cogiendo aire limpio.

—Yo de ti cogería una bufanda más caliente —señaló la que llevaba—. Esa no será suficiente.

—¿Acaso me llevas al Polo Norte? —pregunté, resoplando.

—Más o menos —contestó, serio, pero con un brillo divertido en los ojos que me cautivó.

Le hice caso, cogí otra bufanda y cerré la puerta del *lodge.* El aire helado me golpeó la cara, pero apenas me molestó. Nos acercamos al coche. Fergus, desde dentro, movía la cola con esa dignidad que solo tienen los perros grandes que creen que son delicados.

—¿También viene él? —pregunté.

—Si lo dejo en casa, me demanda por abandono emocional —respondió su atractivo dueño.

Me acomodé en el asiento y arrancó. El paisaje se deslizó a nuestro alrededor: colinas suaves, árboles desnudos, nieve posada en las ramas y ese cielo gris claro que parecía hecho de papel. Las Highlands en estado puro, tal como las iba descubriendo día a día.

—¿Adónde vamos? —pregunté, mirando por la ventanilla.

—A un sitio que me enseñó mi abuelo cuando era niño —respondió—. No está muy lejos. Te va a enamorar.

Eso me llamó la atención. Comenzaba a hablarme de su abuelo como si nos conociéramos desde siempre.

Abandonamos la carretera principal y tomamos un camino más estrecho, rodeado de árboles. A medida que avanzábamos, empezaban a verse pequeñas luces cálidas entre las ramas. Y al final, casi escondida entre la vegetación, apareció una construcción de madera con ventanales y una hilera de farolillos amarillos colgando de su tejado que me dejó ojiplática.

—No puede ser real —susurré.

—Lo es —dijo Logan—. Bienvenida a la cafetería más bonita de las Highlands.

De cuento. Os juro que era de cuento. Dentro hacía un calor acogedor. Las mesas eran de madera oscura, todas distintas entre sí, como si no hubieran

nacido para estar juntas, pero se hubieran ido encontrando con el tiempo. Maravillosas. Sobre las sillas había mantas de lana dobladas, la chimenea pequeña chisporroteaba en una esquina, y el mostrador, increíblemente *vintage* y bello, lucía repleto de pasteles caseros, bollos y tartas que merecían una mención aparte.

Olfateé el aire.

—Huele a chocolate caliente, azúcar y… ¿naranja? ¿Puede ser?

—Ponen rodajas de naranja seca en la chimenea a veces —me explicó él —. Es una especie de tradición. Tienes buena intuición.

—Me encanta.

Nos sentamos junto a una ventana desde la que se observaba el bosque nevado. Fergus, a quien dejaron pasar, se tumbó resignado a nuestros pies, como una alfombra peluda que sabía que la cosa iría para rato.

Pedimos dos chocolates calientes y un plato de bollos recién hechos. Cuando los trajeron, el vapor que salía de las tazas parecía parte de la decoración navideña del lugar.

—Entonces —dije, agarrando la taza entre las manos—, tu abuelo te trajo aquí de pequeño —inicié la conversación.

—Sí —respondió, mirando alrededor como si estuviera viendo dos épocas a la par—. Y desde entonces, no pudo dejar de traerme los domingos. Era nuestro sitio.

Me lo imaginé de niño, con su sonrisa infantil Aquella imagen me dio un pellizco suave en el pecho.

—Tenía buen gusto tu abuelo—comenté.

—Lo tenía para casi todo —dijo, con una media sonrisa—. Excepto para elegir su coche. Era horroroso —recordó risueño.

Reí.

—¿Qué coche tenía?

—Uno pequeño, amarillo chillón, con una pegatina de tartán en la parte de trasera. Decía que así nadie lo perdería de vista en la niebla, cuando transitábamos por las carreteras de montaña.

—Pues no iba desencaminado.

—En realidad, eso le servía de excusa. Era un hombre tan fiel que no quería cambiar su viejo coche por otro.

—Qué bonito eso que dices.

—Te aseguro que hubiera hecho muy feliz a tu abuela en sus últimos años, de haber tenido la oportunidad.

—No lo pongo ni mínimamente en duda —le aseguré.

Lo miré mientras hablaba. Había algo distinto en él cuando mencionaba a su abuelo: la mandíbula se le relajaba, la mirada se le volvía más cálida, casi nostálgica.

—Lo echas mucho de menos —observé.

—Sí —admitió—. No suelo hablar de esto con nadie.

—Tranquilo. —Di un sorbo a mi chocolate—. No tienes que contarme más si no quieres. Pero me gusta escucharte.

Él fijó los ojos en el líquido oscuro de su taza, como si buscara las palabras dentro.

—Mi abuelo era mi única familia, ya te lo dije —murmuró al final.

—Eres hermético —resumí, con una sonrisa.

—Un poco.

—Un mucho. Por eso me gusta cuando te abres conmigo.

Esta vez me sonrió más abiertamente.

—¿Y tú? —preguntó luego—. ¿Qué me cuentas de ti? —añadió, con un deje de humor. Déjame adivinar… Aparte del caos familiar, una vida amorosa desastrosa.

—¿Quién te ha dicho que sea desastrosa? —pregunté alucinada.

—Instinto.

—Pues tu instinto es muy listo. Demasiado —recalqué.

Giré la taza en mis manos, pensativa.

—Estuve con un chico hace un tiempo —empecé—. Samuel. Salimos un par de años. Parecía buena persona, buena fachada, buenos modales, buena familia. Todo muy correcto. Yo estaba bastante enamorada. O convencida, al menos.

—¿Y qué pasó? —preguntó, poniendo las antenas.

—Que descubrió que la fidelidad era opcional —le solté, sin dramatismo —Lo pillé con una compañera de trabajo. Y luego supe que no había sido la primera vez.

La mandíbula de Logan se tensó.

—Eso es… —se contuvo—. Imperdonable.

—Fue una mierda, sí —admití—. Pero tampoco me iba a pasar la vida atada a alguien que no sabe sumar de uno en uno. Mejor fue que ocurriese entonces que más tarde, con una hipoteca, muebles a medias y hasta un perro. Por no hablar de hijos.

—Me alegro de que no sigas con él —dijo.

Lo miré. Su voz no sonaba a frase vacía. Sonaba sincera total.

—Yo también —respondí.

Se hizo un momento de silencio cómodo en el que solo se escuchaba el murmullo suave de la cafetería y el crujido de la leña en la chimenea. Afuera, la nieve seguía cayendo despacio, al mismo ritmo que sentí moverse el mundo aquella tarde. Dentro, el calor, el olor a chocolate y la presencia de Logan a escasos centímetros hacían que todo pareciera un lugar fuera del tiempo; un microclima en el que solo estuviésemos él y yo.

Después de merendar, salimos a dar un pequeño paseo por el sendero que rodeaba la cafetería. El aire glacial volvió a morderme la cara, pero estaba demasiado a gusto como para quejarme. Fergus corría un par de metros por delante, hundiendo las patas en la nieve como si fuera un cachorro gigantesco deseoso de juego. La ausencia de Manolito se notaba en lo relajado que se mostraba.

—Gracias por traerme — le dije, ajustándome la bufanda.

—Gracias por venir —respondió él.

—Me encanta este lugar. Tiene algo…

—¿Mágico? —sugirió.

—Sí. Y, aparte, muy tuyo.

—¿Mío? —arqueó una ceja.

—Sí. Reservado por fuera, acogedor por dentro —maticé, sonriendo.

Se quedó mirándome unos segundos, como si no supiera qué decir tras ese cumplido, y al final desvió la vista hacia los árboles.

—¿Sabes? —continuó—. No hay nada interesante que contar de mi vida amorosa.

—¿Nada de nada? —pregunté asombrada, pues no me pegaba en un Highlander tan atractivo como él.

—Alguna historia corta. Nada digno de recuerdo. Nunca tuve… —se detuvo, buscando la palabra—, tiempo. O ganas. O las dos cosas. Mientras mi

abuelo vivió, compartimos muchos momentos.

—¿Y ahora? —pregunté, antes de poder evitarlo.

Sus ojos buscaron los míos.

Sentí un latido extraño en el pecho. Acelerado, punzante, deseoso.

—Ahora estoy aquí —comentó simplemente.

Y no añadió nada más, pero no hizo falta. Su voz lo dijo todo. Y su tono. Y su mirada.

Seguimos caminando. De tanto en cuanto, nuestras manos se rozaban dentro de los bolsillos de los abrigos. No llegó a cogerme la mano, pero el roce repetido, casi torpe, tenía un halo íntimo que me dejó el corazón un poco desordenado.

De vuelta al coche, regresamos al *lodge* con la música apagada. No era un silencio que pesase, sino de esos que se llenan de pensamientos. Yo miraba el paisaje y pensaba en mi abuela, en el abuelo de Logan, en Alejandra con Callum probablemente haciendo de las suyas en algún rincón del pueblo, y en cómo, de repente, aquel lugar tan lejano a mi Sevilla natal empezaba a parecer un sitio que también podía llamarse “casa”.

Cuando llegamos, las luces del salón estaban encendidas. Se veía la silueta de alguien moviéndose en su interior. Debía ser Alejandra, con Manolito detrás de ella, como patrullando.

Logan aparcó y salió del coche. Yo lo imité. Fergus se sacudió la nieve con tanta fuerza que casi nos duchó a ambos.

—Gracias por hoy —dije, apoyándome en la barandilla de la entrada.

—Gracias a ti —contestó él.

Me besó. No era la primera vez que lo hacía a lo largo de la tarde. Y cada vez me llenaba más que la anterior.

Por un segundo, mi mundo se redujo a ese trozo de escalón, a su mirada escocesa fija en la mía y a la idea absurda pero insistente de que podría acostumbrarme a aquello: a los chocolates calientes, a las cafeterías escondidas, a la nieve y a sus silencios plagados de sentimientos.

No me besó más. No hizo falta. Porque en esos segundos, en su forma de mirarme y en la leve curva que se formó alrededor de su boca, sentí algo aún más fuerte: una promesa silenciosa de que lo nuestro solo estaba empezando.

Me despedí con una sonrisa y entré en el *lodge*. El calor, el olor a madera y el eco de mis propios pensamientos me envolvieron de golpe.

Y entonces me invadió la certeza clara de que el pasado podía doler, sí, pero el futuro también podía dar menos miedo si alguien te cogía de la mano para enfrentarlo juntos.

Aunque ese alguien fuera un escocés hermético… y cada vez más mío.

Capítulo 16



El día 24 amaneció con un brillo distinto en torno al lago, como si hasta la luz supiera qué día era. Nevaba muy despacio, en copos pequeños, y el *Highlands Lodge* parecía una postal navideña perfecta… salvo por el pequeño detalle de que dentro había un par de andaluzas que intentarían organizar una cena de Nochebuena mitad sevillana, mitad escocesa, sin morir en el intento.

Bajé a la cocina todavía en pijama, con el pelo recogido en una coleta caótica. Alejandra ya estaba allí, de espaldas a mí, con un delantal rojo que ponía *"HO HO HO"* en letras enormes, y Manolito sentado a sus pies con un jersey navideño lleno de renos del tamaño de una lenteja.

—Buenos días, chef —saludé, bostezando.

—Buenos días, no te hagas ilusiones —replicó, sin girarse—. Esto lo haremos entre las dos o no saldrá.

—Saldrá, saldrá.

Se volvió hacia mí con una lista en la mano.

—Tenemos que organizarnos. —Le dio un golpecito al papel—. Aquí está el plan maestro. Lo tengo todo pensado. Puedo parecer desnortada, pero tengo una cabeza que vale millones —rio—. ¿Se nota o no que no tengo abuela? O igual sí, de mi padre, pero no la conozco.

Me acerqué. Había una columna que ponía "Sevilla" y otra que ponía "Highlands". Debajo, una lista que daba miedo.

—A ver… —leí—. De la parte española: tortillita de patatas, croquetas de pollo, jamón, queso, gambas al ajillo y una especie de picoteo de aceitunas y picos. Y no has puesto boquerones en vinagre porque aquí no se encuentran. De postre, pestiños y polvorones.

—Correcto.

—¿Y de la parte escocesa?

—Aquí: salmón ahumado, una crema de verduras muy rica para abrir boca, puré de patata, algún tipo de carne al horno —señaló algo que ponía *"roast beef*/lo que encontremos"— y *shortbread* de postre, junto con lo nuestro.

—Me estás diciendo que vamos a hacer todo eso a la vez.

—Por supuesto —respondió, como si estuviéramos planeando hacer una ensalada en vez de alimentar a un regimiento—. Somos sevillanas. Hemos sobrevivido a ferias y a juergas interminables sin despeinarnos. Esto es coser y cantar.

Había algo reconfortante en verla tan ilusionada. Aquella iba a ser nuestra primera Nochebuena fuera de casa, pero no sin familia. Porque nos teníamos la una a la otra. Y, de alguna manera rara, también a Logan. Y a Callum, que ya formaba parte del decorado emocional de mi hermana.

—Por cierto —dije—. ¿En qué has quedado con Callum?

—Va a cenar con su familia, pero después se pasará a tomar una copa.

Me enseñó los mensajes en el móvil.

Callum: *Cenaré con mi familia, pero después quiero veros. ¿Puedo pasar a felicitaros la Navidad?*

Alejandra: *Si eres capaz, no pases. Te guardo un trozo de algo rico. O de varias cosas. O de todo.*

Callum: *Con eso me has convencido. Aunque lo que más me motiva es verte.*

Sonreí.

—Está pilladísimo —dije.

—Y yo —respondió ella, sin un ápice de vergüenza.

Pasamos la mañana entre cacerolas, risas y pequeños desastres, pero sin que nada se fuera de madre La cocina parecía un campo de batalla aromático. Yo me encargué de la tortilla (una tortilla decente, sin debates sobre cebolla, porque no estábamos para entretenernos), del salteado de gambas y de vigilar el horno para que la carne no se chamuscase. Alejandra se ocupó de las croquetas, el puré, la tabla de embutidos y quesos y de colocar con absoluto mimo el salmón ahumado. Lo dejó todo de exposición.

Manolito se movía entre nuestros pies, nervioso, olisqueando todo y ladrando cada vez que caía una miguita al suelo, como si quisiera reclamarla legalmente.

—Tú también vas a lucir elegante, ¿eh, chiquitín? —le habló Alejandra—. Esta noche te ponemos pajarita.

Yo casi me atraganto de risa.

—¿Pajarita? Lo dirás de coña.

—Por supuesto que no. ¿O qué te crees, que solo nosotras vamos a lucir despampanantes? Manolito no nos lo perdonaría.

—Me da miedo pensar en que tienes razón.

—Como siempre…

Horas después, la cocina olía a Navidad por partida doble: a ajito y aceite, y a mantequilla, horno y especias. Una delicia total. Saqué un plato de prueba con trocitos de tortilla, un par de croquetas y un poco de salmón ahumado.

—Control de calidad —anuncié.

—Acepto —replicó Alejandra, y nos sentamos cinco minutos a picotear.

—Está todo buenísimo —reconocí.

—Es que somos unas artistas incomprendidas —respondió ella, con la boca llena sin parar de engullir.

Miré el reloj. El día empezaba a irse entre tanto trajín.

—Vale, hay que seguir. En un rato debemos empezar con la decoración y la mesa —le recordé—. Y luego arreglarnos. Quiero ver ese *outfit* navideño que te pediste por internet.

—Y yo el tuyo —sonrió—. Te advierto que el mío es sexy a rabiar.

—Eso no lo he dudado en ningún momento —dije.

—Y bien que has hecho.

Por la tarde, cuando la mayoría de los platos estaban listos o casi, pasamos al salón. El *lodge* ya derrochaba ambiente navideño, pero quisimos darle un punto más cálido. Encendimos velas en frascos de cristal que fuimos guardando, colocamos una guirnalda con pequeñas luces alrededor de la chimenea y un cuenco con naranjas, ramas de canela y clavos en la mesa baja, que perfumó toda la estancia como la cafetería.

La mesa del comedor se convirtió en nuestro reto particular. Extendimos un mantel blanco grueso, de textura suave que había sido de la abuela y encima un camino de mesa de cuadros tartán rojos y verdes que habíamos comprado en el pueblo. Los platos, también de ella, eran de loza blanca, sencillos, pero los combinamos con servilletas rojas dobladas cuidadosamente y con pequeños cordeles de yute atados alrededor, sujetando una ramita de pino.

—Parece mentira, pero está quedando sensacional —opiné, colocando las copas.

—Es que nos superamos, cariño —contestó Alejandra.

Pusimos dos tipos de copas: unas para vino y otras para brindar después, con licores. En el centro de la mesa, dejamos dos velas altas en candelabros

metálicos oscuros junto con una bandeja baja con piñas, pequeñas bolas doradas y algunas luces diminutas de pila, que dieron un efecto confortable sin recargar.

Distribuimos los platos por orden mental: aperitivos españoles al principio, el salmón cerca del centro, la carne al horno en una fuente más grande, rodeada de patatas y verduras. Mientras lo hacíamos, me imaginaba la escena: Logan cruzando la puerta, mirando todas aquellas exquisiteces… y quizás, por un momento, sintiéndose en casa. En un hogar.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Alejandra, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Un poco —admití—. Es nuestra primera Nochebuena en las Tierras Altas. Y la primera vez que… bueno… que estos chicos están en nuestra vida.

—Logan lo va a flipar —me aseguró—. Y Callum tres cuartos de lo mismo.

Dejó por un momento lo que estaba haciendo y me miró, más seria.

—Oye, Vale —dijo—. Pase lo que pase, esta va a ser nuestra mejor Nochebuena, tenlo presente. Porque la estamos preparando nosotras, como queremos, aquí, lejos de Sevilla pero sintiéndonos como en casa. Solo nosotras, la gente que queremos… y comida, ¡comida a tutiplén!

—Y Manolito, no olvides a Manolito.

—Por supuesto.

A las seis y media, con casi todo preparado, declaramos la cocina y el salón “en modo perfecto” y subimos a arreglarnos.

Yo había dejado colgado en el armario, desde hacía días, el vestido que también pedí por internet. Lo miré un instante antes de embutirme en él, como si estuviera a punto de hablarle.

Se trataba de un vestido de terciopelo en color burdeos, sencillo, con escote en V y mangas largas que se estrechaban en las muñecas. Caía recto,

con una ligera apertura en un lado que dejaba ver la pierna solo lo justo. También muy sexy. Cuando me lo enfundé, sentí cómo la tela se adaptaba a mi silueta de una forma cómoda, nada forzada, como si hubiera estado esperándome allí desde que lo confeccionaron.

Me solté el pelo, lo peiné un poco para marcar algunas ondas naturales, y me maquillé escuchando a Karol G: base ligera, un toque de rubor, otro de iluminador discreto y un labial muy elegante que daba vida sin parecer un semáforo. Me puse unos pendientes dorados pequeños, nada exagerado; no podía competir con Alejandra en eso. Tampoco quería. Nuestro estilo era distinto.

Cuando terminé, me miré al espejo. No era otra persona y eso me gustaba. Era yo, pero un poco más… Un poco más arreglada y satisfecha. De pronto, me vinieron flashes que me pusieron nerviosa: el beso con Logan, la cafetería escondida en el bosque, la manera en la que me había mirado al despedirse el día anterior. Me estaba enamorando.

Respiré hondo.

—Valeria, calma —me dije en voz baja—. Es Nochebuena. No se trata de hacer ningún examen.

Salí al pasillo y fui a buscar a Alejandra. Su puerta estaba entreabierta.

—¿Puedo entrar? —pregunté, asomando la cabeza.

—No, claro que no. ¿Qué clase de pregunta es esa? Yo entro en tu dormitorio como elefante por cacharrería —respondió ella desde dentro.

Cuando entré, me eché a reír. Llevaba un mono de satén negro ajustado, con la espalda parcialmente descubierta y un escote precioso, nada vulgar. Lo combinaba con unos pendientes largos plateados y unos labios rojo intenso que parecían hechos para besar.

—Estás impresionante —le dije.

—Lo sé —sonrió—. Pero tú también estás guapísima. Lo vas a dejar loco.

—¿Tú crees?

—Creo que ya lo tienes. Te lo irá diciendo. Pero igual con cuentagotas. Es Logan.

Le lancé una mirada asesina, pero no pude evitar sonreír.

—¿Has hablado otra vez con Callum?

—Sí. —Me enseñó el móvil—. Está con su familia. Me ha dicho un millón de veces que después se pasa. Mira.

Vi el último mensaje.

Callum: *Guarda una silla cerca de la chimenea para mí.*

Alejandra: *Hecho. Pero te advierto que yo desprendo más calor que la chimenea.*

Callum: *Si sigues así, no podré esperar para ir a verte. Dejaré colgada hasta a mi abuela.*

Alejandra guardó el móvil y se levantó.

—Soy la mejor. Lo tengo más caliente que una estufa de leña.

—Podría vivir sin saber eso, cariño.

—Pero tu vida tendría menos gracia. Por cierto, falta alguien —dijo.

—¿Quién? —pregunté.

Ella se agachó debajo de la cama y sacó a Manolito, que estaba tumbado en su mantita. Lo levantó como si fuera un trofeo.

El chihuahua llevaba un pequeño pajarita negra, perfectamente centrada, sobre su jersey navideño. Para partirse.

—No —dije, llevándome la mano a la boca.

—Sí —respondió ella, orgullosa—. Don Manolito, listo para recibir invitados escoceses.

El perro nos miró con una mezcla perfecta de resignación y superioridad. Así era él.

—Parece un metre —dije—. O un crítico gastronómico.

—A ver si me lo vas a comparar con Chicote —dijo Alejandra—. Que no hay color…

Bajamos las escaleras los tres: ella espectacular, yo intentando no pisarme el vestido, y Manolito marcando el paso con la pajarita. El salón estaba aún más bonito con las luces encendidas. La chimenea crepitaba, el árbol de Navidad brillaba en un rincón con adornos rojos y dorados, y la mesa parecía sacada de una revista que mezclaba Navidad escocesa y andaluza.

Encendimos las velas del centro de mesa. La luz temblorosa dibujó reflejos cálidos en las copas y en el camino de tartán.

Alejandra dio una vuelta sobre sí misma, observándolo todo. Estaba exultante.

—Vale —dijo—. Me niego a creer que esto lo hemos montado nosotras. Deberíamos cobrar entrada.

—O rodar una peli de cine —añadí.

—Me pido el papel protagonista.

—Tú siempre —añadí risueña.

Me asomé a la ventana. El cielo estaba oscuro, la nieve seguía cayendo despacio, y el lago reflejaba algunas luces lejanas como si fueran estrellas caídas.

Sentí una mezcla de nervios y emoción. Aquella no era la Nochebuena que había imaginado de niña, pero, de alguna manera, era mucho mejor: imperfecta, hecha a mano, y totalmente nuestra. Preciosa.

Alejandra se acercó y se puso a mi lado, mirando también hacia fuera.

—Todo va a salir bien —dijo, como si hubiera leído mi mente—. Te lo prometo.

—Lo sé —respondí.

—Y si no sale perfecto del todo… —añadió—, al menos estaremos deslumbrantes y habrá croquetas.

—El mejor plan posible.

Las dos nos reímos.

En ese momento, el reloj del salón marcó la hora exacta en la que Logan había dicho que llegaría. Mi corazón dio un pequeño salto anticipado. Me ajusté un poco el vestido, me coloqué un mechón de pelo que se había distraído y le eché un último vistazo a la mesa que habíamos preparado con tanto cariño.

Éramos dos hermanas, un chihuahua con pajarita, una mesa entrañable y una Nochebuena a punto de empezar.

Y nos quedamos así, arregladas, listas, en medio de la luz cálida de las velas, escuchando el crujido de la madera y esperando el sonido de los pasos de Logan acercándose al *lodge.*

Capítulo 17



Cuando el reloj del salón terminó de marcar la hora, el timbre sonó casi a la par, en una sincronización que me descolocó. Noté cómo el corazón me daba un salto tan literal que pensé que se me iba a notar en el escote del vestido. Lo que hubiera faltado, vaya.

—Es él —susurré, como si no fuera evidente que lo era.

Alejandra se giró hacia mí con una sonrisa peligrosa, de esas que ella usaba.

—Pues abre, Valeria, que tu escocés no tiene llave del *lodge*, de momento —especificó con guasa—. Y recuerda: tú tranquila, que ya me encargo yo de ponerlo nervioso.

—Me vas a crispar los nervios a mí, como sigas así —le advertí—. Compórtate —le pedí.

—Ni lo sueñes —replicó.

Me acerqué a la puerta intentando que el sonido de mis tacones pareciera normal y no una procesión con tambores. Me acomodé un mechón de pelo, respiré hondo y abrí la puerta para recibirlo.

Logan estaba allí. Guapo, increíblemente guapo.

Se había quitado el abrigo y lo llevaba doblado sobre un brazo, así que pude verlo bien: camisa blanca inmaculada, una americana gris oscura

perfectamente entallada que le sentaba de lujo, pantalones negros y unos zapatos impecables. El pelo un poco más peinado que de costumbre, pero con ese punto rebelde que me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Y esos ojos… esos ojos que se pasearon desde mi cara hasta el vestido burdeos y volvieron a subir despacio, con precisión milimétrica.

—Hola —dije, con una voz que me salió un poco más suave de lo previsto. No quería darle una impresión demasiado cándida, pues con ese vestido me sentía sexy y poderosa.

—Hola, Valeria —respondió él con voz grave y con gesto que indicaba que también me veía sexy. Me cautivó.

Se quedó un segundo mirándome, sin hablar. Después, su boca se curvó en una sonrisa que me hizo cosquillas hasta en la nuca.

—Estás… —se detuvo, como si estuviera buscando una palabra a la altura de la situación—. Impresionante —pronunció finalmente con rotundidad.

Sentí el calor subirme por el cuello.

—Gracias —contesté, notando cómo se me aflojaban ligeramente las rodillas—. Tú tampoco estás nada mal —le solté como si no pensase que podía ser modelo profesional.

Eso le hizo sonreír más.

—¿Puedo pasar? —preguntó, con un gesto leve hacia el interior.

—Claro. —Me aparté—. Bienvenido a nuestra locura navideña.

Entró en el recibidor, donde el olor a comida ya se mezclaba con el de la chimenea y las naranjas con canela. Se detuvo un segundo, mirando alrededor. Parecía fascinado y encantado a la vez.

—Huele increíble —comentó—. Y el *lodge*… parece distinto hoy. Más… lleno me atrevería a decir.

—Dilo, dilo, con la de cosas que te has atrevido a decir ya… —le soltó Alejandra, que se acercó en ese instante. Ya la estaba liando. Entró en escena cual actriz principal. Llevaba su mono de satén negro, los labios rojo intenso y a Manolito en brazos, con la pajarita perfectamente colocada, cual galán canino.

—Supongo que me debes odiar —le comentó él.

—Igual odiar es mucho decir, pero has hecho oposiciones para…

—Por favor, Alejandra, que Logan es nuestro invitado —intervine con las mejillas a punto de entrar en erupción

—Si solo quisiera ser eso —replicó ella con una mirada pícara que provocó que a él le saliera una carcajada.

—Hermana, por favor…

—Y encima ahora resulta que sabes hasta reír —se dirigió de nuevo a él —. Pues sí que estabas haciendo un papel, ¿o es ahora cuando lo interpretas?

—Alejandra, por lo que más quieras —le pedí y Manolito dio un brinco en ese momento como reclamando tal título.

Ella no se cortaba un pelo y detecté en la expresión de Logan algo que se acercaba a una mezcla de respeto y… ¿nervios?

—Alejandra. Estás muy elegante —apreció como si no lo estuviera atacando.

—Lo sé —respondió ella, sonriendo—. Donde pongo el tacón, no crece más la hierba.

Logan soltó una risa breve, algo sorprendido.

—Quería… —dijo, volviendo a ponerse serio—. Antes de nada, pedirte disculpas. Merezco todo lo que me has dicho y más.

El aire cambió un poco. Alejandra arqueó una ceja, pero no perdió la sonrisa.

—¿Exactamente por qué? —le preguntó, aunque las dos sabíamos perfectamente por qué. Quería ponerlo contra las cuerdas.

—Por cómo os he hablado estos días. —Su voz sonaba sincera—. Y por cómo he tratado a Valeria delante de ti. No tenía toda la información. Y aun así… no es excusa. He sido injusto.

Alejandra lo observó unos segundos, en silencio, como si estuviera calibrando el peso de esas palabras.

—Has sido bastante borde, sí —admitió al final—. De manual.

—Lo sé.

—Y has sido injusto con ella también, mucho —añadió, señalándome.

—También lo sé.

Hubo un microsegundo en el que pensé que lo iba a freír vivo un rato más. Pero Alejandra suspiró y, de repente, sonrió de verdad.

—Bueno —dijo—. Puesto que es Nochebuena, acepto tus disculpas. Eso sí, si piensas volver a comportarte como un picapleitos petulante y estirado o, si le haces algún daño a mi hermana, te las verás conmigo.

Vi cómo él se relajaba un poco.

—Trato hecho —respondió.

—Perfecto. —Alejandra dejó a Manolito en el suelo—. Pues oficialmente puedes pasar a Nochebuena con nosotras. Pero que sepas que si la pifias, también te las verás con él. Es pequeño, pero letal.

Señaló al chihuahua, que lo miraba desde abajo con total dignidad.

Logan bajó la vista hacia él y luego la volvió a subir.

—Prometo que estaré a la altura —dijo.

—Más te vale —remató Ale—. ¿Y Fergus? ¿Se ha ido por la patilla y ha preferido quedarse en casa? —le preguntó.

—No es ningún cobarde mi perro, claro que no.

—Que no, dice. Reconoce que le teme a Manolito más que un vendaval o caerá sobre ti toda su furia de chihuahua endiablado. Un exorcista va a necesitar como te lo achuche.

—Lo creo. A ver, Fergus está en el coche, ¿será bienvenido?

—Si trae pajarita, sí. En caso contrario… —le vaciló.

—Sal a por él, anda. Y no le hagas caso a mi hermana, que parece que ha bebido.

—De eso nada, esto lo he dicho a palo seco. Imagínate si empino el codo —le advirtió.

—No lo quiera Dios —observó él.

—Ni la Esperanza Macarena —añadió ella.

Salió a por Fergus. Segundos después, lo vimos volver arrastrando —literalmente— al animalito, que avanzaba como si lo llevaran al matadero. El pobre *Scottish Deerhound* asomó la cabeza primero, enorme, gris plateado, y luego el resto del cuerpo… tembloroso.

Manolito, desde el suelo, lo recibió con una mirada que solo puedo describir como despreciativa y desafiante. Exhibía su pajarita negra, el pecho hinchado y una actitud de “aquí el único anfitrión soy yo”.

Fergus dio un paso. Manolito alzó la barbilla. Fergus dio medio paso más.

Manolito ladeó la cabeza con aire de darle una lección.

Y entonces, el gigante entró en pánico.

Retrocedió torpemente, chocando con la espinilla de Logan, mientras soltaba un gemidito lastimero que no concordaba en lo más mínimo con su tamaño. Parecía implorar permiso para largarse de allí a la velocidad del rayo, mirando la puerta.

—Fergus, por favor… —murmuró Logan, intentando que avanzara—. Es un perro de un kilo y medio.

—Kilo cuatrocientos —le corrigió Alejandra— de maldad concentrada —añadió.

Manolito, orgullosísimo, se sentó frente a él como un crítico a punto de dar estrellas Michelin. Fergus, derrotado, decidió que la opción más segura era esconderse detrás de la pierna de su dueño.

Y Manolito, satisfecho, emitió un ladrido pequeñito pero victorioso, como diciendo: "Uno más que sabe quién manda aquí."

En el salón la mesa puesta esperaba paciente y preciosa. Cuando Logan la vio, se detuvo.

El mantel blanco, el camino de tartán, las velas altas, las piñas, las bolas doradas, las copas brillando a la luz temblorosa… a lo que había que sumar las fuentes preparadas con la mezcla perfecta entre Navidad sevillana y escocesa.

—*Wow* —murmuró—. Esto es…

—Mucho —completé, con una risita nerviosa—. Lo sé. Nos hemos venido un poco arriba. Aquí hay comida para parar el tren.

—Es perfecto —rectificó él.

Sentí otro pequeño terremoto interno.

Alejandra entró en el salón en ese momento, arreglando ciertos cubiertos que ya estaban perfectamente colocados. En determinados momentos, podía parecer que mi hermana iba mucho a su bola, pero controlaba. Cielos si controlaba.

—Bueno —anunció—. La cena está lista. La mesa está lista. Yo estoy lista. ¿Y vosotros? ¿Estáis listos o qué os pasa? ¡Que parecéis embobados! —exclamó palmeando en el aire.

—Vale, vale —le contesté, saliendo de mi ensimismamiento.

—Listo también —le contestó Logan, con una media sonrisa.

Nos sentamos. Alejandra se colocó frente a mí; Logan, a mi derecha. Manolito tomó su puesto habitual bajo la mesa, en posición estratégica entre los tres. Y Fergus se acomodó tras la silla de Logan, por si necesitaba refuerzos.

—Antes de empezar —dijo Ale, levantando la copa de vino que ya había servido—, quiero hacer un brindis.

—¿Otra coña? —pregunté, riendo—. Que te tema, nena. Y que es muy pronto.

—Da igual —replicó—. Brindo por estas Navidades que no tienen nada que ver con las que hemos vivido antes —pronunció solemne y supe que el brindis iba en serio—. Por Eleanor, que nos ha traído hasta aquí. Por el abuelo de Logan, al que tampoco tuvimos el gusto de conocer. Y por nosotros, que estamos empezando una nueva etapa. Salud.

La miré, emocionada. Logan pareció sorprenderse por un instante, pero levantó su copa también.

—Salud —dijo.

—Salud —repetí yo.

Chocamos las copas con un tintineo suave, y entonces sí, la cena de Nochebuena dio comienzo con muy buen rollo de por medio.

Los primeros platos fueron más "Sevilla se la cuela a las Tierras Altas" que otra cosa: tortilla de patatas, croquetas, jamón, queso, gambas al ajillo, aceitunas, picos… Logan parecía de lo más complacido con nuestra gastronomía.

—Tienes que probarlo todo —ordenó Alejandra—. Esto no es una sugerencia, es una orden.

—Haré lo que pueda —dijo él, divertido.

Lo observé coger un trozo de tortilla y llevárselo a la boca. La expresión de su cara pasó de concentrada a sorprendida, y luego a muy satisfecha.

—Está increíble —dijo—. En serio. No lo digo por decir.

—La ha hecho Valeria —informó Ale—. Yo solo me he ocupado de las croquetas y de evitar que se nos incendiara el horno. Que no es poco. Aunque un departamento de bomberos escoceses pueda ser digno de ver. No sé si hice bien.

Reímos con su comentario. Mi hermana no cambiaba. Y que no lo hiciera nunca. Alejandra era única y genuina.

—Pues enhorabuena —me dijo él, mirándome—. De verdad. Está… sensacional.

—Gracias —respondí, intentando que no se me notara demasiado que aquel elogio me hacía tanta ilusión como si me hubiera regalado un anillo. Bueno, me acabo de pasar.

—¿Qué creías? Si no has pisado Sevilla en tu vida, escocés. Tú no sabes lo que es bueno —le aseguró mi hermana.

Las croquetas también recibieron su merecida ovación, igual que las gambas. Logan probaba todo con una mezcla de curiosidad y respeto, como

si cada bocado fuera parte de algo más grande que una cena de Nochebuena, como si fuera un obsequio hecho receta.

—Es como… —dijo en un momento, buscando palabras—. Como si aquí hubiera un trocito de vuestro hogar. Así lo percibo.

—De eso se trata —contesté.

Cuando llegaron los platos "escoceses": el salmón ahumado, la crema de verduras, la carne al horno con sus patatas y verduras asadas, fue nuestro turno de aplaudir su gastronomía. Alejandra probó el salmón y cerró los ojos.

—Si me casara con este salmón, no sería infeliz, para nada —declaró.

—Pobre salmón, no le iba a caer nada —repliqué.

Reímos. El ambiente se fue haciendo cada vez más cálido, como si la mesa tuviera una especie de campo magnético que nos acercase unos a otros. Logan estaba más suelto, Alejandra se contenía para no acribillarlo, y yo me sentía… bien. Simplemente bien. Rodeada de la gente a la que quería.

Había miradas que duraban un poco más de la cuenta. A veces, mientras Ale contaba alguna anécdota, yo notaba la mirada fija de Logan en mi perfil. Cuando volvía la vista hacia él, fingía que estaba concentrado en cortar la carne, pero se le escapaba esa media sonrisa que ya empezaba a conocer. Y que adoraba.

—Entonces, ¿tú bailas sevillanas? —le preguntó Ale en un momento dado, con toda la guasa que pudo.

—Evidentemente no. y sé lo que son a lo justo, tu hermana me lo explicó —respondió Logan, con rapidez—. Nadie querría ver eso.

—Yo sí —intervine—. Me encantaría.

—Eso es trampa —protestó él.

—Tranquilo, hoy no te obligaremos a bailarlas —dijo Alejandra—. Hoy no —subrayó con tono amenazante.

Entre plato y plato, brindamos un par de veces más. Por la familia encontrada, por el futuro, por la salud, por la abuela, por los que no estaban. Hubo un momento en que me invadieron unas ganas tremendas de llorar, pero no de tristeza, sino de una especie de alivio extraño. Alejandra me apretó la mano bajo la mesa. Logan, como si lo notara, me rozó la rodilla con la suya de forma casi imperceptible.

La cena se alargó a base de risas, historias, y chistes. Alejandra los contaba con una gracia que había que doblarse de risa con ella.

Luego, Logan nos contó anécdotas de la abuela y su abuelo. Y de todo lo que vivieron, aunque nunca tuvieron la ocasión de unir sus vidas.

Tal vez lo harían, pensé. Tal vez nos estaban viendo desde alguna parte, sacudiendo la cabeza y sonriendo, unidos y felices.

Después de la carne, de las verduras, de la crema, de todo, llegó el momento de los dulces. Yo ya sentía que no me cabía ni la nostalgia, pero Alejandra no estaba dispuesta a dejar nada en la retaguardia.

—Esto es solo el principio —anunció, sacando una bandeja con galletas, algo de *shortbread* y algunas cosas que habíamos comprado en el pueblo.

—¿Solo el principio? —protesté—. Necesito una paradita, Ale —le aseguré.

—Vale, pues haz sitio porque he preparado algo a tus espaldas que te va a encantar. Lo sacaré cuando llegue Callum —dijo, muy segura de sí misma —. Por cierto, él también trae dulces. Lo ha dicho.

—¿Más dulces? —preguntó Logan, con una mezcla de horror y fascinación.

—Millones más —confirmó Alejandra—. Y tú vas a comer, porque lo digo yo.

Capítulo 18



Nos levantamos de la mesa para recoger parte de los platos y airearnos. La chimenea seguía crepitando, el árbol brillaba en paz, y el *lodge* entero parecía respirar con nosotros. Miré el reloj. Se acercaba la hora en la que Callum había dicho que vendría después de su cena familiar.

Logan se acercó conmigo a la cocina, llevando una fuente vacía.

—Gracias de nuevo por invitarme —dijo, en voz baja.

—Gracias a ti por venir —respondí.

Él dejó la fuente en la encimera y se volvió hacia mí. Durante un instante, el resto del *lodge* parecía haberse difuminado.

—De verdad, Valeria. Esto… —miró alrededor—. Todo esto… significa más de lo que crees.

Me temblaron hasta los dedos de los pies.

—Para mí también —susurré.

Se inclinó y me dio un beso suave, corto, pero lleno de esa calma intensa que empezaba a asociar con su presencia. Me sujetó la mejilla con la mano, como si quisiera asegurarse de que estaba allí, de que era real.

—Luego seguimos —dijo, casi en un murmullo.

—Prometido —contesté con voz firme.

Y fue justo entonces cuando sonó otra vez el timbre.

—¡Ese es el mío! —canturreó Alejandra desde el salón—. ¡Id abriendo, que voy a retocarme los morros!

Fui hacia la puerta, con Logan detrás. Al abrir, me encontré a Callum plantado en el umbral, sonriente, con la bufanda torcida. Llevaba una gran caja entre las manos.

—¡Feliz Navidad! —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Feliz Navidad! —respondí—. Pasa, pasa, que te vas a congelar. Ahora viene mi hermana. Mira, él es Logan —los presenté.

—Nos conocemos de vista, ¿verdad? —le preguntó.

—Cierto, ahora que lo dices, es así.

Entró, y su mirada se fue directa a Alejandra que volvía, en todo su esplendor de mono negro y labios rojos, dirigiéndose a él.

—Has tardado —le dijo sacándole la lengua.

—Me han retenido —se excusó—. Mi abuela ha decidido que hoy era el día perfecto para sacar todos los dulces que ha hecho en la última década.

Levantó la caja.

—Y estos son para vosotras.

Alejandra se acercó y cogió la caja como si fuera un tesoro.

—Si son de tu abuela, te lo perdono todo —declaró—. Pasa. Estás muy mono, pero no tanto como yo —le soltó.

Callum le sonrió abiertamente.

—Tú sí que… —empezó a decir, pero se quedó medio atascado cuando la vio bien—. *Wow.*

—Lo sé —repitió ella, guiñándole un ojo. En su línea.

Entre los cuatro, llevamos la caja al salón y la abrimos sobre la mesa baja, junto a la chimenea. Dentro había de todo: pastas caseras, más *shortbread,* unas especies de pastelitos con frutos secos, una tableta de chocolate con pistachos y un par de *cheesecakes* pequeñas.

—Esto es para endulzar a todas las Tierras Altas —dije, alucinada.

—Mi abuela no concibe la moderación —explicó Callum—. Dice que la Navidad es para que sobre comida, no para que falte.

—Me cae bien tu abuela —declaró Alejandra—. Mucho. Y esperad, que ahora llega la ofensiva andaluza.

Fue a la cocina y regresó con una bandeja de pestiños, brillando de miel y espolvoreados con ajonjolí. Los colocó junto al arsenal escocés.

—Esto —anunció—, es Nochebuena en Sevilla hecha dulce.

—Son curiosos —dijo Callum, inclinándose a mirar—. Y huelen… —cerró los ojos—. Madre mía.

—Pruébalos —insistió Ale—. Pero bajo tu responsabilidad. Luego no quiero que me culpes de adicción.

Me quedé de piedra. Sentía pasión por esos dulces tan típicos de nuestra tierra y, por lo visto, mi hermana los preparó en algún rato que no estuve en casa en los últimos días.

Repartimos dulces para todos. Logan tomó un pestiño con cierto respeto, como si temiera que se le fuera a declarar residente de Sevilla en el acto. Lo mordió y, en cuanto el sabor le dio de lleno, lo vi cambiar la expresión.

—Esto es… increíble —dijo, con los ojos como platos.

—Te lo dije —sonreí.

Callum, por su parte, probaba uno detrás de otro, alternando pestiños y galletas de su abuela.

—Esto es un atentado contra el estómago —se quejó, con la boca llena—. Contra mi cintura y contra mi voluntad.

—Y contra tu colesterol —añadió Ale.

—Y contra cualquier intento de irme de aquí esta noche —remató él, ya perdiendo la vergüenza.

Alejandra sonrió de una forma que decía muy claro que eso último le parecía estupendo.

—Vale —anuncié al cabo de un rato, sintiendo que corría el riesgo de convertirme en un roscón de Reyes humano—. Si comemos un dulce más, será más fácil saltarnos que darnos la vuelta. Turno de otra cosa.

—¿Alcohol? —preguntó Alejandra, con esperanza.

—Alcohol —confirmé.

Fuimos a por las botellas: vino, un licor suave que habíamos comprado en el pueblo y un excelente whisky que Logan guardó en su maletero "por si acaso". Servimos copas para todos. La luz de las velas hacía que el cristal pareciera más bonito de lo normal.

—Brindemos otra vez —propuso Callum—. Por esta casa y por las chicas que habitan en ella.

—Brindemos —secundó Logan—. Sobre todo por estas chicas.

—Qué pelotero estás tú —le comentó Ale, dándole un codazo conciliador.

Nos miramos todos un instante, como conscientes de que algo se estaba tejiendo allí en aquella noche tan especial.

—Por nosotras —añadió Ale—. Y por vosotros, pero solo un poquito.

—Por todos —dije.

Las copas chocaron. El licor bajó calentando el pecho, mezclándose con todo lo que habíamos ingerido ya.

—Y ahora… —Alejandra me miró con una chispa peligrosa en los ojos—, música.

—¿Música de villancicos? —preguntó Callum, asustado.

—No, por favor —rogó Logan.

—Tranquilos, que no cunda el pánico—respondí—. Música moderna.

Puse el móvil conectado al altavoz y abrí una lista de reproducción: algo de Karol G, Sebastián Yatra, algunos temazos bailables, ritmos latinos, alguna canción que se había hecho viral en TikTok y que Alejandra se sabía entera. Nada de villancicos clásicos, lo nuestro era otro ritmo.

Empezó a sonar un tema con base de reguetón suave tirando a salsa urbana que nos encantaba a ambas.

—Esto sí —dijo Alejandra—. Esto se baila.

Me miró con cara de "mira y aprende" y se plantó delante de Callum.

—¿Bailas? —le preguntó más con tono de orden que de pregunta.

—No muy bien —admitió él.

—Perfecto —respondió—, así me luzco más.

Le cogió de las manos y empezó a enseñarle un paso básico, marcando el ritmo.

—Uno, dos, tres… atrás. Uno, dos, tres… atrás. —Se reía todo el rato, estaba feliz—. Eso es, *Highlander* librero, así, suavecito.

Callum estaba rojo como un semáforo, pero le seguía el ritmo. Se dejaba llevar por ella, tropezando un poco, pero recuperando el equilibrio la mayoría de las veces. Sus manos en la cintura de Alejandra temblaban ligeramente y ella lo disfrutaba a tope.

—No lo estás haciendo mal —lo animé.

—Está sufriendo —corrigió Ale—, pero lo hace con dignidad y por su chica.

Logan se acercó a mí mientras los mirábamos.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Bailas?

—Bailo mejor que tú —le respondí, dándole un sorbo a mi copa.

—Entonces quiero verlo.

Dejó su vaso en la mesa y me tendió la mano. Sentí una corriente extraña recorrerme y me levanté decidida. Lo llevé hacia un espacio algo más despejado del salón, cerca del árbol.

—Vale —dije—. Esto es fácil. No te voy a examinar.

Le marqué un paso sencillo, una especie de mezcla entre salsa y baile pegado. Él al principio estaba rígido como un poste, pero poco a poco fue soltando la tensión.

—No es tan terrible —comentó.

—Te lo dije. Hasta se te da bien. Venga, dale.

La música subió un poco el ritmo sensual, y las luces de la chimenea y del árbol le otorgaban al salón un aire casi cinematográfico. Nos movíamos despacio, sin grandes giros, pero sí con mucha cercanía. Sus manos en mi cintura, las mías sobre sus hombros. En algún momento, nuestras frentes se rozaron de manera intencionada.

—Esto sí que no me lo había imaginado para una Nochebuena —murmuró.

—Yo tampoco —admití.

De repente, Alejandra estalló en una carcajada sonora de esas suyas que alegraban el alma.

Nos giramos justo a tiempo para ver cómo una botella de licor, mal colocada en el borde de la mesa baja, se caía con uno de los giros torpes de Callum. La botella se estampó en el suelo y se rompió con un *crash* perfecto de película, salpicando un poco la alfombra.

—*¡Ups!* —exclamó Ale.

—Lo siento muchísimo —dijo Callum, como si hubiese cometido un crimen.

Y entonces Manolito ladró como si el fin del mundo hubiera llegado.

Me llevé la mano a la boca para no reír demasiado fuerte.

—Tranquilos —les comenté—. No pasa nada. Es señal de que la fiesta está arrasando.

—Eso o de que necesitáis un seguro de hogar mejor —comentó Logan, divertido.

Fuimos a por papel de cocina, recogimos los cristales con cuidado mientras Alejandra exageraba el drama.

—Esta mancha de vino no sale ya, ¿lo sabes? —le preguntó a Callum—. Es probable que cuando tengas ochenta años sigas sintiéndote culpable por este caos.

—Perfecto —respondió él—. Así tendré una excusa para acordarme de ti.

Alejandra se quedó callada un segundo, y luego sonrió de una forma que valía más que cualquier beso que le hubiese dado.

—Te estás espabilando, escocés —le aseguró con soltura.

Cuando todo estuvo más o menos recogido, volvimos a bailar. Las canciones se sucedían, algunas más rápidas, otras más lentas. En una de ellas, Logan me acercó aún más, sin apuro, hasta el punto de que casi pude contarle las pestañas.

—Valeria —murmuró, muy bajito.

—Dime.

—Gracias otra vez por esta noche.

—No me des las gracias aún —respondí—. Todavía queda mucha noche por delante.

Se frotó las manos mentalmente y luego me besó. Un beso tranquilo, en mitad del salón, con la música sonando, las luces parpadeando y Alejandra al fondo gritándole a Callum:

—¡Eso no es un paso de salsa, *miarma,* eso es una patada de rugby!

Entre risas, dulces, copas medio llenas, bailes y Manolito chinchando a Fergus tuve una certeza muy clara: aquella Nochebuena no se parecía en nada a lo que había vivido hasta la fecha.

Y me alegré. Me alegré de estar con ellos. Con él. Con mi hermana. Con nuestro diminuto metre con pajarita. Con el gigante asustadizo y con Callum, que sacaba la mejor versión sonriente de Ale.

En una casa perdida en las Highlands que, de la noche a la mañana, empezaba a parecer el lugar más cercano a un hogar que había conocido en mucho tiempo.

Capítulo 19



Cuando por fin apagamos la música y recogimos un poco, la casa quedó en un silencio tibio, lleno de esa calma expectante que solo existe después de una noche perfecta, casi mágica. La chimenea seguía encendida, lanzando destellos anaranjados a lo largo y ancho del salón, y el árbol brillaba con un parpadeo suave que parecía casi respirarnos encima a los cuatro.

Alejandra y Callum estaban hablando bajito cerca del pasillo. O, mejor dicho, Alejandra estaba hablando mucho y Callum asentía como si ella fuese su profesora y él un alumno aplicado. Me acerqué justo a tiempo para ver cómo mi hermana lo cogía de la mano con esa decisión suya que no necesitaba explicación.

—Buenas noches, *miarma* —me dijo, guiñándome un ojo—. No esperes que nos despertemos pronto, que la noche promete.

—Tampoco es mi idea madrugar, que no soy masoquista —respondí, mordiéndome una sonrisa.

Callum me sonrió, pero no soltó su mano. Tenían aspecto de querer ir juntos al fin del mundo, aunque en la práctica solo fueran a la cama.

—Buenas noches —dijo él, mirándonos a Logan y a mí—. Y… gracias por todo.

—Buenas noches, Callum —respondió Logan con una cierta complicidad.

Los vimos alejarse por el pasillo, las manos entrelazadas, y escuchamos la puerta del dormitorio cerrarse con un *clic* muy suave… o no tan suave. Mi hermana nunca fue demasiado sutil. Ni lo sería.

Me giré hacia Logan. Él estaba a mi lado, observándome con esa mirada que aprendí a decodificar: tranquila, profunda, cargada de intención, de mucha intención. Tenía la camisa arrugada, el pelo más revuelto que de costumbre, efecto de los muchos bailes y de mis manos pasando por él…

Y estaba increíblemente guapo. Tan guapo que me temblaron las rodillas. Una vez más.

—Bueno… —murmuré, sin saber muy bien qué decir—. Ha sido una noche genial. Lo hemos pasado de lujo.

—Ha sido perfecta —asintió él.

Fergus apareció entonces desde detrás del sofá, mirando a su alrededor como si buscara una salida de emergencia. El pobre no podía tranquilizarse en el *lodge*. Manolito lo vio y se adelantó un paso, con la actitud de un portero de discoteca. El pobre Deerhound retrocedió inmediatamente hasta quedar pegado a la chimenea, como si el calor pudiera protegerlo del diminuto demonio. Pero iba a ser que no.

—Creo que deberíamos dejarlos aquí —comenté—. Total, Manolito ya ha decidido que el salón es su reino. Y tú te quedas, ¿verdad?

—Sí —asintió Logan, mirando a su perro con resignación—. Fergus, quédate. Sobrevive como puedas. Esto no me lo pierdo. Lo siento, amigo.

Fergus soltó un gemidito. Manolito, orgulloso, se dio la vuelta con aires de victoria y se tumbó en su cama con la pajarita torcida tras una noche ajetreada. Parecía un villano de película a punto de echarse a dormir después de ejecutar su plan maestro.

Yo intenté contener la risa, pero Logan la dejó escapar.

—Manolito le da miedo de verdad. Ahora no me cuesta admitirlo. Hay confianza.

—Normal. A mí también a veces.

Nos miramos un instante que pareció más largo de lo que era. Más denso. Más lleno de cosas sin decir.

Y entonces lo dije, reuniendo el valor.

—¿Nos vamos a…?

No necesitó procesarlo. No necesitó pensarlo. Su mirada cambió en un segundo: se volvió más intensa, más lenta, más escocesa. Había llegado el momento.

—Sí —respondió, como si fuera la decisión más sencilla del mundo.

Noté algo cálido en el pecho. Algo parecido a un "por fin". Sí, nos mediríamos en la intimidad y eso tenía mucho de

—Vale —susurré.

Me giré hacia el pasillo, empezando a caminar con sensualidad, consciente de cada paso, de cada latido, de cada respiración. Logan venía detrás, y aunque no podía verlo, podía sentirlo. Esa energía suya, grave, tranquila, contenida, empujándome como un imán hacia un dormitorio que ya nos estaba llamando.

Al entrar, se sintió cálido, iluminado solo por la lámpara tenue del rincón. Era perfecta para crear ambiente. Sobre la ventana, la nieve seguía cayendo despacio, dibujando un fondo blanco y silencioso. Cerré la puerta con suavidad. Yo sí que solía hacer las cosas así. No como el "Terremoto Ale".

Cuando me di la vuelta, Logan estaba apoyado en el marco, observándome. No dijo nada. Solo me miró como si yo fuera un lugar al que llevaba tiempo queriendo llegar. Y eso me hizo sentir bien, muy bien, aunque mis mejillas se encendieron.

Me acerqué despacio hasta quedar justo frente a él. Entonces levantó una mano y me acarició la mandíbula con el dorso de los dedos, como si estuviera comprobando que mi rostro era real. Cerré los ojos un instante, saboreando ese gesto, saboreando el instante.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto —murmuró.

Y me besó. No un beso cualquiera… Un beso lento, profundo, que no tenía prisa. Un beso que sabía a whisky suave, a calor de chimenea, a todo lo que habíamos sido esa noche ambos. Sus manos se deslizaron por mi espalda, atrayéndome contra él de un modo súbito que me acaloró a marchas forzadas. Yo le agarré la camisa, sintiendo su respiración acelerarse bajo mi palma.

El beso fue creciendo. Se volvió más hondo. Más hambriento. Más suyo. Más mío. Más de ambos. Un beso de los que no se olvidan con facilidad.

Me hizo retroceder unos pasos hasta la cama. Me senté dejando la mente en blanco. Él se agachó delante de mí, con las manos a ambos lados de mis caderas, observándome desde abajo, como si estuviera leyendo algo en mi piel.

—Valeria… —dijo mi nombre tan bajo y con un tono tan grave que casi me derritió—. Dime si quieres que siga.

—Quiero que sigas —susurré sin dudar—. Mucho.

Con esa confirmación, di el pistoletazo de salida.

Él sonrió. La suya fue una sonrisa lenta. De esas que empiezan en los labios, pero que tarda un poco en llegar a los ojos. Una sonrisa que se quedó grabada en la mía. Una sonrisa que tampoco olvidaría con facilidad.

Sus manos subieron por mis piernas, despacio, como si estuviera trazando un camino que tenía previsto aprenderse de memoria. Cuando llegó al borde de mi vestido, levantó la tela apenas un poco. Y me volvió a mirar. Sus ojos en los míos. Y el temblor de mi entrepierna irrefrenable, sintiendo que era demasiado, que mi corazón se estaba desbocando de un modo demasiado evidente. Sintiendo que Logan era la sensualidad hecha hombre. Pura sensualidad escocesa. Pura sensualidad deseada por encima de todas las cosas.

—¿Puedo? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Asentí.

Él deslizó los dedos bajo la tela y la fue levantando centímetro a centímetro. Sentí su respiración en mis rodillas, en mis temblorosos muslos, en la piel que iba quedando al descubierto. El vestido subió por mis caderas, por mi cintura, hasta que me quedé en ropa interior. Me temblaron las manos. Él lo notó y sonrió de nuevo, suave.

—Eres preciosa —murmuró como quien está observando por primera vez una obra de arte.

Me hizo sentir especial, muy especial. Sabía cómo hacer las cosas. Logan no iba a saco, respetaba mis tiempos. Y eso no era algo que todos los hombres supieran hacer. Parecía contar con la mejor materia prima. Y tener claro cómo sacarle partido.

Bajé las manos hasta él y le desabotoné la camisa. No me temblaban ya, o tal vez sí, pero me daba igual. Sí, en realidad sí que me temblaban, me di cuenta al no atinar con el primero de los botones. Pero lo enmendé. Y entonces deslicé la prenda por sus hombros y se la quité. Su piel estaba tibia, tensa, y su respiración se aceleró un poco cuando la mía rozó su clavícula.

Sentí que el aire del dormitorio cambiaba. La prenda cayó despacio, sin prisas, resbalando por sus hombros como si dudara en abandonarlos, y entonces lo miré con detenimiento: su torso firme, ancho, marcado por un músculo que no presumía, pero que se encontraba ahí, sólido y trabajado,

sin caer en lo exagerado. La piel de Logan mostraba un tono cálido, ligeramente dorado incluso bajo la luz tenue de la habitación, y las sombras resaltaban las insinuantes líneas que recorrían su abdomen, definidas con una naturalidad que me dejó sin palabras. Completamente muda.

Pasé la mano por su pecho y noté el contraste entre la suavidad de su piel y la fuerza que había debajo de ella, un equilibrio sin igual entre ternura y potencia. Logan respiró hondo, y el movimiento de su pecho bajo mis dedos me descolocó más de lo que quise admitir. Su clavícula, la curva del hombro, la forma precisa con la que su cintura se estrechaba… todo en él parecía hecho para acogerme, para envolverme, para sostenerme. Y para llegar más allá de lo que el límite de mi cordura estaba dispuesto a afrontar.

Levantó la mirada, y con esa mezcla suya de calma y deseo, supe que el cuerpo del escocés que noche a noche me desvelaba no solo imponía: también invitaba. Y yo ya estaba perdida. Perdida irremediable y encantadoramente.

Logan seguía sin prisas. Se incorporó lo suficiente para besarme el cuello, lentamente. Luego el hombro. Luego el hueco entre mi clavícula y el pecho. Cada beso provocaba un incendio pequeño, uno que se propagaba con rapidez. Y me encendía más y más imaginando cómo mi particular bombero estaría dispuesto a sofocarlo.

Nos tumbamos despacio. Su cuerpo cubrió el mío con una delicadeza que me sorprendió a pesar de saber cómo era. Podía sentir cada línea de su musculatura sobre mí.

Y entonces bajó… Sus labios buscaron mi vulva y, al encontrarse con mis braguitas, no dudó en retirarlas con esa misma boca que igualmente sentí tibia, antes de que su lengua entrara en acción, pues ella sí que ardía, lo mismo que mi cuerpo al completo.

El primer estremecimiento por mi parte fue suave, casi tímido, como una ola pequeña que apenas cuenta con el poder de aproximarse a la orilla. Después, la tensión se volvió más profunda, más cálida, como si algo dentro de mí despertara de golpe. Mi respiración se tornó irregular; no jadeaba

aún, pero cada exhalación que soltaba llevaba su propio temblor, una mezcla de sorpresa y abandono de mi cuerpo.

Logan sabía cómo hacerme vibrar. Me lo estaba demostrando segundo a segundo. Quizás su vida amorosa no hubiera sido plena, pero su vida sexual sí debió ser activa, mucho, porque ciertas cosas solo se aprenden con la práctica, y no de la noche a la mañana.

Sentí cómo mis piernas se aflojaban y luego se tensaban sin que yo pudiera controlarlo, cómo mis dedos buscaban algo a lo que aferrarse y que bien podría ser la sábana, su cabello o mi propio pecho, como si pudiera anclarme. Mi espalda se arqueó con un impulso breve, involuntario, casi dulce. Así debía saberle también mi vulva a juzgar por su expresión. Un dulce mezclado con el picante propio de la situación… Una situación que me estaba asomando al precipicio de la locura.

Su mirada no se apartó de la mía ni un solo segundo. Logan también era especialista en mantenerla. Mi percepción era como si cada acción que llevara a cabo en mi cuerpo necesitara la confirmación de mis ojos, como si en mis pupilas encontrase la respuesta a todo lo que sentía. Por mi parte, trataba de sostenerle la mirada, pero me temblaban hasta las pestañas. Él parecía entenderlo, porque sonreía apenas, lo justo, como si aquel temblor mío fuese precisamente lo que más le atrajese de lo que estábamos experimentando sobre una cama que ya estaba al rojo vivo.

Respiré hondo, pero el aire salió entrecortado de mí. A cada movimiento suyo, mis pupilas se dilataban más, y Logan lo notaba, lo veía, lo sentía y lo disfrutaba. Y esa conciencia plena de mi reacción me encendía más y más. Mientras su lengua exploraba mi vulva, me sostuvo con firmeza por la cadera, y en vez de inclinar la cabeza o mirar mi cuerpo, la mantuvo fija en mí con intensidad, de una forma casi posesiva, como si quisiera memorizar cada segundo. Como si quisiera hacerme suya a toda costa.

Había deseo, sí, pero también una pasión arrebatadora en esa manera de observarme. Una promesa muda. Algo que decía: *estoy aquí, contigo, mírame, Valeria*. Y yo lo hacía. Porque en esa mirada entendía cosas que no

sabía cómo pronunciar en voz alta. Porque ahí, en ese cruce de miradas prácticamente eléctrico, supe que ya no había marcha atrás.

El calor subía desde mi vientre hacia mi pecho, una corriente que me envolvía entera, que me hacía cerrar los ojos para no perderme ni una sola sensación provocada. Y cada pequeño gesto provocaba que la voz me saliera a modo de susurros entrecortados, más altos, más urgentes, casi imposibles de contener.

Mis manos recorrieron su espalda, su nuca y su mandíbula. Logan me miró desde muy cerca, como si fuera consciente de que un orgasmo estaba a punto de asaltarme.

—No sé cómo he llegado hasta aquí —susurró—. Pero sé que no quiero estar en ningún otro sitio.

No me hizo falta más. Las sensaciones físicas junto con esa confusión me hicieron convulsionar por dentro. Y entonces el orgasmo llegó, sin ni siquiera llamar a mi puerta.

Cuando me recorrió como un hilo electrizante, ni siquiera fui consciente del momento exacto en que crucé esa línea invisible que te hace desconectar de la realidad física. Solo sentí cómo algo dentro de mí se tensaba y, de un nanosegundo para otro, se liberaba como una oleada cálida que me recorría entera. Sentí como si mi cuerpo hubiese estado conteniendo la respiración durante días y, en un momento dado, la soltase a la vez que yo misma lo hacía. Las piernas me temblaron sin permiso, más aún que antes. Se trató de un temblor suave al principio, casi tímido, que después se volvió más profundo, más patente. Y que él disfrutó lo más grande.

El aire se me escapó a golpes breves, como si mi pecho no supiera muy bien cómo gestionarlo, y entonces me aferré a las sábanas para no perderme de un modo irremediable en la intensidad de ese orgasmo. Mi espalda se arqueó sola, traicionera, buscando más, buscando dilatar un orgasmo que terminó por arquear hasta las plantas de mis pies.

Y mientras todo me atravesaba, solo pude cerrar los ojos y caer rendida a esa sacudida dulce que me desordenó el alma.

Cuando los abrí, lo acerqué más. Lo besé. Y el mundo se redujo a esa cama: a su piel, a la mía, al sonido suave de la nieve en el exterior, a la calidez de su cuerpo sobre el mío, al ritmo que se nos fue pegando, lento al principio, más rápido y cargado de profundidad después. Cada movimiento de Logan era una caricia. Cada respiración compartida, un idioma nuevo que aprendíamos juntos.

Podría definirlo como dos personas encontrándose sin prisas, sin miedo, sin máscaras. El deseo se mostraba claro, intenso, pero también había algo más: un sentimiento, algo que me desarmaba más que cualquier orgasmo.

Cuando la pasión subió aún más (fue posible, por mucho que yo lo dudara), cuando mis gemidos placenteros se mezclaron con la gravedad de su rugidos, él me miró una última vez, buscando mi consentimiento, mi deseo, mi sí. Y yo se lo di, sin condicionantes. Una entrega lenta, íntima, preciosa. No agresiva. No atropellada. Simplemente… nuestra.

Logan fue entrando en mí. Su miembro palpitante y rígido fue recorriendo el estrecho canal que lo llevó directo a mis entrañas y todo en mi interior pareció encontrar un lugar exacto, como si mi monte del placer llevase demasiado tiempo esperando ese encaje.

No hubo brusquedad, pero sí fuerza… Fuerza escocesa que me abrió el pecho y me dejó sin aire. Mi respiración se volvió más corta, más temblorosa, como si cada movimiento suyo tuviese el poder de encender un punto distinto dentro de mí. Me aferré a sus hombros, intentando sostenerme, intentando no escurrirme, mientras mi cuerpo reconocía el suyo con asombro. Era íntimo, intenso, casi solemne… y me sentí completamente viva, completamente suya en aquel instante único e inolvidable.

Cuando todo terminó, cuando nos quedamos quietos, respirando juntos, Logan me rodeó con un brazo para atraerme contra su pecho. Y me sorprendió, pues me besó la frente, despacio.

—Valeria… —susurró—. Gracias por esto.

Sonreí contra su piel.

—¿Y tú me las das? Si no he movido un dedo —le sonreí ardorosa.

Y así nos quedamos. Dos cuerpos entrelazados envueltos en un silencio que decía más de lo que callaba. Y me dormí sin miedo a perder nada. Porque lo tenía todo abrazándome.

Capítulo 20



Desperté con la sensación de que todo mi cuerpo, además de mi mente, estaba bien colocado en el mundo. Tardé unos segundos en procesar dónde estaba, hasta que noté un brazo rodeándome la cintura y una respiración cálida en mi nuca. No era solo dónde estaba, sino con quién estaba. Con Logan.

Sonreí para mis adentros, con los ojos aún cerrados.

—Buenos días —murmuró él, como si se hubiera dado cuenta de que ya estaba despierta, pura intuición.

Su voz ronca de recién despierto me recorrió la espalda como si fuera una caricia más. Me gustaba todo en ese escocés que tanto había cambiado para bien.

Me giré despacio para verlo. Tenía el pelo hecho un desastre, la barba algo más marcada, el gesto relajado y esa mirada gris azulada que, incluso con sueño, parecía prestar atención a todo. En resumidas cuentas, que me volvía loca.

—Feliz Navidad —dije, apoyando la frente en la suya.

—Feliz Navidad, preciosa —respondió, y sonrió de una forma que me hizo cosquillas en el estómago.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sin necesidad de decir nada, mirándonos de cerca, como si estuviéramos comprobando que lo de la noche

anterior no había sido fruto del whisky, sino completamente real. Tan real como la vida misma.

—He dormido genial—admití.

—Yo también —contestó—. Aunque he pasado parte de la noche comprobando que estabas aquí, que no se trataba de una alucinación.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

Me dio un beso corto, suave, pero que me llegó al alma.

—¿Sabes qué? —le pregunté, apartando un poco la sábana.

—Sorpréndeme.

—Puede que Papá Noel haya venido ya. Quién sabe.

Frunció el ceño, divertido.

—¿Aquí? No me lo creo.

—Claro. —Hice un gesto con la mano—.Las Highlands están incluidas en su ruta obligatoria: Laponia, Highlands y resto del mundo, así funciona. No me lo he inventado. Bueno, un poco sí.

Se rio con mi ocurrencia.

—¿Y qué te hace pensar que ha venido, sevillana?

—Que anoche escuché ruiditos raros mientras tú roncabas, escocés —mentí descaradamente.

—Yo no ronco.

—Lo que tú digas —me burlé para chincharlo.

Me levanté de la cama de un salto torpe, me envolví en la manta y abrí el armario. De la balda más alta saqué una bolsita de papel que había escondido antes de la Nochebuena.

—Tengo un par de detallitos —le anuncié—. No son nada del otro mundo, así que no te emociones, pero me hacía ilusión.

Sus ojos de Highlander se suavizaron.

—¿Para mí?

—Para ti, para Ale, para Callum, para los integrantes perrunos del clan… Aquí todo el mundo demanda atención de Papá Noel.

—Valeria…

Ese "Valeria" tenía algo dentro que me hizo querer volverme a liar con él. Pero si lo hacía, no salíamos de allí en todo el día, y como que no era plan.

—Ducha, desayuno, regalos —resumí—. Ese es el orden oficial. No me discutas el reglamento que me acabo de inventar o me verás de morros.

—Jamás —dijo, resignado, y sonrió.

Nos duchamos rápido. O todo lo rápido que se puede duchar una cuando la otra persona te mira como si enjabonarte y enjuagarte fuese la excusa para desnudarte. Si no volvimos a liarla parda allí fue de milagro. Me puse un jersey gordito de lana de esos navideños, unos *leggins* cómodos y calcetines gruesos. Él se vistió con un jersey oscuro que le quedaba insultantemente ideal y unos vaqueros.

Cuando abrimos la puerta del dormitorio, ya se oían voces abajo.

Bajé las escaleras con Logan detrás y la primera imagen que vi fue gloriosa, no se puede calificar de otra manera: Alejandra en pijama de satén, de rodillas frente al árbol, con el moño alto sujeto de cualquier forma, colocando paquetes como si estuviera preparando un escaparate; Callum sentado en el sofá, despeinado y somnoliento, con una taza de café entre las

manos y cara de estar absolutamente fascinado por todo lo que hacía mi hermana, pero con más sueño que una cesta de gatitos.

Manolito corría en círculos con un jersey rojo lleno de abetos diminutos. Fergus estaba tumbado junto a la chimenea con una cinta verde y roja colgándole del cuello, a modo de collar hawaiano versión navideña.

—¡Feliz Navidad dormilones! —canturreó Alejandra sin girarse—. ¿Qué tal esas caritas de llevar toda la noche dándole a la zambomba?

—Ale… —contesté alucinada.

—Como ni nosotros no le hubiéramos dado también, menos pamplinas —dijo, lanzándome una mirada rápida por encima del hombro, con sonrisa maliciosa—. Y tú, Highlander, ¿qué tal es mi hermana en las distancias cortas?

—Ale, sigue así y te quedas sin regalos —le advertí.

Callum se rio, apoyando la taza en la mesa.

—Feliz Navidad —nos dijo.

—Feliz Navidad —respondimos a coro.

Dejé mi bolsa con los regalos junto al árbol. Logan hizo lo mismo con una más pequeña que había traído, chico previsor. Alejandra dio una palmadita satisfecha. Callum también se dejó caer finalmente con unos detalles.

—Perfecto. Ya está todo el mundo y están todos los paquetes—anunció—. Que comience la ceremonia oficial de apertura.

—¿Sin desayunar? ¿Y sin una triste taza de café? — le pregunté—. Que no puedo con mi alma —protesté.

—Y luego dirás que no le has estado dando al molinillo toda la noche. Hay café en la cocina, sírvete una taza y ven a abrir los regalos. Eres mujer, puedes hacer dos cosas a la vez —dijo, provocando a los chicos.

Fui por un café rápido, Logan me siguió y en menos de cinco minutos ya estábamos los cuatro sentados alrededor del árbol, con nuestras mascotas en medio como si fueran los árbitros de un partido que no estaban dispuestos a perderse.

No hicimos turnos estrictos ni nada parecido. Todo fue fluyendo.

Alejandra abrió primero un paquete del tamaño de un estuche, envuelto con más cariño que precisión. Dentro encontró una pulserita sencilla, de plata, con un pequeño colgante en forma de estrella que la dejó perpleja.

—Ay… —se le escapó, bajito.

Miró a Callum, que ya estaba rojo otra vez.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Me encanta —contestó, sincera, y se lanzó directa a sus morros.

Cuando pudo zafarse, Callum abrió el suyo. Dentro había un marcapáginas de cuero con su nombre grabado y una frase en inglés que decía algo así como “Siempre queda un episodio más por leer”. La miró sonriendo como un niño pequeño ilusionado.

—Te pega —le aseguró Ale—. Te gustan tela los libros.

Yo le di a mi hermana una cajita fina. Dentro, una paleta de sombras que llevaba semanas diciéndome que quería “pero no, que no puedo, que tengo un agujero en la mano del tamaño de un cráter”.

—Para que sigas practicando con los tutoriales —le dije.

—Dentro de nada, seré yo quien los haga —respondió, emocionada, y me dio un beso sonoro en la mejilla.

Ella me entregó un paquetito blando. Se trataba de una bufanda de lana suave, color crema, de esas que abrigan solo con mirarlas.

—Para estos días de sevillana en las Highlands —comentó.

—Idiota —respondí, abrazándola fuerte.

A Logan le di un paquete rectangular. Al abrirlo, se encontró con un reloj de correa negra, no ostentoso, pero elegante, que le dibujó una amplia sonrisa en su bello rostro escocés.

—No tenía ni idea de si te iba a gustar —le confesé.

Se quedó mirándolo unos segundos, en silencio.

—No sabes cuánto me gusta, has dado en el clavo —dijo al final—. De verdad.

Se lo colocó en la muñeca, se levantó un momento para probar el cierre y cuando se volvió hacia mí, me rozó la mejilla con los labios en un gesto cortito, pero intenso. No era tan descarado como mi hermana.

—Gracias.

El regalo que él me entregó venía en una cajita pequeñita. Dentro había un colgante finísimo, con una piedra verde que parecía un trocito de lago metido en un discreto marco.

—Es precioso —murmuré encantada.

—Es un legado de mi familia… —se aclaró la garganta—. Quiero que lo tengas tú.

Se me encogió algo dentro. Ese tipo de regalo tan intenso no era algo que esperase.

—Lo voy a cuidar muchísimo —le aseguré, con un nudo agradable en la garganta.

Finalmente, tras intercambiar algunos detalles más, también había regalos para nuestras mascotas: una pelota nueva para Fergus y un muñeco chirriante con forma de ardilla para Manolito. Lo que le faltaba. El chihuahua lo atrapó en el aire en cuanto lo vio y empezó a zarandearlo como si lo estuviera

exorcizando, capaz era, porque él valía para todo. Fergus dio un salto hacia atrás.

—Ese muñeco lo va a pasar regular —dijo Logan.

—Ese muñeco ya tiene el cielo ganado —contesté.

Entre risas, papeles rotos, expresiones del tipo "ay, qué bonito" y algún "no tendrías que haberte molestado, pero menos mal que lo has hecho" por parte de Ale, la mañana arrancó con una sensación de hogar que nunca había asociado tanto a la Navidad.

Después del café, los dulces que habían sobrado de la noche anterior y un rato de charla tranquila, mi hermana se levantó de un salto. Yo siempre le decía que era un culillo inquieto.

—Bien —anunció—. Siguiente fase del día: nos vamos fuera. Nieve. Actividades lúdico—festivas. Bolas. Guerra. Todo eso que ya tendréis en mente.

—Suena peligroso —dijo Callum.

—Suena a que se liará a bolazos con nosotros —respondí.

Nosotras nos abrigamos como si fuéramos a cruzar cualquiera de los Polos, el Norte o el Sur: gorros, bufandas, guantes, capas y más capas de ropa. Salimos al exterior y el aire helado nos dio los buenos días, limpio, cortante, pero agradable. El lago, al fondo, parecía un espejo mate. El *lodge,* detrás, era una postal perfecta con humo saliendo de la chimenea. El mejor lugar del mundo para celebrar unas animadas y entrañables Navidades.

—Vale —dijo Alejandra, tomando el mando—. Aquí van las normas básicas de la guerra de bolas de nieve: no hay normas y, eso sí, respeto a los perros. Manolito es aliado. Fergus es enemigo.

—Tendrás morro… —le solté mientras Manolito parecía aplaudir la decisión de su dueña.

Fergus, al escuchar su nombre, se escondió medio cuerpo detrás de Logan, y eso que no la había entendido. Manolito, en cambio, se adelantó orgulloso al ver su reacción, como si fuera el general en jefe de la guerra de bolas.

Empezamos suave, haciéndonos los graciosos, hasta que alguno de nosotros (no menciono a Alejandra, pero fue Alejandra) me lanzó una bola directa a la espalda que casi me tira de boca.

—¡Traidora! —grité, doblándome hacia delante, tratando de mantener el equilibrio para no tragar nieve a tutiplén.

—Esto es la guerra, cariño —respondió ella—. Sálvese quien pueda.

Lo siguiente fue un caos maravilloso y cómico que nos envolvió a todos.

Logan y yo terminamos aliándonos, pero solo porque él insistió en que yo necesitaba protección estratégica. Callum intentó cubrir a Ale, pero ella cambiaba de bando según le convenía (así es mi hermana), lanzaba bolas a diestro y siniestro, y se reía con esa forma suya de carcajada limpia que nos contagiaba.

Yo me caí un par de veces de culo, y pocas me parecen. En la primera, Logan se resbaló detrás de mí y acabó medio encima. Nos miramos en la nieve, riendo, con la respiración hecha vapor y entonces me besó con pasión, sin poder evitarlo.

—No está mal este campo de batalla —me comentó cuando apartó sus labios de los míos.

—Nada mal —le respondí.

Me siguió besando allí, con la nariz fría y el resto del cuerpo encendido. Alejandra silbó desde lejos.

—¡Que estamos en horario infantil, guarros! —gritó.

—Mira quién habla —le devolví el comentario.

En un momento dado, harto de llevarse bolazos, Callum propuso:

—¿Hacemos un muñeco de nieve?

—Hacemos **el** muñeco de nieve —corrigió Ale—. Yo quiero uno de esos típicos de película. No un churro helado. Vamos a hacer una joya de muñeco.

Nos pusimos manos a la obra: rodar bolas enormes, apilarlas, ajustar tamaños… Y Ale dando órdenes. Solo le faltaba un látigo con el que darnos. Fergus nos miraba desde cierta distancia, escandalizado. Manolito se apartó con cautela, porque lo de doblar el lomo no iba mucho con él. De hecho, era muy señorito andaluz.

Acabamos haciendo un muñeco bastante digno, con piedras por ojos, una zanahoria bien hermosa por nariz y una bufanda de Ale de cuadros llamativos rodeándole el cuello. Mi hermana le colocó su gorro un segundo y posó a su lado.

—Sacadme la foto de las Navidades para echar a arder mis redes —dijo—. Estoy impresionante.

—Siempre —murmuró Callum, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Manolito corrió hacia ella porque, eso sí, la foto no se la perdía.

Nos miramos y, por unos segundos, el frío dejó de importar. Yo diría más bien que el mundo entero dejó de importar.

Volvimos al *lodge* cuando ya no sentíamos la punta de la nariz. El contraste del helado exterior con el calor de la chimenea se sintió como un abrazo.

Preparamos un almuerzo con lo mucho que sobró de la cena: sopa caliente, pan tostado, algo de queso, restos de salmón y de otros platos, más tortilla de patatas y croquetas que freímos en el momento para que estuviesen en su punto. Comimos en la mesa de la cocina, en plan más informal, y nosotras con los dedos un poco hinchados por el frío, pero con una sensación de plenitud por mi parte que no recordaba de ningún otro veinticinco de diciembre de mi vida.

—La guerra de bolas ha sido la caña, hay que repetir —declaró Alejandra.

—Cuando quieras, amor —le respondió Callum.

Estaba loquito por complacerla incluso antes de que ella abriese la boca. Me encantaba su actitud. Era el chico perfecto para mi hermana.

Por la tarde, ya con el estómago lleno y el salón en modo acogedor, Ale apareció con una caja. Como digo, no podía estar quieta.

—Os aviso —dijo—. Lo que va a ocurrir ahora puede acabar con nuestro buen rollo.

—¿Qué es? —preguntó Callum, asomándose.

—Juegos de mesa, cariño. Lo mejor y lo peor de la Navidad. No admito perder, me pongo que muerdo.

Sacó un Pictionary, una baraja de cartas y un juego de preguntas *random* que ni siquiera sabíamos de dónde había salido. Empezamos por el Pictionary.

El espectáculo fue digno de estudio. Os doy mi palabra.

Logan dibujaba como el culo. Acababa de descubrir qué se le daba fatal a mi escocés favorito. No era boca la de mi hermana tratando de descifrar lo que decía que eran, claramente, jeroglíficos.

Callum se esforzaba, pero sus casas parecían más bien champiñones. Tampoco venía de cursar Bellas Artes el muchacho.

Ale, por su parte, hacía trampas tan descaradas que casi daban ternura: guiños, gestos, algún que otro "esto no lo digo, pero lo digo". Así era ella.

—Eso es una guitarra —afirmó Logan, mirando un garabato que había hecho.

—Eso es un gato, no me jodas —respondí, llorando de la risa.

—Estoy perdido —se lamentó.

En algún momento, cambiamos a las cartas, luego al juego de preguntas. Entre una cosa y otra, el tiempo se nos fue escurriendo entre los dedos en la mejor tarde de Navidad que hubiésemos podido imaginar.

Merendamos chocolate caliente con algunos dulces de más, vimos un trocito de una película navideña cutre que Alejandra comentaba como si estuviera haciendo un *podcast* en directo (si no acababa de influencer sería raro), y dejamos que las horas cayeran sobre nosotros sin prisa.

Por la noche, cenamos más sobras gloriosas de la Nochebuena: algo de carne, verduras, otro poco de salmón, pan recién calentado... Nada de ceremonias, solo platos repitiéndose en el centro de la mesa y la sensación de que, de alguna forma, estábamos allí los que debíamos estar.

Cuando el reloj del salón se acercó a la medianoche, llegó el momento que yo nadie quería que llegara, pero yo sabía que tenía que hacerlo: la despedida.

—Mañana tengo que pasar por la librería temprano —dijo Callum, muy a su pesar—. Pero volveré por la tarde, si no me echáis.

—Aquí no se echa a nadie que traiga dulces —respondió Ale—. Y menos si besa tan bien como tú.

Callum se rio, sonrojado, y la abrazó largo, apoyando la mejilla en su pelo. Ella cerró los ojos, con una felicidad a la que no hacía falta que le pusiera etiquetas.

Logan se colocó el abrigo en la entrada. Él también trabajaba la siguiente mañana. Fergus, obediente, se colocó a su lado, con cara de "yo no opino, solo sigo al jefe, pero qué alegría de perder de vista a Manolito".

Me acerqué a él.

—Gracias por este día de Navidad —murmuré de corazón.

—Gracias a ti por… todo esto —miró alrededor, al *lodge,* al árbol, a la chimenea—. No lo olvidaré nunca. Ha sido muy especial.

Me tomó la cara entre las manos, con delicadeza, y me besó. No fue un beso largo ni urgente, no fue un beso precipitado tampoco, pero sí de esos que se te quedan grabados exactamente en la memoria: el sabor a Logan, el olor a leña, la sensación de que estábamos empezando algo importante.

—Mañana vuelvo —susurró.

—Eso espero —le respondí.

Los vimos cruzar el exterior hasta sus coches, con la nieve cayendo despacio sobre sus hombros. Las luces de los vehículos se encendieron y se alejaron poco a poco hasta perderse entre los árboles.

Ale cerró la puerta y se apoyó en ella, mirándome con una sonrisa tan amplia como agotada.

—Valeria… —dijo—. Esta Navidad nos ha salido de película. Y de las de que son un éxito de taquilla.

—Sí —asentí, mirando el salón medio desordenado, el muñeco de Manolito pidiendo socorro y los papeles de regalo que aún quedaban por el suelo—. Y lo mejor es que no se acaba aquí.

Ella acercó y me abrazó por la cintura, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Pase lo que pase —susurró—, que sepas que me encanta verte así, Vale.

—¿Así cómo?

—Con esa cara de… “igual la vida a veces se porta bien”.

Le sonreí agradecida.

La chimenea seguía encendida, Manolito ya dormía hecho un ovillo sobre su cama con el muñeco hecho trizas bajo la pata, Afuera, la nieve caía en silencio sobre el lago, como si estuviera sellando algo.

Suspiré con la certeza de que no solo estaba pasando la Navidad en una casa bonita. Estaba estrenando algo parecido a un hogar. Y el resto de mi vida,

que se mostraba con las páginas en blanco, listas para escribir sobre ellas.

Capítulo 21



Dos días después de Navidad, cuando el *lodge* volvía a oler a tranquilidad y a esa rutina escocesa a la que me estaba haciendo, escuché la puerta abrirse de golpe con el dramatismo típico de mi hermana. Alejandra entró envuelta en una bufanda enorme y las manos ocupadas con una bolsa de papel del mercadillo. Manolito apareció detrás de ella, hecho un torbellino, con un pequeño pompón enredado en la oreja. Rocambolesco como siempre. Y muy a juego con su dramatismo Ni idea de cómo había llegado ahí.

—Vale… —anunció Ale, dejando la bolsa en la encimera como quien deja una bomba que acaba de fabricar—. Creo que me han invitado a un sitio.

Me giré desde la mesa, donde estaba escribiendo un pequeño borrador para un artículo de teletrabajo. Me apoyé mejor en la silla, porque esa frase prometía. La conocía muy bien y sabía que cuando se expresaba así, olía a noticia.

—¿Solo lo crees? ¿Te han invitado? —pregunté—. ¿A dónde?

Ella se mordió el labio, sonriente, haciendo ese teatrillo suyo que siempre la delataba cuando deseaba algo, pero se encontraba con un obstáculo por el camino.

—A pasar la Nochevieja —respondió, muy casual—. En otra parte. Es decir, no aquí. Normal, si fuera aquí, no sería en otra parte. Joder, qué lío me estoy haciendo.

—¿Qué “otra parte”? Muero por saber.

—Casi me muero yo—rio—. Callum quiere llevarme a ver a su familia paterna, que visitarán en Fin de Año. Tienen una casa en un pueblito costero, por aquí cerca… bueno, "cerca" en versión escocesa: a dos horas en coche. Y allí vive su abuela paterna. Además, que iríamos también con sus padres y con su hermana. Imagínate la escena. Por lo visto, les ha hablado de mí y todos quieren conocerme, pero su abuela quien más.

Me quedé mirándola. Alejandra estaba brillando. Literalmente brillando. Cuántas veces soñé con verla así. No había rastro de vértigo o temor en sus palabras. Todo era ilusión.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté.

Ella levantó las manos.

—Que no puedo ir. Que no te voy a dejar sola, que vine contigo, que no voy a desaparecer como si fuera un petardo de feria, cariño.

Solté una risa flojita porque un poco petarda sí que era.

—A ver, no te niego que vais un poco rápido —admití—. Han pasado… ¿qué? ¿Tres minutos desde que os conocéis? Como mucho. Es como si las Highlands produjesen el efecto secundario de velocidad emocional.

—Ya te digo —respondió, exhalando—. Pero es que a Callum se le iluminaron los ojos cuando me lo pidió.

—Vamos, que te encanta la idea —sentencié.

Ella ladeó la cabeza, asintiendo.

—Un poquito sí. Pero no voy a dejarte sola en Nochevieja. Lo tengo clarísimo. Así que asunto zanjado. A no ser que te quieras venir con nosotros, que por lo visto hay sitio de sobra en la casa de esa ancianita.

Me levanté de la silla y fui hacia ella, apoyando mis manos en sus brazos. Manolito nos miraba desde el suelo con gesto inquisitivo, como si estuviera negociando las cláusulas de un contrato.

—Ale —le dije con calma—. A mí no se me ha perdido nada allí. Pero tú, si quieres ir, ve. De verdad. Yo voy a estar bien.

—¿Sí? ¿No te sabe mal? —preguntó con sinceridad porque estaba deseando hacer las maletas para largarse con Callum.

—Para nada.

—Está bien, pero solo con una condición.

—Uy, miedo me das. A ver.

— Me voy con Callum si tú te tomas las uvas con Logan.

—No sé yo si vamos a encontrar uvas por aquí —le vacilé.

Ella parpadeó dos veces y después me miró con una sonrisa que casi le daba la vuelta a la cabeza.

—Pues te tomas lo que te dé la gana, pero te lo tomas con él, que no concibo dejarte sola.

—Ahhh, amiga. Ahora te viene bien echar mano del borde, ¿eh?

—No me toques las palmas que me conoces, Vale. Y ahora que he enterrado el hacha de guerra, no es plan de que me piques.

Manolito dio un ladrido exasperado, como si desease tener claro si él se quedaba o se marchaba.

—Entonces hecho —confirmé—. Tú te vas, hermanita. Yo me quedo. Todos contentos.

—Pues voy a avisarle —respondió ella, sacando el móvil mientras caminaba hacia la ventana—. Y cuando digo voy, quiero decir que voy pitando.

La miré mientras hablaba con él, y la ilusión en su voz me confirmó lo que ya sabía. Aquello iba bien. Muy bien.

Esa misma noche quedé con Logan. Habíamos planeado vernos para cenar algo sencillo en el *lodge*, tranquilos, para poner el colofón a un día en el que yo también tenía cosas que contarle. Alejandra se marchó con Callum a tomar algo y yo me puse cómoda para recibirlo.

—Tenía ganas de verte —me dijo apenas entró, rozando mi mejilla con los labios.

—Yo también —admití emocionada.

Mientras preparábamos la cena aproveché para contarle la invitación que Callum le había hecho a mi hermana. Una invitación que no lo dejó indiferente.

Logan levantó las cejas, sorprendido y pensativo a la vez.

—Es un paso grande —comentó—. Callum debe estar muy seguro para querer a Ale llevarla con su familia —sentenció.

—Sí —respondí, cortando unas verduras—. Y ella también tiene ganas. Pero le ha costado decidirse porque no quiere que me quede sola.

—No vas a estar sola —dijo él, mirándome con esa seguridad tranquila que le salía desde lo más hondo de su escocés ser—. Porque tú y yo también vamos a pasar la Nochevieja juntos —me aseguró mientras me besaba.

Me quedé quieta.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿En tu casa? ¿Aquí? ¿En un iglú? ¿En la cima de una montaña con gaiteros de fondo? —ironicé.

Él se echó a reír, negando con la cabeza.

—Te quiero llevar a la isla de Skye —respondió.

Me quedé congelada. Literalmente congelada. Y no por el frío, pues el interior del *lodge* siempre estaba caldeado, y más con Logan cerca.

—¿A Skye? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Hablas en serio?

—En serio. Es un sitio diferente, precioso… salvaje. Y creo que te encantaría. Mi abuelo me llevaba algunos veranos. Hay impresionantes acantilados, caminos tranquilos, tabernas pequeñas donde nadie te pregunta nada porque a nadie le importa un bledo. Y un par de faros que parecen sacados de una película. Te encantará el viento que sopla allí. Y la luz.

Sentí como algo se me derrumbaba por dentro, pero en el mejor de los sentidos. Esa sensación de que alguien hace planes pensando en ti, de verdad. Sin artificios y sin pamplinas.

—Me encantaría ir —respondí bajito—. No sabes cuánto.

—Entonces iremos. Pasaremos la Nochevieja allí. Solo tú y yo.

—Alejandra va a estar feliz cuando lo sepa —añadí—. Así se podrá ir con Callum sin remordimientos. Matamos dos pájaros de un tiro.

Él sonrió abiertamente.

—Pues perfecto. Igual así gano algún punto más con ella.

Nos reímos a la vez. La noche siguió con tranquilidad, con una cena caliente y hablando de cosas sin importancia: música, recuerdos tontos, chistes… Era tan fácil estar con él que me pregunté cómo había sido mi vida si no lo hubiese conocido. Y eso que el hecho de que él viviera allí y yo en Sevilla no era lo mejor para comenzar algo.

Después, en el sofá, me abrazó por detrás, con la barbilla apoyada en mi hombro y las manos enlazadas en mi cintura, sin soltarme.

—Valeria —murmuró—. Me hace ilusión enseñarte Skye. Mucha.

Me giré para besarlo, despacio, con esa sensación de hogar que se me estaba metiendo muy dentro últimamente. Ya teníamos plan de Fin de Año.

El día antes de que cada una partiera con sus respectivos escoceses, la casa parecía un pequeño aeropuerto. Alejandra había abierto dos maletas enormes en el salón, como si fuese una prófuga a punto de desaparecer, y yo estaba en

mi dormitorio intentando decidir cuántos jerséis necesitaría para Skye. Spoiler: un montón.

—Valeriaaaaa —gritó Ale desde el pasillo—. ¿Tú crees que necesito dos pares de botas o tres? Porque Callum dice que ellos irán en plan sencillo, pero yo no puedo presentarme como una oveja más de un rebaño.

—Más bien serías una cabra, que estás muy loca. Con tres vas de sobra —respondí.

—Perfecto, entonces echaré nueve.

—Ale, cariño, vas a conocer a la abuela del chico, no a la mismísima Reina de Inglaterra —reí.

—¿A la difunta reina? Lo que me faltaba —contestó ella, entrando en mi habitación con las botas en la mano—. Por lo visto será peor, me lo dijo él. Cree que es un encanto, pero también que no se le escapa nada. Literalmente nada. Me va a leer la mente. Estoy nerviosa, Valeria.

Me acerqué y la abracé fuerte.

—Te va a adorar —le dije—. ¿Tú has visto cómo te mira Callum? Esa mujer va a estar encantada de conocer a la chica que le ha robado el corazón a su nieto.

Ella sonrió, tragándose los nervios.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Ya tienes tus cosas lista? ¿Estás contenta?

Miré mi cama. Ropa doblada, neceser abierto, calcetines gordos que parecían más diseñados para esconder salchichas que dedos de los pies…

—Súper contenta —le aseguré.

Ella me miró arqueando una ceja.

—Te conozco. Estás súper contenta y súper atacada.

—Un poco.

—Mucho.

Suspiré.

—Ok, mucho. Es que Skye… suena a sitio de película. Y me voy con él, y vamos a estar solos… y… yo qué sé.

—Si lo sabes. Y te mueres por catarlo en plan salvaje una y otra vez —me respondió—. Es un planazo. Un planazo que te mereces, cariño, por lo mucho que me llevas soportado.

—Eres más boba…

Manolito apareció en ese momento, metiéndose dentro de una de mis bolsas como si probase si eran cómodas para dormir.

—Sácalo de ahí —dijo Ale, señalándolo—. Ese señorito se va a venir conmigo, no contigo.

—Todo tuyo —le respondí.

Cuando terminé de prepararlo todo, bajamos al salón. Callum había entrado a recoger a Alejandra para ayudarla a cargar el equipaje. La miraba como si estuviera viendo su serie favorita. Y ella, aunque intentaba disimular, también iba dando saltitos de alegría.

—¿Lista? —le preguntó él.

—Nací lista —mintió, con glamur.

Se besaron, y después él cogió las maletas como si pesaran tres gramos. Estaba fuerte.

Logan llegó en ese mismo momento, con su abrigo oscuro petado, porque no estaba menos fuerte que Logan.

—¿Lista para Skye? —me preguntó.

—Creo que sí —respondí—. De hecho, creo que muy lista.

Él me besó con calma.

—Te va a encantar —repitió.

Y antes de salir, Alejandra me abrazó fuerte, casi fracturándome las costillas. Qué bruta era.

—Portaos bien —me dijo—. Pero no mucho.

—Igualmente, loquita —le respondí.

Manolito ladró, Fergus gimió, y nos despedimos entre risas, bufandas, maletas y planes que parecían sacados de una película navideña de lo más perfecta.

Y así, cada una tomó rumbo a su propia Nochevieja, cada una con su escocés, cada una con mucha alegría en el pecho.

Capítulo 22



Cuando cerré la puerta del coche y me abroché el cinturón, sentí ese agradable cosquilleo que provoca un viaje cuyo destino no conoces del todo, pero que ya sabes que te va a marcar. Logan ajustó el retrovisor con gesto preciso, encendió la calefacción y me miró un momento antes de arrancar.

—Nos vamos —anunció solemne.

—Nos vamos —repetí, aunque me temblaba un poquito el estómago.

Él sonrió, esa sonrisa que parecía diseñada para serenarme el pulso, y salió despacio por el camino estrecho que rodeaba el *lodge*. Miré por la ventanilla y vi cómo la casa se iba empequeñeciendo, entre los árboles y el humo que seguía saliendo perezoso de la chimenea, a pesar de que la dejamos apagada. Pensé en Alejandra, que ya estaría rumbo a la costa con Callum, charlando por los codos y metiendo la pata de la forma más adorable posible. Me generó una ternura enorme imaginarla así de feliz y enamorada.

Antes que nada, pasamos por un refugio en el que Fergus se quedaría esos días, al ser el dueño gran amigo de Logan y saber que allí estaría como un rey.

—¿Música? —me preguntó Logan cuando nos quedamos ya a solas mientras se incorporaba a la carretera principal, tras despedirse de él.

—Música siempre —le confirmé.

Seleccioné una lista suave, algo que acompañase el paisaje sin eclipsarlo. Mientras avanzábamos, el cielo se mostraba claro, frío, con esa luz escocesa

que parecía filtrada por una gasa blanca. El lago quedaba atrás, quieto como un espejo. A ambos lados, se dejaban ver montes cubiertos de nieve, tejados humeantes, y alguna que otra oveja que nos observaba la mar de digna.

—Son una horas hasta Skye —me avisó—. Pararemos por si quieres un café caliente.

—Quiero uno ahora mismo —contesté, y él sonrió—. No puedo evitarlo, ¿y qué si creo que la cafetera es el mejor invento del mundo?

La primera parte del trayecto la pasamos tarareando baladas. Había algo sencillo en ese viaje, algo que me dejaba respirar de una manera novedosa e inspiradora. No sé si era la carretera, Logan, o la suma de ambos.

—¿Sabes? —le pregunté en un momento dado, con la vista puesta en el horizonte blanco—. Si hace un mes me dicen que iba a estar en Escocia, dentro de un coche, con un ex Highlander borde… no me lo creo.

—Se me va a quedar lo de borde —se quejó.

—Pues no lo hubieras sido —le solté, sacándole la lengua.

—¿Me queda mucha penitencia por ello?

—¿Aguantarme te parece poco?

Me posó la mano sobre la rodilla y tuve que mirar hacia otro lado para no derretirme con lentitud y bochorno, todo mezclado.

Algunas de las canciones las tarareaba, otras se las inventaba, y otras me preguntaba directamente, porque no le sonaban.

—¿Y esta quién es?

—Miley Cyrus—le contesté.

—Lo siento, ni idea.

—Pues ve quedándote con sus canciones, que me mola.

—Haré un esfuerzo —carraspeó de la forma más atractiva posible.

Paramos en una pequeña área de servicio, una casita de madera junto a la carretera, con un cartel que presumía de tener "el mejor café de las Tierras Altas" (cosa que era mucho decir). Aun así, entramos. Hacía un frío tremendo.

—Dos cafés con leche —pidió Logan—. Y algo dulce, que esta chica necesita combustible.

—Ni que fuera una moto —resoplé.

—Tienes más potencia que cualquier moto —me aseguró y eso me puso… mejor no digo cómo me puso.

Nos sentamos junto a una ventana empañada. Afuera lucía un cielo grisáceo, el viento movía la nieve en remolinos suaves, y un par de coches parados formaban parte de la navideña e idílica estampa.

—Esto es vida —murmuré, rodeando la taza caliente de café con las manos frías.

—Afirmativo —opinó él—. Vamos a desconectar. Prometido.

Después de media hora, volvimos al coche y seguimos el trayecto. La carretera empezó a abrirse hacia la costa, y el mar apareció al fondo, también gris plomizo, poderoso, como una extensión infinita. El puente hacia Skye se dibujó delante como un arco gigante. Como un precioso arco gigante.

Se me apretó la garganta un poco.

—Qué pasada… —susurré.

—Impresiona, ¿eh? —dijo él, bajando un poco la velocidad—. Bienvenida al primer paso hacia Skye.

Cruzarlo fue como entrar en otro mundo. El viento golpeó con fuerza, el mar se agitaba, y al otro lado, la isla se alzaba escarpada y bella, con un sinfín

de montañas irregulares, casitas dispersas, y un aire salvaje que parecía morderte la piel.

—Valeria —murmuró Logan—. Prepárate para enamorarte. De esto, me refiero —matizó con guasa.

—Tarde —admití por lo bajini.

Llegamos al pueblecito donde íbamos a almorzar. Se trataba de un conjunto de casas blancas que miraban al mar, con tejados oscuros y barcas pequeñas ancladas en la orilla. Aparcamos frente a una taberna cálida, con ventanas llenas de vaho y un cartel que decía *The Seaborn Inn*.

Dentro olía a sopa, pan y chimenea.

—Esto es perfecto —afirmé nada más entrar.

—Se come bien aquí —me aseguró él—. Y cantidad.

—Tampoco es cuestión de atiborrarnos —opiné.

—Ni de quedarnos con hambre —replicó.

Nos sentamos junto a la ventana, era nuestro lugar predilecto en cualquier sitio en el que entrábamos. Pedimos sopa de pescado, pan casero y un plato para compartir de salmón ahumado con guarnición de verduras calientes. Su intenso sabor me explotó en la boca; jamás había probado algo así.

—Logan —comenté con la cuchara en el aire—. Necesito que sepas que esto es posiblemente lo mejor que he comido desde que llegué a Escocia.

—Eso es porque aún no has probado el postre —me advirtió.

—¿Qué postre?

—*Crumble* de manzana.

—Estoy loca por probarlo.

—Estás loca. Punto. Y quieres probarlo, aparte.

Sacó mi sonrisa. Almorzamos despacio, hablando de todo, sintiendo ese calorcito delicioso que solo se siente cuando vienes de la calle más fría que un témpano de hielo y te encuentras un sitio así. A veces me sorprendía mirándolo sin querer, como si tuviera que memorizar su rostro o sus gestos.

Después del almuerzo (y de un postre ciertamente memorable), salimos para dar un paseo por la costa. El aire nos golpeó en la cara como si nos estuviera dando la bienvenida oficial a Skye. Caminamos por un sendero suave, con las manos entrelazadas con el mar a un lado y las colinas al otro. Vimos gaviotas, nos hicimos fotos junto a las barcas pequeñas, disfrutamos del olor a sal y nos movimos al son de ese sonido rítmico de las olas acompañado por el viento.

Logan me llevaba cogida por la cintura y su bufanda estaba suelta.

—¿No sientes frío? —le pregunté.

—Apenas —confesó—. Y, aunque lo tuviese, el viento de Skye me resulta irresistible.

Al decirlo, me miró de un modo que me dio a entender que yo también se lo parecía. Y claro, me temblaron las rodillas. Como si lo hubiese adivinado, me cogió en brazos. Perfecto. Natural. Mi corazón se puso a hacer cosas raras que no voy a describir porque me niego a admitirlas. Me bajó unos metros después, tras besarme con pasión.

Seguimos subiendo hasta una pequeña elevación. Desde allí, el mar se veía entero, enorme, con un brillo dorado suave. El sol empezaba a descender, dada la época del año en la que estábamos, y el cielo adquiría tonos rosados de estampa.

—¿Ese es el atardecer de Skye? —pregunté con un hilo de voz, sobrecogida.

—El primero de muchos, espero —me respondió.

Nos quedamos un rato en silencio. No hacía falta hablar. De vez en cuando me miraba y yo hacía como que no me daba cuenta, y de vez en cuando yo lo miraba a él y él no disimulaba su entusiasmo. El viento apenas dejaba escucharnos, pero aun así se sentía todo tan cerca que las palabras sobraban.

Al caer el sol, el frío se intensificó como un aviso de que era hora de recogerse.

—Vale, ya me estoy quedando tiesa —admití.

—Vamos —respondió él—. El coche no está lejos y es hora de irnos a la casa rural. Queda a diez minutos.

Bajamos de nuevo al pueblo. El aire se sentía más frío, la luz se había tornado en un azul profundo, y algunas casitas ya estaban encendidas. El mar olía más intenso, más salado, como si la noche le diera un plus.

La casa rural en la que nos alojaríamos era una belleza. Una casa baja, blanca, con contraventanas azules y un jardín alrededor que invitaba a perderse en él. Dos chimeneas echaban humo. Al entrar, el aroma a leña quemada nos envolvió como un abrazo. Nos encontramos con un recibidor con alfombra gruesa, un arbolito de Navidad nada ostentoso en una esquina y un perchero rústico de lo más acogedor.

Una señora mayor, de pelo blanco recogido en un moño, salió a recibirnos. Me recordó a mi abuela. Ojalá pudiera haber vivido momentos con ella.

—Logan, cielo —dijo con cariño—. Siempre es un gusto verte.

Él se sonrojó un poquito.

—Igualmente, señora MacRae.

—Y tú debes ser Valeria —me dijo—. Te esperaba. Pasa, hija. Logan me avisó de que vendrías con él.

Yo ya estaba al tanto de que la mujer lo conocía de toda la vida, desde niño, y también de que le profesaba un gran cariño.

Nos llevó a la habitación del final del pasillo. Una cama enorme, edredón mullido, manta de cuadros verdes, ventana hermosa con vistas al mar oscurecido. No se podía pedir más. Sonaba el viento de un modo lejano.

—Logan —susurré—. Esto parece un decorado de película.

—En ese caso, siéntete como la protagonista—bromeó él.

Solté una risa bajita, esa que me salía con él sin querer.

Dejamos nuestro equipaje, nos miramos un segundo y sin hablar decidimos volver a salir un momento, cogidos de la mano. La noche estaba cayendo con una fuerza preciosa: luna fina, brisa helada, olor a chimeneas y a leña quemada. Caminamos hasta un pequeño embarcadero. A mí apenas se me veían los ojos, porque me subí la bufanda hasta la nariz. Me daba igual, no quería perdérmelo. El mar estaba oscuro, profundo, respirando despacio. Entendí entonces por qué me había llevado hasta allí.

Logan entrelazó sus dedos con los míos.

—Me alegra que hayas venido —murmuró—. Esto se siente mejor si se comparte.

—Es maravilloso —respondí, sintiendo esa ola de calor en mitad del frío.

Cuando volvimos a la casa rural, nos duchamos y nos quedamos un buen rato en la habitación, haciendo el ganso… Y también haciendo el amor, que todo hay que decirlo.

Un rato después, la señora MacRae nos invitó a tomar sopa caliente y pan, aparte de un pescado a la plancha exquisito. Cenamos calentitos, en ese comedor acogedor que parecía diseñado para dos personas enamoradas aunque nunca se lo hubiesen confesado.

Tras la cena, subimos a la habitación. La cama estaba caldeada, las mantas olían a jabón y a leña, y en el exterior sonaba el mar de fondo.

Me tumbé boca arriba con él a mi lado, y respiré hondo.

—Logan —susurré, con los ojos entrecerrados—. ¿Sabes qué?

—Dime.

—Podría quedarme aquí una vida entera.

—Hazlo —murmuró él, acariciando mi brazo—. ¿Qué te lo impide?

—Yo… yo tengo una vida en Sevilla, ¿lo has pensado? —suspiré.

—Ya le buscaremos solución a todo —me aseguró como diciéndome que apostaba por un futuro conmigo.

Me giré hacia él, apoyé la frente en su pecho y sonreí.

—Feliz pre—Nochevieja, Highlander —le dije.

—Ven aquí, que te voy a dar pre—fiesta, sevillana —respondió.

Y en mitad de aquel silencio, supe que esa isla no iba a quedarse solo en un paisaje. Iba a ser un recuerdo que llevaría dentro para siempre. Un recuerdo unido a esas sensaciones tan sensuales que se me grababan a fuego en la piel.

Capítulo 23



Durante unos segundos nos quedamos simplemente así, mirándonos. Yo intentaba memorizar cada detalle que veía: la luz tenue de la lámpara marcándole el perfecto contorno de la nariz, la sombra de la barba, la forma en que su mirada se volvía más guerrera cuando se posaba en mí.

Su mano me buscó la cintura por debajo del edredón. No hizo nada espectacular, solo apoyarla ahí, caliente, firme, como si me recordase “estoy aquí”.

—Valeria —murmuró—. Eres… —la voz se le entrecortó. La mía tampoco acertaba a decir nada.

Me acerqué un poco más. El primer roce de su boca fue lento, pausado, como si quisiera preguntarme el ritmo que prefería. Le respondí sin dudar. El beso fue ganando temperatura despacio, sin prisas, como todo lo que me gustaba del escocés por el que perdí la cabeza.

Sus dedos subieron por mi costado, encontrando mi jersey y subiéndolo hasta sacarlo. Yo pasé una mano por su cuello, jugué un segundo con el borde de su pelo y luego lo atraje más hacia mí. La cama crujió con suavidad a la par que nos movimos.

—Si esto comienza a crujir —susurré contra su boca—, la señora MacRae va a pensar que hay un terremoto en Skye.

—Ella sabrá muy bien que este terremoto es imparable —me respondió, sonriendo contra mis labios.

Sus manos empezaron a explorarme con más decisión, pero sin brusquedad. Noté cómo me acariciaba el brazo, la espalda, la curva de la cadera, como si pretendiese memorizar un mapa al que pensaba volver muchas veces. Cada roce encendía pequeñas chispas que se unían en un calor más grande.

Yo también quise memorizar lo que tenía delante. Deslicé los dedos por su pecho, sobre la tela de la camiseta, y luego me colé por debajo. Su piel estaba tibia, firme. Sentí cómo los músculos se tensaban un poco a mi paso. Él rio en voz baja.

—Eso es abuso de confianza —bromeó.

—Pues espera a ver el resto —repliqué, lanzándome.

La respuesta fue otro beso. Esta vez no fue lento. Fue profundo, hambriento, de esos que te dejan sin aire y sin ganas de recuperar el control. Noté cómo nuestro universo se reducía a la cama, a la manta, al ruido suave del mar al otro lado de la ventana y a nosotros; a Logan y a mí.

La tela empezó a sobrar. Su camiseta desapareció en algún lugar del borde de la cama. Mi jersey ya era cosa del pasado. Yo también le ayudé, entre risas y suspiros, mientras la habitación se quedaba cada vez más en penumbra y más plagada de respiraciones entrecortadas.

No sé cómo llegamos a la postura del sesenta y nueve, pero sí sé que fue esplendoroso. Yo tuve un orgasmo bestial y él estaba a punto cuando entró en mí, por lo que hubo de hacer un gran esfuerzo para no ceder ante el aviso de inminente alivio.

Su cuerpo y el mío encajaron como si llevaran toda la vida esperándose. No fue necesario que ninguno marcara el ritmo con palabras. Lo marcó la manera en que Logan me miraba, cómo volvía siempre a buscar mis ojos, incluso cuando los besos se hacían más intensos. Lo marcó la forma en que yo apretaba sus hombros, en que mi espalda se curvaba sin que yo pudiera evitarlo. Tampoco quería. Me había rendido al placer.

En algún momento dejé de pensar en dónde estábamos exactamente, en la isla, en el año que estaba por entrar, en mi herencia, en todo. Solo

quedábamos él, yo, el calor, la mezcla corporal, los gemidos ahogados y los susurros que no tenían por qué convertirse en nada más. El resto se borró.

No necesitábamos guion para aquella escena. Solo dos cuerpos encontrándose con la calma de quien, por fin, se siente en el lugar adecuado, gozando con quien desea más que a ninguna otra persona en el mundo.

El resto de la noche se quedó para nosotros. Para nuestras manos, para nuestros besos y para esa manera tan suya de sostenerme como si no pensara soltarme en los años que le quedaran de vida.

Me desperté al día siguiente con la luz gris de Skye, pero con el corazón repleto de amor y color. Después noté un peso cálido rodeándome la cintura y una respiración tranquila en mi nuca. Caí entonces en dónde estaba.

Skye, cama enorme, escocés oficialmente incorporado a mi biografía. Todo marchaba sobre ruedas por mucho que no supiera cómo iba a acabar.

Me giré con cuidado. Logan seguía medio dormido, con el pelo aún más revuelto que la noche anterior y el gesto relajado en una media sonrisa que daba ganas de comérselo a besos.

Me acerqué un poco y le di uno corto en la comisura. No podía evitarlo.

—Si vas a besarme, hazlo con más ímpetu —murmuró, sin abrir del todo los ojos.

—Será posible… —respondí—. Es último día del año, hay que aprovecharlo.

Abrió por fin los ojos y me miró de frente.

—Pues eso te digo, que lo aprovechemos —insistió.

—Tú lo has querido —le advertí metiéndome debajo de las sábanas para aprovechar la rigidez con la que empezó el día.

Cuando por fin terminamos, nos quedamos unos minutos más en la cama, entre confesiones, enlazando dedos como si lleváramos toda la vida

haciéndolo. Había una intimidad nueva, distinta a la de los días anteriores, y eso me fascinaba. Solo calma y algo muy parecido a la alegría.

—Propuesta de plan —dijo él, incorporándose un poco—. Desayuno, paseo por el pueblo, faro por la tarde y cena de Nochevieja en versión… alternativa.

—¿Alternativa tipo qué? —pregunté, con la sospecha en la punta de la lengua.

Sonrió con esa expresión de "sé algo que tú no sabes".

—Tramas algo —le aseguré—. Ya lo estás soltando.

—Primero desayuno —esquivó—. Luego ya me dejas sorprenderte.

Bajamos al comedor y nos encontramos la mesa preparada con café, té, tostadas, mermeladas, dulces, huevos revueltos y esa generosidad escocesa que parecía una norma no escrita. La señora MacRae nos saludó con un *"Good morning, dears"* que me hizo sentir como si llevase allí media vida.

Después del desayuno nos abrigamos y salimos al pueblo. Las casas bajitas de fachada clara, el pequeño puerto con barquitos balanceándose en el agua helada, una tienda que vendía desde postales hasta gorros de lana, y un café con escaparate empañado que nos llamó a voces. Lo necesitaba.

Entramos a por una segunda ronda. Nos sentamos junto a la ventana, como siempre, mirando cómo el viento jugaba con las olas del pequeño muelle.

—¿Qué crees que estará haciendo Ale ahora mismo? —le pregunté, removiendo mi taza.

—Probablemente conquistar a una abuela escocesa y a todo un clan a base de labia —respondió—. No me la imagino callada ni debajo del agua.

—Yo tampoco —admití, sonriendo.

Pasamos la mañana entre paseos cortos, alguna compra sin importancia (un imán, una postal, un par de calcetines gruesos que juré que no necesitaba

hasta que aparecieron ante mis ojos) y comentarios sobre cómo sería vivir allí todo el año. A mediodía volvimos a la casa rural para degustar un plato sencillo de sopa y sándwiches calientes. Un auténtico manjar, pese a todo.

Por la tarde, Logan propuso llevarme a un faro cercano.

—No es el más famoso de la isla —explicó—, pero es tranquilo. Y las vistas son…de otra liga.

Condujo un rato, por carreteras estrechas flanqueadas por campos y colinas. Aparcó donde terminaba el asfalto y seguimos a pie por un camino de tierra, con el viento pegándonos en la cara, pero ni caso le hacíamos.

El faro apareció al final del sendero como un elemento sacado de una película: blanco, firme, plantado en un saliente de roca que se adentraba en el mar. Absolutamente fascinante. El cielo empezaba a teñirse de tonos rosados, y el agua, abajo, golpeaba con paciencia infinita.

—No está mal tu propuesta de Nochevieja —le comenté, cruzándome un poco más la bufanda.

—Me alegro de que te guste —dijo él.

Nos apoyamos en una barandilla baja y nos quedamos mirando el horizonte. Callados. El viento se llevaba las palabras, y el mar ponía banda sonora al silencio.

Cuando le pareció, él pasó un brazo por mis hombros y me pegó a su lado.

—No podría imaginar un momento mejor que este —murmuró.

—Ni yo, y mira que tengo imaginación —le contesté.

El sol se fue escondiendo poco a poco, dejando tras de sí un cielo que parecía pintado con acuarela. Yo sentía los dedos congelados y la nariz helada, pero por dentro estaba calentita. Pensé en todas las Nocheviejas que había vivido, en los balances, en las listas de propósitos absurdos, en los brindis de compromiso. Aquello no se parecía en nada a eso. Y eso me encantaba. Con Logan todo era novedoso y cautivador.

De regreso a la casa rural, el cielo ya estaba oscuro y algunas luces asomaban en las ventanas. Subimos a la habitación para descansar un rato antes de la cena. Logan se dejó caer en la cama, estirando las piernas.

—Entonces —me preguntó, mirándome desde el colchón—. ¿Cuál era tu parte en el plan alternativo?

Sonreí, porque estaba esperando esa pregunta.

—Dame cinco minutos —le pedí, segura de mí misma.

Rebusqué en mi maleta y saqué dos bolsas de tela que había escondido entre los jerséis. Me senté a su lado y se las tendí.

—¿Esto qué es? —preguntó, tan receloso, pero divertido.

—Código de vestimenta oficial para esta Nochevieja —anuncié—. Pijama *party edition.*

Abrió la primera bolsa. Dentro encontró un pijama de algodón suave, de pantalón y camiseta, con estampado de cuadros verdes y azules y unos pequeños renos discretos en el bolsillo. Mi contribución navideña versión casera.

—Madre mía… —murmuró—. Esto es muy serio. No sé si estoy preparado.

—Es lo que hay—me defendí—. Y muy digno. Espera a ver el mío.

Saqué el otro de la segunda bolsa: mismo estampado, pero en versión femenina, con el pantalón idéntico y la parte de arriba tipo camiseta larga, cómoda, calentita.

—Mi propuesta es la siguiente —le expliqué—, nada formal. Nochevieja en pijama, con cena rica que la señora MacRae nos va a subir a la habitación y sin más protocolo que brindar tú y yo. ¿Te apuntas?

La sonrisa que me regaló en ese momento me dio la razón antes de que hablara.

—No se me ocurriría cómo mejorar esa propuesta —respondió.

—Lo sabía —repliqué, orgullosa.

Él se levantó de la cama, aún con el pijama en la mano.

—Pues nada —dijo—. Veamos qué tal me sienta el pijama navideño.

—Pues de vicio —añadí.

Nos miramos, riendo, cada uno con su conjunto en alto, preparados para cambiarnos.

Así nos pilló el final de la tarde: en una habitación acogedora de Skye, con el mar de fondo, un año a punto de terminar y dos pijamas a juego esperando su momento estelar para convertirse en protagonistas, mientras la señora MacRae se preparaba para subirnos una cena de Nochevieja hecha a la medida de ambos.

Capítulo 24



Me fui al baño a cambiarme y cuando salí, Logan todavía estaba poniéndose el suyo. Oí cómo resoplaba, seguramente peleándose con el cordón de la cintura como si fuera un mecanismo de lo más complicado, cosas de chicos. Me apoyé en la puerta, esperando.

Cuando levantó la vista, se quedó quieto un segundo, como si yo lo estuviera evaluando para un casting en el que se le fuera la vida.

—¿Qué? —me preguntó con esa seriedad tan teatral que solo él podía usar en pijama—. ¿Estoy aprobado o tengo que ir a por el *kilt*?

—Apruebas —dije, mordiéndome la sonrisa—. Y mucho. Parecemos un par de forasteros que han reservado la "experiencia completa navideña en las Highlands".

Logan bajó la mirada a su propio pijama y negó con la cabeza.

—Dichoso cordoncito.

—Deja que te ayude con él. Aunque, ahora que lo pienso, eso que has dicho de ir a por el *kilt* no estaría nada mal. Me fliparía verte con él puesto.

—¿No me digas? —me contestó volteando los ojos—. En cambio yo, si puedo elegir, te prefiero sin nada…

Se acercó, me pasó un dedo por la barbilla y murmuró:

—La desnudez es tu *outfit* más atractivo, Valeria.

Le di un pequeño empujón.

—Te daría un premio ahora mismo, de consolación, si no fuera porque están llamando a la puerta. Ahí está nuestra cena.

Logan colocó las servilletas, práctico y paciente, mientras yo abría la puerta. Aquel ángel escocés que ya se preparaba para su propia celebración familiar nos había preparado una cena que olía a hogar: sopa cremosa de calabaza con jengibre, un *steak pie* que humeaba y unas pequeñas tartaletas de frutas que parecían sacadas de un escaparate navideño. Me cautivó al completo. También había incluido pan casero, una mantequilla con especias que olía que alimentaba y una botella de vino blanco de la que daríamos buena cuenta.

—Tiene razón —dije levantando la botella cuando se marchó, tras felicitarnos el Año Nuevo—. Esta señora es la mejor.

Logan rio bajo, ese ruido profundo que me aflojaba cualquier músculo que tuviera todavía tenso. Si es que me quedaba alguno.

—Ya te dije que aquí estaríamos como en casa.

—Estamos mucho mejor, que para eso nos lo ponen todo por delante.

Le saqué la lengua como una adolescente eterna, y él negó despacio, divertido, antes de servirme un plato colmado de sopa. Me senté frente a él, en aquella habitación tan confortable y bonita. Todo era sencillo, pero contaba con ese encanto que solo tienen las cosas maravillosas.

—No puedo creer que estemos aquí —murmuré mientras probaba la sopa. Sabía a invierno a frío, a calma…Sabía a algo nuevo empezando—. Una Nochevieja sin confeti, sin fiesta, sin vestidos de lentejuelas… y sin mi hermana haciéndose el *eye liner* en nuestro baño.

Logan arqueó una ceja.

—¿Te arrepientes de algo?

—¿De estar aquí contigo? Ni de coña. No se me ocurre otro lugar mejor, en serio.

Sonrió a lo justo, pero en sus ojos se encendió algo suave, cálido. Hubo un pequeño silencio, de esos que no pesan. De esos que acompañan. Logan dio un sorbo al vino y apoyó el antebrazo en la mesa.

—Debe haber sido un año muy extraño para ti.

—Bastante —admití—. Quién me lo iba a decir. Conociéndome, habría asegurado que no había ninguna posibilidad de que estuviera aquí, con un escocés que pone la cara que pones tú —me burlé.

Logan levantó la mirada lentamente, expectante e intrigado.

—¿Qué cara? —me preguntó con una seriedad que no me engañaba ni un segundo.

—Esa misma —señalé su boca, que se había curvado en una media sonrisa involuntaria que me cautivó.

Él resopló y bebió un poco más de vino.

—Yo no pongo ninguna cara —se defendió.

—Pues para no ponerla, te queda genial, así que tú mismo —dije encogiéndome de hombros.

Él rio, y esa risa cayó justo donde tenía que caer: en mi pecho, prendiéndolo todo. Seguimos cenando entre bromas, burlas y confesiones que se hacen cuando sabes que estás exactamente donde quieres estar. Logan me contó alguna anécdota de su infancia; yo le hablé de mi padre, de lo poco que recordaba de él. Él escuchaba siempre como si cada palabra de mi boca fuese material sensible.

Cuando terminamos la cena, saqué de mi bolsa unos bombones que yo misma había comprado en el supermercado del pueblo. Los elegí sin pensar demasiado: redondos, brillantes, rellenos de praliné y con una pinta

estupenda. Me parecieron perfectos para sustituir a las tradicionales uvas a las que estaba acostumbrada.

—¿Cuántos son? —preguntó Logan como si estudiara un jeroglífico.

—Doce —dije—. Uno por campanada. Y no me mires así. Es mi primera Nochevieja escocesa, pero sigo siendo sevillana y algo me tengo que echar al gaznate con cada campanada.

—Lo sé. Y también sé —añadió inclinando la cabeza— que vas a atragantarte con el segundo.

—¿Perdona? —fingí indignación—. ¿Acaso estás llamando torpe a la mujer que te ha conquistado? —le vacilé.

—Estoy llamando temeraria a la mujer que piensa tragarse doce bombones de golpe.

—Como si lo fuera a hacer yo sola. No se te ocurra dejar ahí los tuyos.

Le lancé una servilleta, que cayó en su pecho sin efecto alguno. Logan sonrió orgulloso. A las doce menos cinco nos sentamos en el sofá, con las luces apagadas salvo las de las velas que encendimos para darle al entorno un aire más romántico. La televisión había dejado de funcionar, un detalle encantador de la casa rural, así que se me ocurrió poner la cuenta atrás en el móvil. Logan me rodeó con un brazo, y apoyé la cabeza en su hombro.

—No sabes lo que significas para mí, Valeria —me confesó sin mirarme.

Lo miré yo, porque él nunca diría esas cosas si no le estuvieran naciendo de muy dentro.

—Y tú para mí —le respondí emocionada.

Sonó la primera campanada. Cogí un bombón. Era ridículo y cómico a la vez. Logan me imitó, resignado. Nos reímos en la quinta. En la octava ya teníamos la boca a reventar de bombones. En la décima casi me ahogo. Él me dio un golpecito en la espalda, riéndose tanto que el resto de bombones de su plato acabaron desperdigados por el suelo.

Cuando llegó la última campanada, me sostuvo la cara entre las manos. No dijo absolutamente nada. Solo me besó. Un beso lento, contento, tibio, de esos que parecen decir más de lo que uno es capaz de pronunciar con palabras.

—Feliz año, Valeria —murmuró contra mi boca.

—Feliz año —susurré yo, todavía con el corazón acelerado por las muchas emociones que me provocaba.

Nos besamos otra vez, más despacio, más cerca, como si el mundo se hubiera quedado allá fuera, como si aquel año solo lo estrenásemos él y yo.

Y justo en ese instante, justo cuando todo iba perfecto…

El teléfono sonó.

Me separé de él con un sobresalto suave.

—Anda… —dije mirando la pantalla—. Es Ale. Seguro que quiere felicitarnos. Menuda es mi niña.

Deslicé el dedo para contestar, aún con la boca llena de chocolate.

—¡Ale, feliz añ…!

Pero no terminé la frase. En contra de lo que pensé, al otro lado solo se oían sollozos.

—Vale… —dijo mi hermana, con la voz completamente quebrada—. Voy… voy de camino al *lodge*. He pillado un taxi. Mañana me vuelvo a Sevilla.

Me quedé muda.

—¿Cómo dices? ¿Qué ha pasado?¿Estás bien?

—No… no quiero hablar ahora. Solo… solo voy para el *lodge* con Manolito. No te preocupes por mí.

—Ale, por favor, explícame qué ha pasado.

—No… no puedo —susurró antes de que la llamada se cortase.

Me quedé con el teléfono en la mano como si todavía pudiera salir algo más de él. Logan se incorporó enseguida, preocupado.

—¿Qué ocurre?

Lo miré, incapaz de ordenar mis confundidas ideas.

—Ale… va para el *lodge*. Sola. Está llorosa. Dice que mañana quiere volver a Sevilla. No… no sé qué ha pasado con Callum. Ni me he atrevido a preguntar por él.

Logan no dudó ni un segundo.

—Nos vamos ahora. Le daremos el encuentro en el *lodge*. Debes estar con ella esta noche.

Asentí. Estábamos muy lejos, pero no había otra opción. Recogimos lo básico, nos abrigamos como pudimos y salimos hacia el coche. La carretera estaba casi vacía; solo la nieve marcaba el camino como si alguien la hubiese peinado para indicarnos el recorrido. Logan conducía concentrado, atento a todo, sin preguntar más de la cuenta. Yo no podía dejar de mirar el teléfono, esperando otra llamada por parte de Alejandra que no llegaba.

Cuando por fin llegamos al *lodge*, las luces del porche estaban encendidas. Mi hermana estaba sentada en el escalón, abrazada a sí misma, pese al intenso frío.

Bajé del coche casi corriendo.

—¡Ale!

Ella levantó la cara. Tenía los ojos hinchados de llorar, el maquillaje corrido y una expresión súper dolorosa que no era la primera que le veía; una mezcla de rabia y dolor que se te clava sin pedir permiso. A todo esto, abrazaba a Manolito como si fuese su tesoro.

—No quiero… hablar delante de nadie —murmuró cuando Logan se acercó.

Él entendió al instante.

—Creo que será mejor que me marche, estaré en mi casa para dejaros hablar tranquilas. Si me necesitáis, no dudéis en llamar.

Era lo mejor. Cuando entramos, la casa estaba silenciosa, casi oscura. Subimos al dormitorio donde ella se alojaba. Alejandra se dejó caer en la cama y se tapó la cara con las manos. Me senté a su lado, sin saber por dónde empezar a consolarla.

—Estoy aquí, no me pienso mover de tu lado —murmuré.

Tardó unos minutos en poder hablar. Cuando lo hizo, su voz sonaba rota.

—Desde que llegué… desde que llegué a casa de la abuela de Callum supe que algo no iba bien. Esa mujer… me miraba mal desde el primer momento. Y eso que él me dijo que estaba deseando conocerme. Pero ella actuaba como si yo hubiese hecho algo que no aprobara. Y mira que sabes que no soy de callarme… aunque no dije nada porque pensé que era cosa mía.

La escuché en silencio. Mis manos sobre las suyas.

—Y esta noche… —tragó saliva, su pecho subía y bajaba con espasmos—. Esta noche, después de un par de copas, empezó a decir cosas. Que yo no… no merecía a su nieto. Que no era una mujer de verdad. Que Callum estaba confundido, que algún día abriría los ojos. Me recordó a mamá, reprochándome a saco mi… Ya sabes, mi cambio.

Sentí cómo se me tensaba todo el cuerpo. Otra vez no, ella no tenía por qué sufrir desprecios y humillaciones constantes.

La besé y se secó una lágrima con la manga.

—Y lo peor… —susurró—. Lo peor no fue ella. Fue él.

La miré conteniendo la rabia que sentía. Mi hermana, la mujer más fuerte que conozco, estaba temblando. No era justo.

—Callum… —continuó—. Se quedó petrificado. No dijo nada. Nada, Vale. Se quedó ahí, parado, como un monigote… como si tuviera miedo de contradecirla. Me mató… —la voz se le rompió del todo—. Me dolió más que cualquier insulto.

La abracé fuerte indignada, sintiendo cómo su respiración temblaba contra mi cuello.

—Por eso me fui —me explicó—. Le dije que no quería verlo nunca más. Que no podía… no podía quedarme allí.

La sostuve con los ojos cerrados.

La Nochevieja seguía ahí fuera, cayendo sobre el lago, pero dentro del dormitorio solo existía el llanto de mi hermana y el peso de un dolor que no merecía, para nada lo merecía. Y entonces supe, con absoluta certeza, que el año no había comenzado bien para nosotras. Porque su dolor era mi dolor.

Capítulo 25



Me desperté con el cuello torcido, la espalda dolorida y la sensación de haber dormido dentro del bombo de una lavadora. Tardé un par de segundos en ponerme en situación. El salón del *lodge*, casi a oscuras con las cortinas cerradas. La chimenea apagada. El árbol con sus luces más muertas que vivas. Y Alejandra a mi lado, completamente hecha un ovillo bajo la manta, con los ojos saltones por el llanto y ese gesto frágil que solo le había visto en sus peores momentos.

La noche anterior estuvimos hablando hasta que no nos salieron las palabras. O, mejor dicho, hasta que agotamos nuestras fuerzas. Y en algún momento, ignoraba cuál, las dos nos habíamos quedado dormidas en el sofá, abrazadas como cuando éramos pequeñas.

La luz del día apenas se atrevía a colarse por la ventana, coloreando la nieve de un rosa pálido. Era un día precioso… por fin buen tiempo y nosotras con un pie ya en Sevilla. Porque seguro que la idea no se le había quitado de la cabeza.

Alejandra abrió los ojos despacio. Los tenía más rojos todavía.

—Me quiero volver a casa —susurró, sin rodeos, confirmando mis sospechas.

Me quedé mirándola. No lo decía desde la rabia, sino desde ese punto profundo donde ya no queda nada que sostener, donde el dolor se ha hecho el rey.

—Vale… —respondí mientras me incorporaba—. Pues nos vamos. No hay más que decir.

Ella negó con la cabeza, rápido.

—No. Yo me voy. Tú te quedas. Tienes que resolver lo de tu herencia, lo de la casa, lo de… todo esto. Y, además, está Logan. Que aunque empezara como un borde, mira tú por dónde, ha demostrado ser mucho mejor que el otro innombrable.

—Ale —dije con calma—, no voy a dejarte sola. No después de lo que te han hecho. No después de cómo te has sentido. Yo me vuelvo contigo. Que tú no estás sola.

En ese instante, Manolito sacó su pequeña lengua con la intención de aclararle, a lametazos, que él opinaba igual.

Ella se cubrió la cara con las manos.

—No quiero fastidiarte la vida, Vale.

—No haces eso. Eres mi hermana. Y si tú te vas hoy, yo me voy contigo. Fin de la historia. No hay nada más que añadir.

Alejandra tragó saliva, como si le costara hasta hacerlo.

—Te juro que no quiero arrastrarte en esto…

—No me arrastras —dije sin levantar la voz—. Caminamos juntas. Como siempre. Vinimos a pasar unos días y ya llevamos aquí todas las fiestas. He cumplido con la última voluntad de mi abuela.

Se quedó en silencio, respirando despacio. Después, asintió.

—Voy a mirar billetes.

—Vale. Yo llamo a Logan.

Y ahí, justo ahí, sentí cómo se me encogía el pecho. No era el tema que habría imaginado para hablar con él después de nuestra bonita Nochevieja, después de los bombones, después de todo… Pero así eran las cosas. La vida no esperaba a que nadie estuviera preparado para no sufrir.

Alejandra encendió su móvil y empezó a mirar vuelos con los dedos temblorosos. Yo me levanté y fui a la cocina para tener un poco de privacidad. Apreté el icono de llamada.

Logan contestó al primer tono. Raudo y veloz.

—¿Valeria? ¿Estás bien?

Su voz sonaba alerta, como si ya supiera que nos separaríamos de inmediato.

—No del todo —admití—. Ale sigue en sus trece. Se quiere volver a Sevilla hoy.

—Vaya —murmuró con un tono entre incredulidad y preocupación—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Le expliqué lo básico, sin entrar en detalles porque si empezaba a contarlo con precisión se me iba a romper la voz. Le conté lo suficiente para que entendiera el golpe, para que encajara el porqué de nuestra marcha.

Él guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—No entiendo la actitud de Callum —dijo por fin—. No la entiendo. Ha cometido un error terrible del cual se arrepentirá.

—Ha sido un desgraciado, Logan. Un patán —le solté, con toda la indignación que llevaba conteniendo desde la madrugada—. Mi hermana merecía que la defendiera. Y ese chico no lo hizo. No le llega ni a la suela del zapato.

Logan respiró hondo, como si esa verdad también le doliera.

—Siento muchísimo que quiera marcharse así —dijo por fin, en voz baja.

Y entonces llegamos a ese punto que había estado evitando desde que marqué su número.

—Logan… yo me voy con ella. Sé que lo entiendes.

Se hizo un silencio breve, pero pesado.

—Lo entiendo —respondió al final—. Claro que lo entiendo.

Me apoyé en la encimera porque sentí que las piernas me flojeaban.

—Tú y yo… —continué— hemos empezado algo. Algo bonito. Pero mi mundo está en Sevilla. Y tarde o temprano tendría que volver. Y ahora… ahora todo está patas arriba y yo...

No lloré porque estaba demasiado cansada incluso para eso. Al otro lado, él tampoco dijo nada inmediato.

—No quiero perderte —murmuró finalmente.

Ese susurro me abrió una herida en el pecho.

—No quiero perderte yo tampoco. Pero ahora mismo mi prioridad es Ale. Mi hermana me necesita. Y esto… esto no era un adiós planeado, no tan rápido y doloroso. Solo… es lo que toca.

Logan exhaló lentamente.

—Voy a pasar por el *lodge.*

—No hace falta…

—Voy a pasar —repitió, firme.

Y colgó.

Tardó menos de veinte minutos en llegar. Lo vi bajarse del coche desde la ventana del salón, con las manos en los bolsillos y esa expresión suya de quien no dice ni la mitad de lo que piensa.

Me acerqué a la puerta antes de que llamara. Entró sin hablar, miró alrededor, vio las maletas hechas y asumió el resto.

Mi hermana apareció desde el pasillo. No tenía fuerzas ni para saludar. Logan le dedicó una mirada tranquila.

—Lo siento mucho, Alejandra. Nada de lo que te han dicho es verdad. Y Callum… bueno, se ha equivocado. Sé que no te sirve de consuelo, pero quiero que sepas que eres más mujer que muchas de las que he conocido.

Ella solo asintió, muy despacio.

Él entonces me miró a mí. Y esa fue la parte más dura.

—Si te vas… —dijo casi en un susurro—, espero que tengas claro que aquí siempre vas a tener un lugar. No quiero que esto se acabe.

Me mordí el labio, intentando reprimir las lágrimas.

—Ojalá las cosas fueran más fáciles —añadí.

—No lo son —respondió él—. Pero sé que estás haciendo lo que tienes que hacer. Y eso… te hace aún más valiosa a mis ojos.

No pude contestarle. Solo asentí.

A veces, los adioses que no están cerrados duelen más que los definitivos.

Logan dio un paso atrás, mirándonos a las dos con una mezcla de tristeza y respeto.

—Si necesitáis cualquier cosa… estoy aquí.

Asentimos las dos.

Y él se fue, sin dramatismo, sin reproches, con esa serenidad que me descolocaba siempre. La puerta se cerró y el silencio se quedó con nosotras.

Alejandra confirmó dos billetes para esa misma tarde. Yo escribí a Logan.

Valeria: *Tenemos vuelo a las 17:10. Gracias por venir antes. De verdad.*

Él tardó un minuto en contestar:

Logan: *Os llevo yo. No voy a dejaros ahí tiradas.*

Cuando se lo dije a Alejandra, ella no respondió. Apenas hablaba. Solo asentía, se movía despacio, recogía sus cosas. Estaba en modo supervivencia. Me preocupaba a tope.

A las tres de la tarde, Logan llegó con el coche preparado. Nos ayudó a cargar las maletas sin decir nada. Su silencio no era distancia, más bien era respeto. Y un poco de herida también.

Alejandra se sentó detrás. Yo ocupé el asiento del copiloto.

Y empezó ese trayecto que no quería vivir.

El paisaje pasaba lento: las montañas blancas, los árboles cubiertos de nieve, el lago casi inmóvil. Cada curva parecía una despedida más. Logan conducía con el ceño fruncido, concentrado, como si no quisiera tampoco vivir aquel momento.

Yo tenía un nudo en la garganta que no se deshacía. Alejandra no abrió la boca en todo el viaje.

Cuando llegamos al aeropuerto, Logan aparcó y se giró hacia mí.

—Cuidaos, ¿vale?

—Siempre —respondí.

Nos ayudó a bajar las maletas. El aire frío nos golpeó la cara. Alejandra seguía con la mirada perdida, intentando no romperse otra vez. Y Logan… Logan me miraba como si quisiera memorizarme.

—Gracias por todo —le dije, bajito.

—Gracias a ti —respondió.

—Estamos en contacto. Aunque sé que ahora Alejandra es lo primero —murmuró en mi oído.

No nos abrazamos. No nos besamos. No hicimos nada que complicara aún más algo que ya dolía bastante de por sí, porque aquella despedida olía a que lo nuestro se pudiese enfriar. Solo hubo un silencio largo, lleno de cosas que ninguno sabía cómo verbalizar.

—Adiós, Logan.

—Hasta pronto, Valeria.

Y se dio la vuelta.

Alejandra y yo entramos al aeropuerto sin mirar atrás. Ella se apoyó en mi hombro mientras avanzábamos por la terminal, y por primera vez desde que empezó todo, sentí que la herida no era solo suya.

El vuelo a Sevilla pasó silencioso. Alejandra durmió apoyada en mí casi todo el trayecto, con el corazón encogido. Hasta Manolito estaba extrañamente quieto. Yo miré por la ventanilla, viendo cómo las nubes se abrían y cerraban como si no quisieran dejarnos pasar.

Cuando aterrizamos, el aire cálido de Sevilla me recibió con una mezcla de nostalgia y alivio.

Nuestra casa nos recibió igual que siempre, como si no hubiera pasado nada.

Pero había pasado.

Y, aunque no lo sabía todavía, aquello iba a cambiarlo todo.

Capítulo 26



El cinco de enero se vivió en Sevilla luminoso y fresco, pero nada que ver con el frío que pasamos en las Highlands. Era la víspera de Reyes, uno de mis días favoritos desde niña, y este año tenía un significado diferente, me atrevería a decir que casi urgente. Alejandra llevaba días triste desde nuestra vuelta, pero aquella mañana había sido la primera en la que la vi hacer algo más que suspirar o vagar por la casa como un alma en pena.

Yo estaba de pie frente al espejo del baño, dándome los últimos retoques en el pelo, cuando ella entró con una bolsa llena de maquillaje y me dijo:

—Vale, hoy me quiero ver divina. Se acabó el penar.

Era un avance. Un avance enorme. Me miró a través del espejo y esbozó una sonrisa que me supuso un regalo mayor que cualquiera que pudiesen hacerme los Magos de Oriente a la mañana siguiente.

—Te vas a ver espectacular —le dije—. Y nos vamos a la cabalgata. Y nos lo vamos a pasar bomba, como siempre. Y vamos a volver con caramelos hasta en los calcetines. ¿Vale?

—Y hasta en las bragas —respondió con ese arte con el que solo ella podía soltar ese tipo de barbaridades.

Nos pusimos a maquillarnos juntas, como solíamos hacer antes de salir. Ella se aplicaba la base con movimientos más lentos y cuidados de lo habitual, como si cada paso la fuera devolviendo poco a poco a sí misma. Yo,

mientras tanto, revisé el móvil, releyendo lo que Logan me escribió la noche anterior, momento del día en el que solíamos comunicarnos.

Logan: *¿Cómo ha pasado el día tu hermana?*

Le contesté que regular, pero que al menos habíamos salido a comprar unas cosillas. A los dos minutos volvió a escribir.

Logan: *Ojalá estuviera allí para ocuparme yo también de ti.*

Tragué saliva recordándolo. Porque sí, lo echaba muchísimo de menos. Mucho más de lo que quería admitir para no hacerle daño a Ale. Desde que había vuelto a Sevilla, me quedó esa sensación rara de que algo mío seguía allí arriba, en las Highlands, esperándome. Algo que continuaba intacto. Y cada vez que él me escribía, la sensación se intensificaba.

Mientras mi hermana se aplicaba el *eye liner* infinito en los ojos, releí su mensaje de buenos días, que también solía dármelos y aquel no fue la excepción. Ya hacía horas que no sabía de él y estaba deseando contactar.

Logan: *Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?*

Y debajo otra frase más corta, más de él, más intensa:

Logan: *Pienso en ti.*

Me pensaba. Logan me pensaba. Me mordí el labio sin darme cuenta. Qué facilidad tenía ese escocés para colarse por cualquier rendija de mi corazón.

—¿Otra vez mirando el móvil? —me preguntó Alejandra mirándome de reojo—. Te va a saltar del bolso y te va a pedir matrimonio como sigas así.

—Son bobadas, pero a mí me llenan —le contesté, intentando no ponerme roja como una amapola.

—Ya… que te llenan. Por él sí que te dejarías rellenar —me aseguró con una sonrisa lasciva.

Ya estaba lista. Se había puesto un jersey beige precioso, un abrigo camel y una boina sin estrenar. Le favorecía muchísimo. Yo opté por un abrigo verde oscuro que me encantaba, una bufanda de lana (que me hizo pensar en mis ya adoradas Tierras Altas) y unos botines que sobrevivían con toda dignidad desde hacía tres inviernos y que me resultaban súper cómodos para trotar y correr por el centro como dos pipiolas.

—Vale —dijo Alejandra cuando me vio lista—, vamos a darlo todo en esta cabalgata.

—Mejor que nos den a nosotras, que nos den caramelos y dulces a tutiplén —respondí—. Y eso que vamos sin paraguas. Somos unas valientes.

Nos reímos juntas. Esa risa… la había echado de menos más de lo que podía explicar. Y mientras salíamos por la puerta, pensé que quizás, solo quizás, empezar de aquella manera el año no fuese una tragedia.

Las calles del centro estaban abarrotadas. El olor a algodón de azúcar, a castañas asadas, a buñuelos, a pestiños, a tejas y a churros recién hechos llenaba el aire. Los niños corrían de un lado a otro con bolsas que de momento permanecían vacías, dispuestos a llenarlas como si la suya fuese una misión militar. Y de fondo, la música de una banda que abría paso a los primeros carros anunciaba que la cabalgata estaba a punto de pasar por allí.

Alejandra respiró hondo, como comprobando si podía soportar la emoción del ambiente.

—Dios… había olvidado lo mucho que me gustaba esto —se sinceró.

—Pues hoy lo vas a disfrutar como nunca —le recordé.

Los primeros pajes aparecieron lanzando caramelos como si no hubiese un mañana. El aire olía ya a azúcar. Una niña muy pequeñita me golpeó en la pierna sin querer mientras intentaba cazar una nube de gominolas al vuelo. Su madre me pidió perdón entre risas y yo le devolví la sonrisa.

Ale, sin dudarlo, se lanzó a por ella, dado lo alta que era, y la cría puso un puchero, como pensando que se había quedado sin una sola gominola. Ni que

decir tiene que, a continuación, se agachó y le puso el montón en las manos, gesto que la chiquitina le agradeció con un enorme abrazo.

—Si es que, en el fondo, soy un amor —presumió cuando se levantó.

—Pero muy en el fondo, petarda…

Seguimos expectantes. La cabalgata prometía ser un acontecimiento inolvidable.

—¡Ale, mira! —le grité cuando un rey pasó rodeado de confeti—. ¡Ese va a tirar chocolatinas grandes, se ve venir!

Alejandra levantó la bolsa con una competitividad que me asustó un poco.

—Esas son mías.

Fue en ese momento de dulce y divertido caos cuando sentí el móvil vibrando en mi bolso. Lo saqué pensando que sería algún grupo de WhatsApp, pero no. Era Logan.

Logan: *Preciosa, estoy en Sevilla. Dame tu ubicación exacta.*

Me quedé paralizada.

—¿Vale? —preguntó Alejandra, viendo mi cara de pasmo—. ¿Qué ha pasado?

Le enseñé el móvil.

—Esto es lo que ha pasado, sorpresa escocesa de Reyes.

—¿Pero qué…? ¿Cómo que está en Sevilla? Pues sí que te han hecho caso pronto Gaspar, Melchor y Baltasar.

—Estoy flipando —susurré.

Alejandra abrió la boca, completamente desconcertada.

—¿Y te avisa así, sin anestesia?

—Pues parece que sí —contesté, sintiendo que el corazón me latía a toda velocidad.

Le mandé la ubicación con las manos temblorosas. No pasaron ni veinte segundos cuando recibí otro mensaje.

Logan: *Estoy ahí en diez minutos. No te muevas.*

—¿En diez minutos? —repitió Alejandra—. ¿Pero de qué va el escocés este? ¿Ha volado o qué?

—Hombre, desde las Highlands, andando no ha venido. Esa ya te lo adelanto.

Me reía, nerviosa, sin saber qué hacer con los brazos. Me peiné el flequillo con los dedos aunque no tuviese el pelo bien.

—¿Y si está loco? —pregunté.

—No, loco no. Está… intenso. Pero eso ya lo sabíamos. Pasó de borde a intenso en un pis pas. Ya veremos qué paso viene ahora.

Las luces del siguiente carro iluminaron la calle. Un grupo de pajes pasó gritando "¡Carameeelos!" mientras lanzaban puñados al aire. Un niño chillaba pletórico y abría los brazos como queriendo recibir un baño de ellos, con la boca muy abierta.

—Espero que tenga los dientes de leche porque fijo que pierde uno —rio Ale con ganas. Qué alegría volver a escucharla reír.

Y de pronto, se quedó rígida.

—Vale —anunció—. No mires. Bueno sí, mira. Mira ya. Ahí lo tienes. Sin lazo y sin nada, pero envuelto para regalo.

Me giré.

Entre la multitud, avanzando como si conociera la ciudad de toda la vida, venía Logan, con su abrigo oscuro. Alto, atractivo a rabiar y con la mirada… fija en mí.

Pero lo que me dejó con la boca abierta no fue él. Fue que no venía solo. Lo vi de repente y también lo vio Ale, quien apretó los puños con todas sus fuerzas.

Detrás de él venía Callum. Los dos abriéndose paso como si aquello fuera completamente normal.

Alejandra comenzó a farfullar palabras ininteligibles. Yo me quedé sin respiración.

Y los cuatro nos enfrentamos allí, cara a cara, bajo las luces de la Cabalgata de Reyes, con la ciudad entera celebrando… mientras nuestras vidas se detenían por un segundo, poniéndose en pausa.

—¿Pero tú qué mierda haces aquí, so mierda? —gritó Alejandra antes de que yo pudiera procesar nada.

Callum alzó las manos como si le estuvieran atracando a punta de pistola.

—Ale, yo…

—¡Nada de Ale! ¡Ya te estás largando! ¡En Sevilla no tienes permiso para estar! —le chilló ella, con los ojos llenos de rabia, como si eso estuviera puesto en un bando del ayuntamiento—. ¿Qué coño haces aquí?

Y entonces, sin previo aviso, agarró un puñado de caramelos de su bolsa, la cual se le había caído a los pies, y se los tiró a la cara. Primero uno. Luego otro. Luego una lluvia completa.

Callum retrocedió, cubriéndose la cara mientras un *toffee* le rebotaba en la frente y se la ponía calentita.

—¡Ay! ¡Ale, por favor!

—¿Por favor? ¡Por favor dice el tío! —gritó ella—. ¡Que te choco, que te reviento, que te estamp…!

Le tiró una chocolatina cuadrada que pasó rozándole la oreja. Para mí que, con la fuerza que tenía, si le llega a dar de lleno, la pierde. La oreja digo.

Logan dio un paso adelante para intentar mediar, pero lo detuve al instante.

—Ni se te ocurra —le advertí—. Esto lo está disfrutando media Sevilla y mi hermana se lo merece.

Callum, desesperado, juntó las manos como si estuviera suplicando clemencia.

—Solo quería hablar contigo…

—¿Hablar? —le soltó Alejandra fuera de sí, con los ojos en blanco—. ¿Ahora quieres hablar? ¿Después de dejar que tu abuela me tratara como una mierda? ¡A mí! ¡A mí! —y volvió a lanzarle dos caramelos que impactaron en su abrigo.

La gente alrededor empezó a apartarse, pero entre risas.

Un niño gritó: "¡Mamá, esta señora es la caña!"

—¡Claro que lo soy cariño! —le gritó Alejandra dirigiéndose a él—. Y nada de señora, que me hace vieja y soy un bombón.

Yo estaba congelada, mitad horrorizada y pasmada, mitad orgullosa de la mujer en la que se había convertido.

Callum miró a Logan suplicando ayuda, pero Logan solo se pasó una mano por la cara con resignación. Él se lo había buscado.

Y entonces se me encendió algo dentro.

Porque sí, yo también tenía algo que decir. Y cuando la vida te regala caramelos, hay que agradecerlo… Y aprovecharlos.

Me agaché y recogí un puñado.

—¿Y tú? —le dije a Logan, que se quedó rígido como un espantapájaros —. ¿Qué demonio te has creído tendiéndonos esta encerrona?

—Pensé que…

—¡Pues pensaste mal! —le grité, lanzándole un caramelo al pecho—. ¡Muy mal! ¡Te vas a acordar también!

Logan se lo tomó sorprendentemente bien.

—¿Me acabas de pegar con un caramelo?

—Y espérate —dije lanzándole otro—. ¡Que tengo puntería y te vas a cagar!

La gente ya estaba riéndose a carcajadas.

Una señora dijo: “Hija, dale con uno de los blanditos, que es muy guapo para salir de aquí chocado”.

Alejandra y yo, sin atender a razones, comenzamos a tirarles los caramelos de forma sincronizada. Una coreografía perfecta entre hermanas.

Logan cerraba los ojos resignado.

Callum gritaba “¡por favor!” como si estuviera escapando de una banda de asaltadores peligrosa.

La cabalgata seguía avanzando. Nosotras seguíamos enfadadas. Y Sevilla seguía viviendo la mejor escena de Reyes que había visto en su vida.

Porque sí… Estábamos de vuelta. Y vaya manera de anunciarlo: a bombo, platillo y caramelazo limpio.

Capítulo 27



En medio del caos, el pequeñajo que tenía la boca abierta, comenzó a gritar, preso del pánico que le produjo perder una paleta (que su madre nos confirmó que efectivamente era de leche) a cuenta de un caramelazo que se llevó directamente del mismísimo Rey Baltasar en persona. En fin que el ratoncito Pérez tendría que trabajar también en tan señalada noche.

—No te preocupes, corazón, que no vas a ser el único que salga de aquí mellado —le aseguró mi hermana. Y le hizo reír. Es que Ale era única.

Nos detuvimos ese momento para consolarlo y, a continuación, volvimos a ejercer de tiradoras oficiales de caramelos contra los intrusos escoceses, que se miraban entre ellos desesperados. Y para mí que pensando que sí, que se iban de allí con algún diente de menso también.

Cuando nos quedamos sin los caramelos de la bolsa, nos decidimos a coger más del suelo, incluso la solidaridad de algunos niños sevillanos (doblados en dos de la risa) se puso en marcha y nos dieron de los suyos propios, con tal de que el espectáculo no finalizase. Hasta vimos a gente grabándolo. Capaz que nos hacíamos virales.

Después de un buen rato así, nos dispusimos a alejamos de aquella cabalgata inolvidable, si bien todavía podía sentir cómo el enfado me hervía bajo la piel. Logan intentó acercarse a mí justo antes de que Alejandra y yo nos marcháramos. Callum no se atrevía, entre otras cosas porque mi hermana le acertó en un ojo y se lo había puesto que ni que lo hubiese cogido por banda Ilia Topuria.

—Valeria —me llamó con esa voz suya, grave, como si al mencionar mi nombre ya pudiese arreglarlo todo—. Necesitamos hablar. Déjame explicarte…

—No —le dije, clavándole la mirada sin temblar—. Lo hubieras pensado antes de montarnos esa encerrona. ¿A quién se le ocurre traer a Callum así, como si fuese un escocés envuelto para regalo?

—No pretendía… —intentó—. Solo quería…

—Pues menos querer y más volverte a las Highlands con él —lo interrumpí—. La habéis cagado del todo. Y sinceramente… —tragué saliva— ya no quiero nada contigo.

Logan abrió la boca para insistir, pero yo levanté la mano.

—Habla con mi mano —le solté con guasa.

Le di la espalda. Alejandra, con su bolsa ya vacía, abrió una chocolatina que reservo para sí y le dedicó una mirada asesina a Callum.

—Tú ni me mires —vociferó—. Si lo haces, te juro que te pongo el otro ojo igual y te vuelves a las Highlands a tientas.

Y nos fuimos. Sin mirar atrás.

El camino hacia casa lo hicimos entre silencios y risas repentinas. Era extraño: cada vez que recordábamos la cara horrorizada de Callum mientras esquivaba caramelos, se nos escapaba una carcajada. Pero por debajo, en una capa más honda de la piel, me dolía. Me dolía Logan. Me dolía haberle dicho aquello. Me dolía que él hubiera provocado ese desastre repentino. Me dolía que, con su proceder, hubiese roto eso tan bonito que creamos en las Tierras Altas entre ambos.

Al llegar a casa, Alejandra tiró el abrigo en el sofá y exclamó:

—Vale, te juro que jamás de los jamases se lo voy a perdonar. ¿A qué diantres ha venido? ¿Quién le ha dado la idea? ¿Ha sido Logan? Al final va a

resultar que tu novio está fatal de la azotea también. Debe ser el jodido frío de las Highlands, que se mete en el cerebro y lo nubla.

—No es mi novio —dije bajito.

—Pues menos mal, porque vaya regalito de Reyes te ha hecho el muchacho. Yo mejor no digo nada. Ven aquí, Manolito, que eres lo único con rabo que merece la pena —le pidió al chihuahua que daba saltitos a modo de bienvenida sobre sus dos patitas traseras.

Nos reímos porque, si no, llorábamos. Intenté mantenerme firme, repetir en mi cabeza que había hecho bien al cortar a Logan en seco, que no podía dejar que alguien que me importaba tanto me fallara de un modo estrepitoso. Pero cada vez que cerraba los ojos veía su cara, allí en medio de la cabalgata, pidiéndome poder explicarse. Y yo dándole la espalda.

Y aunque sabía que estaba en mi derecho… dolía. Insisto.

Esa noche nos dormimos tarde, llenas de rabia, de risas nerviosas y de una tristeza compartida que ninguna quería reconocer del todo. Y aun así, cuando me metí en la cama, lo último que pensé fue en el escocés. En Logan. En lo mucho que me había dolido que me fallara.

El seis de enero amaneció con la llegada de Sus Majestades. Abrí los ojos al escuchar pasos arrastrados, y Alejandra apareció en mi dormitorio con el pelo alborotado y un brillo especial en los ojos.

—Buenos días, mi reina maga —me dijo—. Ha llegado la hora de los regalos. Ya te puedes ir levantando.

Lo hice enseguida. El salón nos esperaba y el árbol de Navidad iluminaba el espacio con ese tono cálido que siempre nos hacía sentir niñas en mañanas así. Alejandra ya estaba agachada buscando paquetes entre las luces, como si no tuviera un puñado de años y un perrito histérico que dependía de ella.

—Empieza tú —me dijo, tirándome uno pequeño y perfectamente envuelto, el cual cogí en el aire.

Lo abrí con cuidado. Dentro había un precioso pañuelo de cuello de mi firma favorita en tonos pastel que metí en el carrito de la página web esperando que lo rebajasen tras esas fechas.

—Ale… —susurré—. Es precioso.

—Y me ha salido barato —aclaró—. Chalada, lo cogí en *Black Friday*, lleva un montón de tiempo guardado. Si esperas a después de Reyes igual te quedas sin él.

Me mordí el labio. Me conocía demasiado bien.

—Ahora tú —dije entregándole una bolsita rosa.

Ella la abrió, sacó una caja alargada y gritó entusiasmada.

—¿Un labial rojo de esta marca? ¡Valeeee! Este sí que es un regalo. Mira qué pigmento. ¡Mira que te como a besos! Esto sí que vale un pico —me comentó porque la firma del labial era de las más lujosas del mercado de la cosmética.

—Te lo mereces, mi niña.

—Es verdad, se lo merecen mis morros.

Me reí tanto que casi me dolió el estómago.

Nos dimos algún regalito más: libros, un bote de crema corporal, una vela con olor a vainilla… Tonterías deliciosas que solo dos hermanas que se han salvado mutuamente cien veces saben regalarse.

—Y ahora —dije frotándome las manos— vamos a por el roscón de Reyes, que es lo mejor que se ha inventado. Le vamos a dar un trozo hasta a Manolito.

El chihuahua ya corría porque ella le había regalado, entre otras cosas, un chubasquero que no era de su gusto, pues debió encontrarlo muy tieso. Y como que se negaba a ponérselo.

Saqué de la nevera la caja enorme que había comprado el día anterior. Crema por dentro, azúcar por fuera, fruta escarchada en lo alto, muy tradicional, muy de toda la vida. Alejandra me miró como si estuviera viendo a uno de esos Reyes Magos que pasaron por casa la anterior noche.

—Esto sí que es un regalo.

—Perdona, aún no sabes a quién le tocara… —le decía cuando…

Toc, toc.

Nos quedamos las dos congeladas.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté.

—Sí, a un mulato que me he pedido por Amazon, no te jode —me respondió.

Nos miramos con la misma cara: mezcla de susto, intriga y "me cago en la leche que le han dado al que venga en este justo momento".

—Voy yo —susurré.

El corazón me latía demasiado fuerte para estar recién levantada. Eso no debía ser sano. Acerqué la mano al pomo, respiré y abrí la puerta.

Y ahí estaba.

—¿Irina? —susurré, sintiendo cómo se me helaba la espalda.

Nuestra señora madre, que de madre solo tenía el título oficial. La última persona del universo que esperaba ver en Reyes.

Entró como si la casa fuese suya. Había perdido los modales del todo.

—El portero me ha dicho que ya habéis vuelto —dijo sin saludar—. No entiendo por qué no me habéis llamado.

Alejandra apareció detrás de mí, y cuando la vio, soltó.

—¿Llamarte? ¿De verdad? ¿Para que me llames engendro o para que nos vuelvas a amenazar con desplumarnos?

—Ya está bien, ¿no? Todo se me critica. Y menos mal que os veo el pelo. Vuestra responsabilidad está aquí. Y vosotras tenéis que ayudarme. No quiero ir por las malas.

—¿Ahora no quieres ir por las malas? —intervine—. ¿A ti? ¿Después de cómo nos has tratado? ¿Después de lo del dinero? ¿Después de lo que dijiste de llevarnos a juicio?

Ella suspiró, como si fuera víctima de un inmenso sufrimiento.

—Incluso aceptaré, si arreglamos las cosas —nos miró a las dos, pero su mirada cayó sobre mi hermana— en lo que te has convertido.

Alejandra se quedó helada.

Yo sentí la sangre hervirme.

—Pero ¿cómo te atreves? —le dije adelantándome, poniéndome delante de ella—. ¿Cómo te atreves otra vez a decirle eso? ¿Qué clase de persona eres?

—Soy vuestra madre —respondió Irina, altiva.

—No —dijo ella, temblando de rabia—. Tú no eres nada. Y si has venido hoy es porque habrás consultado con un abogado y ya sabrás que no puedes sacarnos nada. Lo único que está en tus manos, si no te ayudamos, es desheredarnos. Como si nos importara algo… No vas a dejar nada y, por supuesto, si lo hicieras, no lo querríamos. Yo también me he informado —le soltó Ale.

La discusión estalló como la pólvora. Gritos. Reproches acumulados desde la infancia. Irina levantando la voz. Alejandra diciéndole que la vergüenza era ella. Yo apoyando a mi hermana, por descontado. Nadie escuchaba a nadie. Hasta las paredes parecían haber montado en cólera.

Y entonces…

Toc, toc, toc.

Volvieron a llamar a la puerta. Las tres nos quedamos paralizadas. No podía imaginar quién osaba interrumpir tamaño rifirrafe familiar.

Fui hacia la puerta y de nuevo la abrí. Y allí estaban: Logan y Callum.

De pie, en el rellano. Mi respiración se detuvo.

Capítulo 28



Me quedé pegada al suelo. El aire se volvió denso, como si alguien hubiera cerrado todas las ventanas de golpe. Logan y Callum estaban ahí, en el rellano, mirándome con una mezcla de urgencia y nervios difícil de digerir. Y detrás de mí… la voz envenenada de Irina seguía llenando la casa.

—Valeria —susurró Logan, apenas sin aire.

Yo no dije nada. No podía. Mis ojos iban de ellos dos a mi madre y de mi madre a Alejandra, como si la escena entera fuera consecuencia de una broma de mal gusto con cámara oculta.

Logan dio un paso dentro de casa. Callum también. No dijeron nada. No eran okupas, pero venían con la intención de entrar sí o sí.

Irina se escandalizó como si hubieran entrado dos delincuentes a punta de pistola.

—¿Pero quiénes son estos? —soltó, indignada—. ¿Qué clase de frescura es esta? ¿Vosotras estáis locas? ¿Llenáis la casa de hombres ahora? ¿Es esto una pensión? O algo peor que no quiero ni nombrar. Solo falta que pongáis los farolillos rojos ya.

Su doble moral era realmente llamativa. En su vida, había hecho y deshecho lo que le vino en gana, pero a nosotras quería vernos más derechas que a un par de velas.

Alejandra abrió la boca, pero yo la sujeté del brazo. Ese no era el momento. Había que tratar de mantener la calma o allí se iba a liar la de San Quintín.

Irina me señaló con un dedo afilado.

—Y tú, Valeria, tú eres la hermana mayor. La responsable de todo lo que pasa aquí. La que ha descarriado a esta —añadió señalando a Alejandra como si fuera basura—. Mira en qué se ha convertido gracias a ti. En una perdida, en una…

—Cállese —dijo Callum, dando un paso adelante.

La palabra se quedó flotando en el aire como un trueno inesperado. Irina parpadeó, perpleja. Ella, que también dominaba el idioma, nos habló en inglés para que ambos se empaparan de todo. Y por esa razón la estaban entendiendo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, sin creerse lo que había oído.

Callum inspiró hondo, temblándole la voz pero mostrando total firmeza.

—Le he dicho que se calle. No vuelva a hablarle así. No tiene derecho.

Alejandra se quedó loca. Yo también.

—Ale no es una descarriada —continuó él—. Ale es una mujer increíble. Valiente. Fuerte. Muchísimo mejor de lo que usted llegará a ser nunca. Y si no es capaz de verlo… el problema lo tiene usted, no ella. Déjela, no vuelva a dirigirle la palabra si no es para reconocer que tiene una hija de la que debería sentirse totalmente orgullosa.

Irina abrió la boca, pero de ella no salió nada. Se quedó muy quieta, como si se hubiera tragado su propio veneno.

—Su hija vale más que todos sus prejuicios juntos —remató Callum.

Alejandra se llevó una mano a la boca. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero de esas lágrimas que proceden del impacto, no del dolor.

Y en ese preciso instante estalló todo.

—¿Pero tú quién te crees, so niñato? —gritó Irina.

—Tampoco a él le hables así —saltó Alejandra.

—¿Pones a un desconocido por delante de tu madre? Qué ingratitud —bufó.

—¡Mamá, basta! —intervine yo.

—Igual usted no merece otra cosa, Irina —intentó intervenir Logan, que conocía su nombre por mí.

—¿De qué me conoces? —le reprochó ella —. ¡Otro niñato!

—¡Que te calles! —exclamé mirando a mi madre.

—¡Que se calle todo el mundo! —gritó Ale, pero ya era tarde.

Todo se volvió gritos, voces superpuestas, reproches de años, insultos, lágrimas contenidas, furia pura. Y ellos tratando de intervenir. Era como si lleváramos toda la vida preparando ese momento y finalmente hubiéramos roto la presa y se desbordase el agua.

De pronto escuché varias voces gritar a la vez:

—¡Valeria, échala de aquí!

No sé quién lo sugirió primero. Puede que Alejandra, puede que Logan, puede que incluso Callum. Da igual.

Respiré hondo, muy hondo. Me giré hacia Irina. Si alguien estaba en su derecho de hacerlo, era yo.

—Vete. Ahora. Sal de esta casa y no vuelvas jamás —le exigí señalando la puerta.

Mi madre me miró como si nunca me hubiera visto antes, con total rencor.

—Esto no va a quedar así —susurró, recogiendo su bolso.

—Esta vez sí se va a quedar así, yo me encargo —respondí, sin apartar la mirada.

Irina salió dando un portazo que retumbó en todo el edificio. El silencio posterior fue tan roto que casi se oía.

Logan dio un paso hacia mí.

—Por favor, Valeria… —su voz temblaba—. Por favor. Tenemos que hablar. No podemos volver a Escocia así.

Callum lo imitó, mirando a Alejandra.

—Y yo también necesito explicarme. Sé que no lo merezco, pero te lo pido por favor.

Ale me miró de reojo, con los ojos brillantes, todavía con una tensión indescriptible en sus facciones.

Yo carraspeé. Era mi manera de ceder.

—Bueno… pues decid lo que tengáis que decir.

Callum fue el primero. Tragó saliva.

—Ale… —empezó, con una suavidad que no le había escuchado antes y que sonaba a sufrimiento—. No tenía que haber pasado nada de lo que pasó con mi abuela. Ninguna palabra, ninguna mirada. Pero quiero que sepas que… que ella no hubiese actuado así de estar en sus cabales.

Alejandra retrocedió medio paso, como si le hubieran tirado con una piedra y la estuviese tratando de esquivar.

Callum seguía:

—Cuando llegamos a su casa, mis padres me apartaron en la cocina, tú te estabas acomodando en el dormitorio. Mi hermana también los escuchó. Nos

dijeron que… que a mi abuela le habían diagnosticado demencia senil hacía muy poco. Que estaba teniendo episodios de confusión. Que podía decir cosas horribles, incoherentes, cosas que jamás antes habría dicho. Que se había quedado sin filtros y que incluso había experimentado algún episodio de agresividad. Que si notábamos algo raro… que por favor, no la contrariáramos. No nos lo quisieron contar antes para no alarmarnos de más. Y yo… Yo debí contártelo a ti, pero temí que te asustaras y quisieras marcharte.

Alejandra apretó los labios.

—¿Asustarme yo de una anciana? ¿Por favor, tú me has visto?

—Tienes razón. No sé, estaba tan ilusionado que no pensé en las consecuencias, solo quise que te sintieras bien allí.

Callum dio un paso más hacia ella.

—Cuando ella dijo lo que dijo… me quedé sin reacción. No sabía si contradecirla podía hacerla empeorar.

—Pues no sé yo, la verdad, porque menuda boquita… Se despachó a gusto la mujer —le respondió ella.

—Vi claro que estaba en uno de esos episodios. No sabía… no sabía cómo actuar. —Se llevó una mano a la nuca—. Pero que me quedara callado no significa que no me doliera lo que te dijo. Ni que no quisiera defenderte. Ni que no… —traga saliva—…me importes más de lo que tú piensas.

Alejandra respiró de un modo sonoro, como si le doliera escuchar y necesitar hacerlo al mismo tiempo.

Callum continuó:

—Después, cuando te marchaste sin dejar que te explicase, me sentí morir. Perdí la oportunidad de hacerte ver que mi mundo ahora gira en torno a ti. Por eso… —respiró hondo—…vine a buscarte. Vine a explicártelo. No podía quedarme sin intentarlo. No me lo perdonaría jamás.

Logan intervino entonces.

—Callum vino a verme cuando volvió al pueblo —explicó—. Estaba destrozado. No sabía qué hacer, y pensé que… que tenía que ayudarle. Que tenía que ayudarte a ti también, Ale, por ambos os lo merecéis. Por eso vinimos juntos a Sevilla. Para hablar con vosotras.

Mi corazón dio un vuelco extraño. No contesté. Mi hermana tampoco lo hizo. El silencio se volvió muy denso, difícil.

Fui yo quien lo rompió.

—Gracias por venir. De verdad. Por explicarnos lo sucedido. Por… por no esconderos. Pero necesitamos tiempo para pensar —dije, mirándolos alternando la vista—. Así que, por favor… idos. Volved a las Highlands. Dejadnos respirar. Estas sevillanas tienen mucho que procesar.

Logan tragó saliva.

—Valeria…

—Por favor —repetí.

Callum miró a Ale con ojos llenos de dolor. Ella no le devolvió la mirada.

Finalmente, los dos asintieron.

—Si necesitáis algo… no dudéis en llamarnos —dijo Logan.

—Por favor —añadió Callum.

Y se marcharon. La puerta se cerró. Y el silencio volvió a llenar la casa.

Nos sentamos en el sofá sin hablar durante unos segundos que se sintieron largos.

—Vale… —susurró Alejandra finalmente—. No sé qué me pasa. Me sigue doliendo. Me duele muchísimo.

La miré. Mi hermana. Mi niña. Mi mitad. Mi mundo. Mi todo.

—Te pasa que estás enamorada —dije suavemente—. Y yo también, hasta la médula.

Ella me miró asintiendo.

—Pero me va a seguir doliendo haga lo que haga…

Suspiré.

—No, porque si su abuela de verdad estaba tan mal, sus palabras no eran suyas. Y porque Callum estaba intentando procesar una información dolorosa para su familiar con la que no supo lidiar. Y porque… en ningún momento quiso herirte. No fue maldad. Fue… bloqueo mental.

Alejandra se tapó la cara con las manos.

—Pero me sigue doliendo, Vale. Me sigue doliendo aquí —y se señaló el pecho—. Primera noticia que tengo de que querer a alguien duela así.

La abracé fuerte.

—Lo sé, mi niña. Crees que tienes el corazón roto. Pero lo puedes recomponer. Han venido hasta aquí para buscarnos, los dos. Logan habrá echado mano de ciertos datos que le di, los recordó y ha dado con nuestra casa. Debió preguntarle al portero si era este edificio.

—Muy Sherlock Holmes tu escocés, sí. Porque eso es lo que es… Deseas volver con él, no digas que no.

—Y tú con Callum. Tampoco lo niegues. Todo tiene una explicación. Jamás pretendió hacerte daño, cariño.

Ale apoyó la cabeza en mi hombro.

El salón estaba en silencio. La mañana de Reyes seguía fuera. Y nuestra vida, una vez más, acababa de girar como una peonza.

Juntas. Rotas. Y empezando a recomponernos como la canción de Luis Fonsi: *"Pasito a pasito, suave, suavecito…"*

Capítulo 29



Un año y medio había pasado desde aquel día…

El *lodge* estaba tan luminoso aquella mañana que parecía haberse vestido también para la ocasión. La luz entraba a raudales por los ventanales y se reflejaba en el exterior, creando un brillo casi mágico que me obligaba a entrecerrar los ojos cada vez que daba un paso. No era un día cualquiera. Era nuestro día. El día que llevábamos toda la vida esperando. El mío y el de Alejandra. Las dos, listas para casarnos… y en las Highlands, nada más y nada menos. Con Logan y con Callum, ¿con quién sí no?

—Vale —me preguntó Alejandra colocándose los pendientes—, ¿cuánto vas a tardar en desmayarte? Porque yo estoy al borde del ataque de nervios.

Me giré hacia ella y me emocioné del tirón. Iba a ser una novia espectacular. Su vestido, fiel a su estilo, era atrevido sin caer en estridencias: un corte sirena de encaje fino, espalda completamente al aire (que para eso nos casamos en verano), tirantes delicados y una abertura lateral que permitía lucir sus piernas kilométricas. Perfecto para mi hermana. Sensual, sexy, y elegante al mismo tiempo. Los labios, por supuesto, rojos. Y el ramo, igual, de rosas rojas. Tan Alejandra que me resultaba delicioso.

—Estás impresionante, Ale —logré decir, tragando saliva—. Callum sí que se va a desmayar cuando te vea. O a rezar para no volver a perderte. No sé cuál de las dos.

—Que rece —contestó ella—, y a mí que no me haga llorar que me destroza el *eye liner* y entonces le pido el divorcio por adelantado.

Me miré al espejo. Mi vestido era todo lo contrario al suyo. Un corte princesa suave, falda amplia con tul vaporoso, cuerpo con un bordado delicado en tonos marfil y unos tirantes mínimos que parecían casi invisibles. Nada exagerado, nada rimbombante. Más natural. Más yo. Dulce, sencillo y romántico. Mis flores eran un espejo de ese mismo estilo: peonías rosadas, alguna rosa blanca y ciertos toques verdes suaves entre medias. Mi maquillaje iba en consonancia con esos mismos tonos.

—Vale, cariño, tú también estás… estás para que el picapleitos de Logan pierda el coco para los restos —se burló Alejandra, guiñándome un ojo.

—Mejor si se vuelve loco, que a mí me tiene loquita también —repliqué —. Pero sí… hoy quiero que se le descuelgue la mandíbula.

La hermana de Callum, Eilidh, estaba con nosotras. Joven, guapísima y con la piel tan blanca que parecía iluminada desde el interior. Era maquilladora profesional y había venido a ayudar… o a intentarlo. Lo digo porque Alejandra, diez minutos antes, la había frenado con la mano.

—A mí no me toques, cielo. Yo me maquillo sola. Si me tocas el *eye liner*, no tienes Highlands para correr.

Eilidh rio, resignada, y se centró en mí, que sí necesitaba ayuda para lucir especial en nuestro gran día. Tenía un pulso mágico y en dos brochazos me había dejado con un *glow* digno de alfombra roja. Todo un don.

—Estáis guapísimas, las dos —comentó mientras recogía sus pinceles—. Dos hermanas que se casan en un mismo día… esto es flipante. Menuda historia familiar.

Alejandra y yo cruzamos miradas emocionadas. Porque sí, era historia. Nuestra historia. Y había costado llegar a ese punto, porque hubo un momento en el todo pudo volar por los aires.

—¿Te acuerdas, Vale —recordó mi hermana, atusándose el pelo—, de cuando vinimos a buscarlos? Un par de semanas después de que los echásemos de Sevilla.

Reí.

—Y tú diciendo que te dolían hasta las pestañas, pero que no ibas a perdonarlo.

—Ay, por favor… si casi me tiro del avión para buscarlo, pero que no se entere, ¿eh? —contestó.

—Es que mi abuela la lio parda —intervino Eilidh. La pobre, ya tiene la cabeza totalmente perdida hoy en día.

—Sí, pero aquí tu cuñada se fue flechada a buscar a tu hermano —recordé.

—Y tú a casa de Logan —me devolvió el golpe—. Muy sutil, muy en plan "hola, Logan, es que casualmente pasaba por aquí, por las Tierras Altas…"

Me tapé la cara, riéndome.

—Y aquí seguimos… viviendo cada una con ellos.

En mi caso, Logan y yo nos habíamos quedado a vivir en el *lodge*, que reunía más condiciones, aunque conservábamos la casa de su abuelo.

—Y hoy nos casamos —respondió Ale, seria de pronto. Sus ojos brillaban. Cuánto me alegraba por compartir un día así con ella.

Fue justo cuando Eilidh terminó de retocarme los labios cuando se escuchó un sonido inconfundible en el exterior que me puso los vellos de punta: el arranque de un motor clásico y otro sonido aún más icónico en aquellas tierras… una gaita escocesa entonando una melodía solemnísima que parecía sacada de una película.

—Por favor, no me digas que han contratado un gaitero —susurré llevándome la mano al pecho, loca de emoción, porque los chicos se habían encargado de los detalles escoceses.

—Cariño, no han contratado *un* gaitero —rectificó Alejandra, emocionada —. Han contratado *al* gaitero. Ese hombre suena como los ángeles. Qué locura de sonido…

Manolito, que estaba sentado sobre la alfombra con una pajarita roja idéntica al labial de Alejandra, levantó la cabeza, ensimismado por la música. Después se miró al espejo, observó su propio reflejo y debió verse tan atractivo que empezó a dar vueltas con actitud de "que se preparen los invitados, que llega el auténtico prota de la ceremonia".

—Mira quién está listo para su primer pase nupcial —murmuró Alejandra agachándose para acariciarlo.

El chihuahua posó una patita sobre el tul de mi vestido.

—Ni se te ocurra sacarme un hilo, ¿eh? —lo amenacé con cariño.

—No, que amenaza con sacarte los ojos —bromeó Ale.

Él me contestó con un ladrido diminuto, indignadísimo.

Salimos del *lodge* despacio, intentando no pisarnos los vestidos, con las manos entrelazadas. Y ahí estaba: un coche de época absolutamente impresionante, negro, brillante, con detalles dorados y flores blancas decorando cada uno de los laterales. Un chófer con *kilt* nos abrió las puertas con una reverencia que nos sacó la sonrisa, porque parecía que realmente estaba cumpliendo un protocolo real.

—Pues nada —dijo Ale—, que nos hemos vuelto aristócratas. Me siento Kate Middleton total.

El gaitero nos dedicó una inclinación solemne justo cuando subíamos al coche. Su música, profunda y resonante, se mezclaba con el murmullo de la brisa de las Highlands.

Manolito saltó primero, haciendo suyo el asiento como si fuera un trono. Yo me acomodé a un lado y mi hermana al otro. El coche comenzó a avanzar por el camino, y la sensación era indescriptible. Eilidh se sentó delante. Parecía que flotábamos.

—Vale… —dijo Ale mirando por la ventana, con la nariz pegada al cristal —. No estoy llorando. Es un poco de alergia, nada más.

Sí lloraba un poco. Y yo también, pero lo disimulé girando la cara hacia las montañas.

Llegamos al claro donde sería la ceremonia. El aire olía a pino y a verano. Y lo que habían montado allí era… mágico.

Un arco floral enorme, cubierto de peonías blancas, rosas crema, ramas verdosas y ciertos toques de cardo escocés. Bancos de madera rústica decorados con flores. Luces colgantes entre dos abetos gigantescos. Un pasillo central cubierto de pétalos.

Y al fondo, ellos. Logan y Callum, de pie, esperando. Como si llevaran toda la vida haciéndolo.

Los dos con *kilts* tradicionales. Logan con los colores de su clan. Callum con un tartán azul profundo que me recordó al del mar de Cádiz. A su lado, Fergus… enorme, majestuoso, y con una pajarita también azul que casi parecía un chiste por su gran tamaño.

Cuando Logan me vio, respiró tan hondo que su pecho se alzó como si intentara contener lo inevitable. Luego sonrió. Esa sonrisa. Su sonrisa. La que siempre me destrozaba un poquito por dentro. La sonrisa que me había enamorado y que me llevó a dejar Sevilla para vivir mi sueño escocés a su lado.

Me temblaron las manos.

—Dios —susurré—. Voy a casarme con ese escocés.

—Y yo con el otro —respondió Ale—. ¿Tú crees que esto es real o estamos dentro de un capítulo de *Outlander*?

Nos bajamos del coche. Manolito salió trotando, la pajarita ondeando al viento. Fergus lo olió, lo reconoció… y retrocedió asustado como siempre.

Eso hizo reír a los allí presentes; familiares de Callum, algunos parientes del abuelo de Logan y amigos por parte de ellos y de nosotras, venidos desde Sevilla. Obvio que de nuestra madre no hubo ni rastro, no volvimos a saber de ella.

El gaitero cambió la melodía.

Y supe que ese momento… iba a quedarme grabado toda la vida.

La ceremonia fue tan bonita que hasta los abetos parecían emocionados. Cuando nos convertimos en marido y mujer, cuando Logan me cogió de la cintura para besarme despacio como solo él podía hacerlo, cuando Callum levantó a Alejandra del suelo en un abrazo que casi la desmonta… todo el mundo aplaudía, reía y lloraba a partes iguales. Y nuestras mascotas, por supuesto, ladraron a destiempo, cada uno a su estilo: Fergus grave y asustado, Manolito agudo y triunfal. También él parecía haberse casado.

El banquete se celebró en una carpa de cristal montada junto al lago, de belleza indescriptible, iluminada con cientos de luces cálidas que se asemejaban luciérnagas atrapadas. Había música en directo, mesas preciosas llenas de flores y de todo tipo de exquisiteces para degustar, telas de tartán en los respaldos de las sillas, bebidas de todos los estilos y un whisky escocés que podría revivir a un muerto.

Manolito, apenas llegamos, detectó una pata de cordero que acababan de asar y se lanzó como si hubiera avistado el Santo Grial. Alejandra lo agarró al vuelo.

—¡Ni se te ocurra, demonio chiquitito! —le regañó.

Manolito gruñó como una fiera. Fergus, desde un rincón, lo observaba con un miedo reverencial.

—Fergus, cariño —le susurró Logan—, que es un perro, no un espíritu maligno.

Pero el grandullón no estaba convencido. Siguió temblando.

La música empezó a sonar y Alejandra me miró con los ojos brillantes.

—Vale. Ha llegado el momento.

—¿Qué momento? —le pregunté, aunque ya me olía algo.

—El nuestro —me contestó, colocándose en el centro de la pista—. Coreografía hermana *style*. Llevamos ensayándola años. Tú sígueme. Confía.

La banda comenzó a tocar una mezcla imposible entre pop español, ritmos celtas y algún redoble de batería improvisado. Nos colocamos frente a frente. Y entonces iniciamos un baile absolutamente cómico y absolutamente perfecto: palmas, vueltas, un zapateado imposible de reproducir, un movimiento de hombros que jamás debería volver a repetirse y un final dramático con los brazos en alto en plan divas total.

La carpa entera estalló en risas y aplausos.

—Me caso contigo otra vez si hace falta —le gritó Callum a Ale—. ¡Eres la mujer de mi vida!

Ella le tiró un beso en el aire después de dibujarle un corazón con las manos y él casi se cae intentando atraparlo.

Logan me rodeó la cintura por detrás y me susurró:

—Jamás he visto a nadie bailar así …y a pesar de ello ser la mujer más despampanante de toda Escocia.

Me giré hacia él.

—Tú tampoco estás nada mal con ese *kilt*…

El brindis fue todavía más surrealista. Callum tomó la palabra, con las mejillas enrojecidas por la emoción:

—¡Por nuestras esposas! Por la vida que empezamos aquí… y por la luna de miel que vamos a pasar los cuatro juntos.

Alejandra levantó la copa.

—En las Maldivas, señores. En una villa sobre el agua, como una se merece. Con barra libre. Si no volvemos, tampoco nos busquéis.

El grito general de entusiasmo resonó en todas las montañas.

Logan me tomó de la mano.

—¿Estás feliz? —me preguntó en voz baja.

Lo miré. A él. A su *kilt*. A sus ojos temblando de emoción. A nuestra gente alrededor. A mi hermana riéndose con la cabeza apoyada en el hombro de Callum. A Manolito tratando de morder la pajarita de Fergus. A todo ese mundo que habíamos construido desde cero.

—Soy la mujer más feliz del planeta —le respondí.

Y entre la música, las risas, la belleza de las Highlands y nuestras manos entrelazadas… supe que la historia que empezamos aquel diciembre no acababa allí. Acababa de comenzar.

Epílogo



Tres años después…

El *lodge* estaba silencioso aquella tarde, en esa calma especial que solo existe cuando la nieve cae despacio y el mundo parece latir más lento. Yo estaba en el sofá, recogida entre mantas, con mi hija en brazos. *Mi* hija. Todavía me costaba creerlo.

Eleanor dormía plácida y feliz, con la boquita entreabierta y el ceño un poco fruncido, igualito al gesto que ponía Logan cuando fingía que no estaba preocupado por algo. Aunque eso era indiscutible, en sus mejillas redonditas y en la forma de la nariz se parecía mucho de mí. Una mezcla deliciosa. Una mezcla de ambos.

Habíamos llegado del hospital unas horas antes. Todo fue bien, gracias al universo, y ahora solo tocaba adaptarse a esta nueva vida que empezaba para los tres. Logan estaba fuera, cortando leña, empeñado en que el fuego fuese "perfecto para su reina y su princesa", según él. Yo seguía teletrabajando y Alejandra también, pero en esa nueva etapa que comenzaba, en la que debuté como mamá, había decidido permitirme un parón. Quería cuidar a Eleanor. Quería saborear cada pestañeo suyo, cada ruidito, cada bostezo. No estaba dispuesta a perderme nada.

Fergus permanecía tumbado a mis pies, enorme y atento, vigilando cada respiración de la bebé como si fuese su guardián oficial. A ella la protegería, sin duda. De vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba, como preguntándome si estaba haciendo bien su trabajo. Como si necesitase mi aprobación.

—Lo haces genial, grandullón —le susurré acariciándole la oreja.

El sonido del coche en la entrada me hizo sonreír.

—Ya están aquí, pequeña —le dije a Eleanor, que sin entender nada apenas se movió.

No dudé en cuál sería su nombre cuando me dijeron que venía una niña. Y a Logan también le pareció una idea estupenda; un tributo a mi querida abuela.

Manolito entró el primero, faltaría más. Con un abrigo diminuto a cuadros que le había comprado Ale en una tiendecita de Inverness, caminó directo hacia mí, olfateando el aire como si su labor fuera identificar a la recién llegada al mundo. Se subió de un brinco al sofá y se quedó mirando a la niña con absoluta devoción, como si se tratase de un tesoro recién descubierto. Su tesoro. Y el mío. Y el nuestro.

—Como le gruñas, te deporto a Sevilla —le advertí bajito.

El chihuahua me ignoró. Apoyó su cabecita junto al brazo donde yo sostenía a Eleanor y suspiró. Fergus no tardó en encelarse. Se incorporó y se acercó también. Los dos perros, el mini y el gigante, se quedaron embobados ante mi niña. Una postal. Una maravilla canina y escocesa.

Alejandra apareció después, con Callum detrás cargando tres bolsas con regalos, era todo corazón.

—¡Mi sobriiii! —canturreó, acercándose casi de puntillas, aparentando una sutileza que no tenía—. Ay, por favor… ¡pero si es perfecta! Qué ganas tenía de volver a verla. Seguro que me ha echado mogollón de menos.

Le besó la cabecita con cuidado.

—Tiene tu nariz clavadita… —se burló.

—Y tu hoyuelo en el mentón—añadí yo.

Callum nos rodeó con su abrazo suave y grande.

—Es preciosa, Valeria. De verdad. Nos tiene majaras a todos.

Yo asentí, con el corazón lleno.

—Ha sido una niña muy deseada. Y ahora que está aquí… no me imagino la vida sin ella.

Logan entró entonces, sacudiéndose la nieve del pelo. Cuando vio a Eleanor, le cambió el gesto, como siempre.

—Mis chicas —murmuró, acercándose para besarme la frente.

Miré a mi alrededor. A mi hermana, feliz y luminosa. A Callum, mirándola como si siempre fuera la primera vez. A Fergus en plan centinela. A Manolito protegiendo a la bebé con ese aire suyo de "aquí soy yo el que parte el bacalao". A Logan, que me sonreía de una manera que todavía conseguía dejarme sin aire.

Tres años después, mi vida estaba exactamente donde quería que estuviera. Con Logan y con Eleanor. Con Alejandra y con Callum. Con nuestras Highlands de fondo. Con todo lo que habíamos construido.

Y supe, sin la menor duda, que lo mejor que nos había pasado… estaba justo ahí, en ese salón, respirando con nosotros, latiendo al ritmo de nuestros corazones.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu